

León Tolstói

Los Cosacos



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LOS COSACOS

LEÓN TOLSTÓI

PUBLICADO: 1863

FUENTE: ARCHIVE.ORG

TRADUCCIÓN: ANÓNIMO

**EDICIÓN ORIGINAL: OBRAS COMPLETAS, T. II (BARCELONA,
CARBONELL Y ESTEVA, 1905)**

I. LA DESPEDIDA DE OLENÍN

En Moscova reinaba una tranquilidad absoluta. De tarde en tarde, por el arroyo nevado, se oía el fragor de unas ruedas. Las ventanas se hallaban oscuras y los faroles apagados. Por la ciudad dormida, desde lo alto de las iglesias, vibraba el repique de las campanas, anunciando el amanecer. Por las calles, todo era soledad. Únicamente se veía, de vez en cuando, a un cochero de alquiler que, por la arena impregnada de nieve, conducía su trineo, parábase al otro lado de la vía y, en espera de un parroquiano, quedábase después dormitando. Alguna vieja se dirigía al templo, donde fulguraban, con vivo resplandor, unos cirios desordenadamente dispuestos, que herían el oro de los retablos. Después de una larga noche de invierno, empezaban a madrugar los trabajadores y se dirigían a sus faenas. Los patronos, por su parte, continuaban trasnochando.

Por una de las ventanas del *restaurant Chevalier*, a pesar de hallarse cerrados los postigos, trasparenteábase la luz al exterior; lo que, a hora tan avanzada, tiene prohibido la ley. Una hilera de coches, trineos y *simones* se hallaba estacionando cerca de la escalinata de aquella mansión, no lejos de la cual aguardaba también una *troika*¹. El portero, envuelto en su gabán de pieles, se arrimaba tanto como podía al quicio del portal, cual si quisiera esconderse.

«Pero, ¿qué hacen ahí toda la noche?» preguntábase en el vestíbulo un criado soñoliento. «¡Siempre que estoy de servicio me toca la misma ganga!» De una habitación próxima y llena de luz, llegaba hasta allí el vocear de tres jóvenes. Hallábanse estos sentados ante una mesa servida para cenar, en la que, desde luego, no escaseaba el vino. Uno de ellos, chiquito,

flaco y feo, iba muy acicalado y con aire benévolo, al par que abatido, contemplaba al huésped, pronto a partir. El segundo era de alta estatura y, con las piernas estiradas en el diván, veíasele jugar con la llave de su reloj, no lejos de la mesa atestada de botellas vacías. El tercero, vestido con un *poluchubok*² nuevo, se paseaba de un lado para otro de la estancia, deteniéndose a lo mejor, para coger y quebrar almendras con sus dedos gruesos y fuertes, de uñas bien cortadas. Sonreía constantemente, alumbraban sus ojos y su semblante era de fuego. Departía con calor, gesticulando; y buscaba a cada punto palabras para expresar con exactitud lo que su corazón sentía, siempre sonriendo.

— Ahora puedo decirlo todo — declaró el que parecía estar de viaje. — No trato de justificarme; pero me agradaría que entendieses estas cuestiones, no como el vulgo, sino como yo. Dices tú que he faltado con ella, — manifestaba al individuo de mirar bondadoso.

— Sí, has procedido mal — contestó el hombre chico y feo. Y su mirada parecía expresar aún más bondad y abatimiento.

— Ya sé lo que te induce a decirlo — prosiguió el otro. — Según tú, basta con ser amado para ser dichoso: ello vale más, a tu ver, que amar uno mismo, pudiendo así vivir toda una existencia.

— Sí, querido mío, y hasta más que suficiente — repuso el joven bajito y feo, con un abrir y cerrar de ojos.

— Y, ¿por qué no ha de amar uno a su vez? — dijo el que se disponía a marcharse, tras un momento de reflexión y mirando a su amigo con lástima. — ¿Por qué dejar de querer? Entonces ignora uno lo que es el amor... No; desdichado del que es amado, cuando no corresponde ni puede corresponder al amor. ¡Ah, Dios mío! — Y con un ademán expresó su gran pena. — Si uno pudiera disponer esas cosas con la razón... pero no: ello se cumple, antes bien, de modo involuntario y de por sí. Es como si expoliásemos el cariño. Tú lo piensas así también; no lo niegues. De todas las locuras y necedades que he cometido en mi vida, puedes creer que de esta no me arrepiento ni puedo, no le he mentado nunca a ella ni a mi conciencia. Al principio se me antojó que la quería de veras; pero pronto eché de ver que me había equivocado, que aquello no era amor y que no debía seguir adelante. Ella fue, por contra, quien anduvo demasiado lejos. ¿Es culpa mía si no he podido amarla? ¿Qué me toca hacer?

—Todo ha concluido ya—dijo el amigo encendiendo un cigarro, para disipar su somnolencia.—Solo te diré una cosa: que nunca has querido ni sabes lo que es amor.

El individuo del *poluchubok* quería continuar la conversación, y apretose la cabeza con ambas manos, sin dar con palabra alguna que expresase bien sus ideas.

—¿Que no he amado nunca? Es cierto. Pero ardo en deseos de conocer el amor. ¿Existe acaso tal cual yo lo ansío? Siempre queda algo por saber. ¿A qué hablar de esto? He malgastado mi vida y, como dices, todo terminó ya. Pero voy a entrar en una existencia nueva.

—Que vas a desperdiciar de nuevo—dijo el que se hallaba reclinado en el diván, jugando con la llave de su reloj. El otro no le oyó:

—Me marchó con pesar y con alegría a la vez—prosiguió.—¿Por qué con pesar? Lo ignoro.

Y el joven diose a hablar de sí mismo, sin caer en la cuenta de que ello era más interesante para él que para sus compañeros. En los momentos de entusiasmo es cuando el hombre resulta más egoísta, antojándosele que, en el mundo, no existe nada más bello ni digno de interés que su personalidad.

—Dmitri Andreievitch, el cochero no quiere aguardar más,—dijo un lacayo que entró envuelto en su pelliza y su bufanda.—Los caballos están aquí desde las doce de la noche y son ya las cuatro.

Dmitri Andreievitch clavó la mirada en su criado Vanucha, y al ver su tapabocas rodeándole el cuello, sus botas de cuero y su semblante adormecido, imaginó que le llamaba una voz del otro mundo, mundo de trabajo y de privaciones.

—Con que, ¡adiós!—dijo buscando un botón de su abrigo que no estaba abrochado.

Desoyendo a sus amigos, quienes le aconsejaban que diese una propina al cochero, para hacerle aguardar un poco más, púsose el gorro y parose en el centro de la estancia. Despidiéronse por dos veces y, después de un corto silencio, reanudaron el abrazo.

El del *poluchubok* acercóse a la mesa, vació una copa que había en ella y tomando la mano del joven bajo y feo, se puso colorado, diciéndole al fin:

—No puedo menos que decírtelo... Es menester que sea ahora franco contigo. Es tanta mi amistad hacia ti... Dime, ¿la has amado? Yo lo sospeché... ¿Es verdad?

—Sí,—replicó el amigo con su sonrisa más afable.

—Y quizá...

—Si ustedes me permiten voy a cumplir la orden de apagar las luces —dijo el camarero soñoliento, que había oído las últimas palabras de la conversación, no explicándose cómo repetían siempre lo mismo.—¿A quién he de presentar la cuenta? ¿A usted?—añadió dirigiéndose al individuo alto, pues sabía de antemano que era él.

—Sí, a mí—contestó este.—¿Cuánto es?

—Veintiséis rublos.

El joven alto permaneció un instante reflexivo. Luego, sin decir palabra, metió la nota en su bolsillo. La cháchara seguía entre los otros dos.

—Adiós, eres un muchacho de todas prendas—dijo el joven bajo y feo, con su dulce mirada.

Algunas lágrimas empañaron los ojos de ambos, y descendieron al vestíbulo.

—¿Arreglarás mi cuenta con Chevalier y me escribirás?—dijo el que se marchaba al individuo alto, sonrojándose otra vez.

—Sí, sí,—contestó este, poniéndose los guantes.—¡Cuánta envidia me das con tu marcha!—agregó con espontaneidad, en llegando a la gradería.

El viajero tomó asiento en el coche y, arropándose con su abrigo de pieles, dijo: «¡Pues bien, partamos juntos!» Hízose atrás en el asiento, como para dejar sitio al que declaró sentir envidia de su marcha. Su voz era temblorosa.

El acompañante dijo: «Adiós, Mitia, que Dios te dé...» Como nada deseaba, a no ser que el viajero se marchase cuanto antes, no pudo expresar su anhelo.

Enmudecieron y de nuevo oyose después una voz que decía: «Adiós». Luego alguien gritó: «¡En marcha!» Y el carruaje se dio a la carrera.—¡Eli-

zar, el coche! —gritó uno de los que se habían quedado.

Los cocheros de plaza y uno de lujo meneáronse, gritaron y sacudieron las riendas. Las ruedas del coche crujieron sobre la nieve.

—Ese Olenín es un excelente muchacho,—dijo uno de sus compañeros.
—Pero, ¡vaya el capricho ese de irse al Cáucaso, y de *junker*³! No lo haría ni por cincuenta kopeks. ¿Vas a comer en el club mañana?

—Sí.

Y los dos mancebos se separaron.

Bien abrigado en su abrigo de pieles, el viajero sintió demasiado calor. Tomó asiento en el fondo del coche y desabrochó su pelliza. La *troika* de posta se arrastraba de calle en calle, en la oscuridad, pasando por delante de casas que él jamás viera. A Olenín se le antojó que solo cruzaban aquellas callejuelas los que partían. En derredor aparecía todo sombrío, callado y melancólico, en tanto se apoderaban de su alma y la ahogaban multitud de recuerdos, amores, nostalgias y dulces lágrimas.

¹. Tiro de tres caballos.

². Pelliza de piel de carnero.

³. Grado militar que hoy se halla abolido en Rusia y que antes correspondía a alférez. Los *junkers* eran voluntarios y pertenecían todos a las clases privilegiadas, que recibían ese título, no bien ingresaban en el ejército.

II. POR EL CAMINO

«¡Cuánto les quiero! ¡Sí! ¡Qué excelentes corazones! ¡Cuán francos son!» repetía, sintiendo como ganas de llorar. Mas, ¿por qué lloraba? ¿Quiénes eran aquellos excelentes corazones? ¿A quién amaba? Él mismo no lo sabía. De vez en cuando miraba maquinalmente los edificios y se asombraba de su construcción deficiente. También se preguntaba a veces por qué tenía tan cerca al cochero y a Vanucha, personas que le eran extrañas, lo mismo que las sacudidas del tiro que estiraba las riendas endurecidas por el hielo; y de nuevo repetía: «¡Cuánto les quiero! ¡Cuán francos son!» Una vez llegó a decir: «¡Bravo, admirable!» Esta exclamación le dejó pasmado y se preguntó: «¿Estaré ebrio?» En verdad que había apurado dos botellas de vino, pero este no podía ser la causa de la perturbación de Olenín. Rememoraba las palabras cariñosas que, antes de partir, como al azar, le fueron enderezadas y que se le antojaban llenas de amistad. Recordaba los apretones de manos, las miradas, las pausas y el timbre de las voces que le decían, cuando se hallaba ya en el coche: *¡Adiós, Mitia!* Su propia franqueza brutal venía a las mientes y le llenaba de emoción. No solo los amigos, los parientes y los indiferentes, sino hasta los hombres malévolos y antipáticos todos a la vez parecían haberse concertado para demostrarle afecto y perdonarle sus extravíos, antes de partir, como en vísperas de la confesión o en la hora de la muerte: «¡Quizá estoy destinado a no volver del Cáucaso!» pensó. Imaginaba querer y echar de menos a sus amigos y a otras gentes aun, y sentía lástima de sí mismo. Sin embargo, no era el afecto lo que le conmovía y alborotaba el alma, hasta el punto de arrancarle incoherentes exclamaciones; tampoco era el amor de aquella mujer, pues nunca la había amado, lo que le revolvía de ese modo. En el amor de sí mismo, amor juve-

nil y lleno de esperanzas, amor a cuanto juzgaba bueno en su alma, y en aquel instante creía que solo había bondad en ella, estaba la razón de sus lágrimas y de sus palabras incoherentes.

Olenín era un joven que no había terminado carrera alguna ni servido en ninguna parte; solo figuraba, por mera fórmula, en la nómina de un ministerio cualquiera. Había derrochado la mitad de su caudal, y, a los veinticuatro años, no sabía aún qué profesión elegir ni qué hacer. Era lo que la sociedad de Moscova apellidaba un «joven».

A los dieciocho años gozaba Olenín de la misma libertad que, veinte años antes, tenían en Rusia los hijos de familia ricos y huérfanos desde su primera edad. Ningún freno existía para él, ni moral ni físico. Podía permitírsele todo, pues nada necesitaba ni nada le ligaba. Carecía de patria y de hogar, de fe y de necesidades. Era descreído y nada respetaba. No era, por lo demás, ni pensador, ni fastidioso, ni aburrido, antes bien era muy divertido.

Negaba la existencia del amor, pero estremecía no bien se hallaba en presencia de una mujer joven y hermosa. De muy antiguo creía que nada significan los títulos y los honores; pero érale grato que el príncipe Sergio se le acercase y le dirigiese algunas palabras amistosas en el baile. Daba rienda suelta a todos sus caprichos, con tal de que estos no le esclavizasen. Cuando sentía avecinarse una dificultad o alguna de las luchas mezquinas de la existencia, esquivaba, de instinto, toda traba y toda acción para recobrar su libertad. De este modo se portaba en la vida mundana, en el servicio del Estado, en la administración de sus bienes, en la música, a la que trataba un tiempo de consagrarse, y hasta en amor, en el que no creía. Su preocupación era derrochar las fuerzas todas de la juventud, que tan efímera es para el hombre. ¿Había de gastarlas en el arte, en la ciencia, en el amor o en las cosas prácticas? No era la fuerza de su ingenio, de su corazón o de su instrucción lo que quería desarrollar, sino los ímpetus naturales de la juventud que parecen otorgar al hombre el poder de hacer lo que quiera de sí y hasta de dominar al mundo con su pensamiento. Es verdad que existen muchos hombres exentos de semejantes bríos; hombres que, a su entrada en la vida, se ponen una atadura en el cuello y viven con ella hasta el fin de sus días. Olenín, por contra, estaba bien seguro de poseer la deidad potentísima de la juventud, cuyas facultades concentran en un solo deseo o una idea, en el querer y el obrar, lanzándose con la cabeza baja al abismo sin fondo, sin saber por qué ni para qué. Gloriábase de sentirlo así y ello, sin darse cuenta, le

hacía dichoso. Hasta el presente solo se había adorado a sí mismo, y no podía hacer lo contrario, toda vez que aguardaba de sí muchas acciones nobles y no había aún sentido el desencanto de su propia personalidad. Tal era, al irse de Moscova, la disposición feliz y juvenil del espíritu de aquel joven, que de pronto se daba cuenta de sus pasados yerros, estimándolos como locuras, y repelía el pasado por irracional y mezquino, pues durante él no había querido hacer bien, mientras que, a partir de este instante, comenzaba para él una nueva vida, en que había de reparar sus faltas y no le daría remordimiento alguno, antes bien había de afianzar su felicidad.

Durante las dos o tres primeras paradas de un viaje prolongado, persiste en la imaginación el recuerdo de los sitios que acaban de abandonarse; pero luego, al primer amanecer que se alcanza en el camino, el alma no piensa más que en el término del viaje y comienza a hacer cálculos sobre el porvenir. A Olenín le sucedió lo propio.

Cuando se hubo alejado de la ciudad y vio los campos cubiertos de nieve, se sintió feliz al encontrarse en medio de ellos. Arropose con su abrigo de pieles, se arrimó al fondo del coche, tranquilizose y dióse a dormir. La despedida de sus amigos le había emocionado. A pesar suyo, desfilaron confusamente por su memoria las imágenes del último invierno pasado en Moscova. Acordose del amigo que le acompañaba y de sus relaciones con la joven de que habían hablado. Era rica. «¿Cómo ha podido él amarla, si ella me quería a mí?...» pensó. Y asaltáronle aviesas sospechas. «Si uno se da a cavilar, encuentra mucha cosa mala entre los hombres. ¿Por qué no pude yo amarla?» preguntose: «Todos están en que no he amado nunca. ¿Seré por ventura un monstruo?» Y recordó todos los arrebatos de su juventud. Acudíanle a la mente los primeros tiempos de su vida mundana; veía de nuevo a la hermana de un su amigo con el cual pasaba todas las noches en su casa: la luz de la lámpara alumbraba los dedos esbeltos de la joven que trabajaba en una labor, con su semblante precioso y barba fina: todos se hallaban como encogidos, lo que a él le despertaba un sentimiento de rebelión contra la poquedad de ánimo que se descubre en cierta clase de relaciones. Una voz le decía: «No es eso, no es eso», y era cierto. Vínole luego a la memoria la mazurka que bailó en un baile con la bella D... «¡Cuán enamorado me sentía aquella noche y cuán feliz era! Mas, al día siguiente, cuando me desperté y me sentí desposeído de este amor, ¡qué pesadumbre y qué despecho no fueron los míos! Veamos: ¿Cómo no se apodera de mi corazón el amor y

me ata de pies y manos?» —pensaba. «No existe el amor, no existe. Tampoco era amor el de aquella vecina, que decía, ante el decano de la nobleza, ante Dubrovin y ante mí, que amaba a las estrellas». Después recordó sus ocupaciones agrícolas en el campo, de donde ninguna alegría conservaba en recuerdo. Una idea cruzó entonces por su cerebro. «¿Hablarán mucho tiempo de mí?» E ignoraba quiénes eran los que habían de ocuparse de él, en su ausencia. Acto seguido asaltóle otra idea, que le hizo fruncir el ceño y pronunciar palabras ininteligibles. Era el recuerdo de M. Capel y de los 678 rublos que debía a su sastre, ante quien veíase de nuevo suplicando que aguardara un año más para saldar la cuenta, lo que el otro escuchaba con semblante entre sorprendido y resignado. «¡Dios mío! ¡Dios mío!» repetía, arrugando el ceño y pugnando por apartar de sí aquella idea intolerable. «Y, a pesar de todo, ella me quería», dijo entre sí, pensando en la joven de que habían hablado antes de despedirse. «Es cierto. Si me casara con ella, no tendría ya más deudas, mientras que ahora tengo a Vasiliev por acreedor». Por su imaginación pasó la última noche que jugara con Vasiliev, allá en el club, después que se hubo separado de ella: y aún recordaba sus humillantes ruegos para continuar la partida, lo mismo que la rotunda negativa del otro. «¡Bah! todo quedará liquidado con un año de economías. ¡Y que vayan al cuerno!» Sin embargo, con todo y este consuelo, volvía a recordar otras deudas, sus vencimientos y la época posible del pago. «Y a Morel aún le debo la cuenta de Chevalier», pensó recordando la noche en que contrajera tantas deudas. Unos amigos de San Petersburgo habían organizado una francachela con los *tzíganos*: Sachka B... ayuda de campo, el príncipe D... y aquel viejo, persona importante. «¿Por qué se hallan tan pagados de sí esos señores? —pensó.— ¿Por qué forman corro aparte y otorgan gran prez admitiéndole a uno en él? ¿Será por su calidad de ayudas de campo? Da grima ver la parcialidad y la necedad con que miran a los demás. Por mi parte, les demostré que a mí me importa un comino figurar entre los suyos. Me parece, con todo, que el gerente Andrée se asombrará de oírme tutear a un personaje de la importancia de Sachka B..., coronel y ayuda de campo del emperador... En verdad que aquella noche nadie bebió más que yo. A los *tzíganos* les enseñé una canción nueva, y todos me escucharon. Aun cuando haya cometido muchas sandeces, no dejo de ser un buen chico», —acabó pensando.

La mañana sorprendió a Olenín cuando llegaron al tercer cambio de tiro. Tomó té, y él mismo, ayudado de Vanucha, llevó las maletas y demás bul-

tos, en medio de los cuales se instaló, grave, tieso, majestuoso, sabiendo el sitio en que se encontraba cada cosa: sabía dónde tenía el dinero y cuál era su cuantía, dónde guardaba el pasaporte, el permiso para el empleo de caballos de posta, el recibo del pasaje; y antojósele todo dispuesto con tal método, que se sintió otra vez con el corazón ensanchado, y el viaje se le apareció como un largo paseo. Pasó parte del día haciendo cálculos aritméticos. ¿Cuántas *verstas* habían recorrido ya? ¿Cuántas faltaban para el próximo cambio de tiro? ¿Y hasta la primera población? ¿Y hasta la hora de comer? ¿Y hasta Stavropol? ¿Cuánto representaba el camino andado? Al mismo tiempo calculaba cuánto dinero tenía, cuánto le faltaba para amortizar todas sus deudas y cuánto gastaría de sus rentas cada mes. Por la tarde, al tomar el té, encontraba que, para llegar a Stavropol, le quedaban por recorrer las siete undécimas partes del camino y que, para liquidar sus débitos, precisaban ocho meses de economías, amén de la octava parte de su caudal. Tras esto se calmó, hundiose en un rincón del coche y volvió a dormir. Su imaginación volaba hacia el porvenir, hacia el Cáucaso. Todos sus ensueños de bienandanza futura uníanse a imágenes de los *abreks*, de las circasianas, de montes, barrancos, torrentes pavorosos y parajes llenos de grandes peligros. De modo vago y confuso se le aparecía todo eso; pero lo que más le interesaba en el porvenir, eran promesas de gloria y amenazas de muerte. A lo mejor, con increíble arrojo y fuerza que era pasmo de todos, quitaba la vida a un sinnúmero de montañeses si no los sojuzgaba. A veces él mismo veíase trocado en montañés, defendiendo su libertad contra los rusos.

No bien iban perfilándose los detalles, reaparecían sus viejos conocidos de Moscova: Sachka B... peleaba contra él, bien fuese con los rusos o con los montañeses. Y sin saber cómo, percatose de que Capel participaba de la victoria del triunfador.

Cuando de nuevo acudían a su memoria los vejámenes, las flaquezas y los yerros de antaño, se le hacía muy agradable su recuerdo. Era evidente que no podía reincidir en extravíos semejantes allá en el Cáucaso, entre montes, torrentes, circasianas y grandes riesgos. Cuando se han confesado las faltas, cesan estas de existir. A cada nuevo proyecto del joven sobre el porvenir, sucedía una esperanza aún más grata. Esta esperanza era la mujer que se ofrecía a su imaginación allá arriba, por los montes, en forma de esclava circasiana, de talle gracioso, trenzas largas, ojos sumisos y profundos. En aquellas alturas veía una cabaña aislada y a *ella* aguardándole en el um-

bral, mientras él, cansado, cubierto de polvo, de sangre y de gloria, volvía a su lado. Imaginaba sus besos, sus palabras, su voz dulce y su acatamiento. Antojábasele encantadora, bien que ignorante, salvaje y grosera. Veíase a sí mismo ilustrándola durante las noches largas de invierno. Y ella, inteligente, aprendía con facilidad y se ponía pronto al corriente de lo más necesario. Y, ¿cómo no? Bien podría, andando el tiempo, aprender lenguas, leer libros de la literatura francesa y comprenderlos. *Nuestra Señora de París*, por ejemplo, le gustaría probablemente mucho. Y hasta llegaría a hablar bien el francés. Su dignidad, en los salones, sería más natural que la de las damas de la sociedad selecta. Cantaría con sencillez, con fuerza y expresión. «¡Qué modo de divagar el mío!» díjose. Llegaron a una estación, donde tuvo que cambiar de coche y dar una propina. Luego buscó otra vez en su imaginación el ensueño que había abandonado, y nuevamente se le aparecieron las circasianas, la gloria, el regreso a Rusia con el título de ayuda de campo del emperador y una mujer embelesadora.

«¡Pero, si el amor es un sueño! —dijo para sí.— ¡Los honores, vaya qué tontería! ¿Y los seiscientos setenta rublos? ¿Y el país conquistado que debe aportarme más riquezas de las que necesito para vivir? Las repartiré. ¿Entre quién? A Capel le daré seiscientos setenta y ocho; luego veremos...» Las imágenes íbanse tornando confusas en su cerebro, y solo la voz de Vanucha, al tiempo que la sensación del paro interrumpieron su sueño sano y juvenil. Sin despertarse del todo, fue cambiando de coche, a cada paro, y así prosiguió monótonamente la marcha.

A la mañana siguiente sucedió lo mismo: iguales cambios de tiro, té, grupos de caballos ante sus ojos, breve charla con Vanucha, vagos ensueños, modorra y, durante la noche, el profundo y sano sueño de la juventud.

III. TÉRMINO DEL CAMINO

Cuanto más se alejaba Olenín del centro de Rusia, más parecía que de él huían los recuerdos. Y, a medida que iba aproximándose al Cáucaso, su alma cobraba más bríos. «Irse por siempre y no volver ni aparecer más en sociedad» era lo que, de vez en cuando, le venía al cerebro. «Los hombres de aquí *no son hombres*; ninguno sabe quién soy ni conoce mi pasado; ninguno de ellos puede haber tratado, en Moscova, a la sociedad que yo frecuentaba. Y nadie, en ella, sabrá cómo he vivido entre estos hombres». De él se apoderó un sentimiento nuevo, que le sustraía a todo su pasado, entre aquellos individuos groseros que encontraba en su ruta y a quienes no tenía por hombres iguales a los de Moscova. Cuanto más tosca era la población y menores las señales de civilización, más libre se sentía. Stavropol le dejó triste, al cruzarlo. Penosa fue la impresión que se llevó de allí, de los rótulos de las tiendas, algunos en francés, de las señoras en coche, de los cocheros parados en la plaza, de los paseos y de un caballero con gabán y sombrero que iba paseándose por una ancha calle contemplando a los transeúntes. «Esta gente tal vez conozca a alguno de mis conocidos» y volvió a acordarse del club, del sastre, de los naipes, de la sociedad mundana... Después de Stavropol, todo ofreció otro cariz; todo era agreste, hermoso y guerrero. El júbilo de Olenín iba cada vez más en aumento. Los cosacos, los cocheros, los mayoresales se le antojaban gentes muy sencillas, con las que podía bromearse sin recelo y departir sin embarazo. Todos eran parte de la humanidad, que inconscientemente se hacía muy grata a Olenín, pues todos se le mostraban muy afables.

En llegando al territorio de los Cosacos del Don, cambió su coche por una carreta del país. Pasado Stavropol, el calor se dejó sentir y Olenín quitose la pelliza. Hallose en plena primavera, lo que encantó al joven por lo inesperado. De noche no se permitía salir a nadie de las *stanitzas*¹, pues decíase que ello, aun al atardecer, era peligroso. Alarmose Vanucha, y eso que llevaba fusiles cargados en el coche; Olenín sentíase cada vez más alborozado. En una de las postas, el mayoral le habló de algunos asesinatos terribles que recientemente se habían perpetrado en el camino y luego encontraron por él a hombres armados. «¡Vaya, vaya, con que ya comienza la nueva era!» dijo el mancebo para sí, esperando ver de un momento a otro las montañas de nieve de que tanto le habían hablado. Después, poco antes de anochecer, el cochero le señaló con el extremo de su látigo una gran cordillera que se dibujaba a través de las nubes. Olenín diose a mirarla con avidez, pero el tiempo era brumoso y las nubes cubrían la mitad de la montaña. Columbró algo gris y aborregado, pero nada que pareciese hermoso pudo ver, a pesar de sus esfuerzos, en el espectáculo de las montañas que viera descritas en tantos libros y de que le habían hecho tantos elogios. Díjose que montañas y nubes tenían igual apariencia y en cuanto a la belleza de las cimas cubiertas de nieve, que tanto le habían ponderado, la consideró como una invención de igual género que la música de Bach o el *amor*, en lo que no creía; y dejó de sentir deseos de ver montañas. Sin embargo, a la mañana siguiente, como la frescura le despertara muy temprano en el carruaje, miró distraídamente hacia su derecha. El cielo se hallaba del todo despejado. De pronto, a una distancia que de momento le pareció como de veinte pasos, vio enormes masas de deslumbrante blancura dibujarse nítidamente con ligeros contornos y caprichosas líneas en el horizonte lejano. No bien se diera cuenta de la inmensa distancia que mediaba entre él y aquellas alturas, al percatarse de la grandeza de las montañas y sentir su incomparable hermosura, quedó sobrecogido como ante una visión o un ensueño. Tuvo que moverse de un lado a otro para despabilarse del todo. Los montes seguían en el mismo sitio con igual aspecto.

—¿Qué es eso? ¿Qué miro?—preguntó al cochero.

—Las montañas,—contestó el cochero con indiferencia.

—Yo también las estoy mirando desde hace rato,—declaró Vanucha.—
¡Qué panorama más hermoso! Nadie puede figurárselo en nuestro país.

A causa de la veloz carrera de los caballos, las montañas parecían huir hacia el horizonte, con sus cumbres rosadas, que el sol levante hacía brillar. Las montañas, al principio, solo causaron estupor a Olenín; luego se le hicieron placenteras, y, en fuerza de contemplar sus picos nevados que aparecían y desaparecían, no detrás de otras cordilleras, sino en la propia estepa, fue penetrándose de su hermosura y acabó por *sentir* las montañas. Ante ellas todo se desvaneció: ya no se presentaron los recuerdos de Moscova, el sonrojo y el pesar, ni las vulgares ilusiones del Cáucaso. Una especie de voz solemne parecía decirle: «Ya has comenzado la nueva vida». Como cosa de risa antojábasele ahora la carretera, lo mismo que la línea del Terek, que serpenteaba en lontananza, las *stanitzas* y sus habitantes. Contempló el cielo y soñó en las montañas. Pensó en sí, miró luego a Vanucha y volvió a soñar en las montañas. Dos jinetes cosacos, con los fusiles en bandolera, cabalgaban rítmicamente detrás de ellos; veía cómo los caballos entreveraban sus patas grises y bayas, y luego pensaba en las montañas... Más allá del Terek columbrábase la humareda de un pueblecillo y luego las montañas... El sol naciente iluminaba el río a través de los cañaverales y luego las montañas... De la vecina *stanitza*, llegaba una carreta y avanzaban unas mujeres hermosas y jóvenes, y luego distinguíanse las montañas... Por la estepa corrían los *abreks*... «No me dan miedo, decíase Olenín; voy hacia ellos, tengo un fusil, fuerza y juventud» y ante su vista y su imaginación se presentaban siempre las montañas...

1. Aldeas de cosacos.

IV. EN EL CÁUCASO

Uniformes son el carácter y la población de la comarca del Terek en que se hallan las *stanitzas* de Grebensk, de una extensión de unas ochenta *vers-tas*. Con sus aguas turbias deslízase rápidamente el Terek, que separa a los cosacos de los montañeses o pobladores indígenas; pero su cauce es ancho en aquel lugar y fluye tranquilo por él. Su corriente va amontonando sin cesar la arena gris en su margen derecha, baja y poblada de cañaverales, al tiempo que va socavando su escarpada orilla izquierda, no muy alta, en la que se ven raíces de encinas seculares, plátanos que comienzan a pudrirse y arbustos jóvenes. En la orilla derecha se hallan los pueblos pacificados, bien que todavía un si es no es turbulentos, y en la orilla izquierda, a cosa de media *versta* del río, ocupando una extensión de ocho *verstas*, aparecen las *stanitzas*. La mayoría de estas se hallaban antiguamente en la propia ribera, pero ahora el Terek las va corriendo, porque se desvía todos los años hacia el norte de las montañas. Ahora no se ven allí más que ruinas cubiertas de plantas, huertos abandonados con perales y tilos, entrelazados con zarzamo-ras y vides selváticas.

Ya nadie mora allí. Por la arena solo se encuentra el rastro de ciervos, lo-bos, liebres y faisanes, que gustan de esos parajes. Por el bosque échase de ver el trazado de una carretera que conduce de una a otra *stanitza*, viniendo a tener la longitud de un tiro de cañón. A su largo se extiende el cordón mi-litar de los cosacos. Y en los puntos de observación, de trecho en trecho, vense centinelas. La propiedad territorial de los cosacos consiste en una es-trecha faja de tierra, forestal y fértil, de unas trescientas *sagenas*¹ de anchu-ra. Al norte comienzan las tierras arenosas de las estepas de los Nogai o de

Mozdoksk, que suben y van a perderse, Dios sabe dónde, hasta las estepas de Trukhmen, de Astrakhán y Kirgiz-Kaisatzk; al sud de Terek, se encuentra la gran Thetchnia, la cordillera Kotchkalosovski, las Montañas Negras, que forman otra sierra y, más a lo lejos, las montañas de nieve, que solo alcanzan a ver en el horizonte, pero en las que nadie ha estado. En esa faja de tierra fértil y de espléndida vegetación, habita, desde tiempo inmemorial, ese pueblo ruso, guerrero, hermoso, creyente y rico que se apellida Cosacos de Grebensk. Los antepasados de estos creyentes de viejo fuste emigraron siglos atrás de Rusia y se instalaron entre los *thetchenzes*, al pie de Greben, primera cordillera forestal de la gran Thetchnia. Los cosacos, como vivían en contacto con los *thetchenzes*, acabaron por aliarse con ellos y adoptaron sus usos y costumbres. Ello no fue óbice para que mantuvieran la lengua rusa y la religión de sus mayores en su antigua pureza. Según una tradición, muy admitida por los cosacos, el zar Ivan el Terrible, llegó un día al Terek y mandó comparecer ante él a los cosacos más ancianos de Greben; hízoles merced de las tierras que hay en la otra orilla del río y les comprometió a vivir en buena armonía con sus vecinos, en pago de lo cual les eximía de prestar juramento y les dejaba libres en su religión cismática. De ahí que los cosacos se precien ahora de parientes de los *thetchenzes* y se caractericen por su amor a la libertad, a la holganza, a la rapiña y a la guerra.

El poder de Rusia solo se deja sentir en cierta presión que se les hace para las elecciones, en la supresión de campanas en sus capillas y en las tropas que se acantonan en sus *stanitzas* al cruzar el territorio. El cosaco no odia tanto al indígena montañés que mata a su hermano como al soldado que aloja en su casa para defender su *stanitza*, pues dice que le envenena la atmósfera de la cabaña con el tabaco que fuma². Respeta al enemigo montañés y desprecia al soldado, a quien mira como un intruso y un opresor. El verdadero mujik ruso es, para los cosacos, un ente extraño, salvaje y grosero. Lo juzgan en la persona de los buhoneros y emigrantes de Rusia Menor, a quienes los cosacos dan el nombre despectivo de *chapoval*. La suprema elegancia del cosaco estriba en imitar el traje del tcherkesse. Como las mejores armas se encuentran entre los montañeses, procuran tomárselas, a la vez que les roban sus caballos más hermosos. Todo buen cosaco se precia de poseer el *tártaro*³ y, de hallarse un poco alegre, lo habla entre los suyos. No obstante, aquella reducida población cristiana, se las da de instruida y no considera como hombres más que a los cosacos, mirando con desdén a los que no lo son, y eso que se halla como arrojada en un rincón de la tierra,

rodeada de soldados y de musulmanes semisalvajes. El cosaco se pasa la vida en el cordón o en expediciones militares, en la pesca o en la caza. No trabaja nunca en el hogar doméstico. Su estancia en la *stanitza* es por excepción o por correr alguna francachela. Los cosacos tienen todos vino propio, y la embriaguez, más que un vicio, es una costumbre entre ellos, pues considerarían al abstinentes como un apóstata. La mujer, para el cosaco, es fuente de bienestar y solo permite que se divierta y viva ociosa a la joven soltera; pero obliga a la casada a trabajar toda la vida por él, hasta su vejez, tratándola a la manera oriental, por la sumisión y el trabajo. De ahí que la mujer se desarrolle notablemente, así en lo físico como en lo moral. Su autoridad en la familia, a pesar de su aparente obediencia, suele ser en Oriente mucho mayor que en Occidente. El ascendiente y fuerza que tiene en la familia, lo debe a su aportamiento, a la vida social y a la costumbre de rudos trabajos masculinos. Los cosacos, cuando se hallan a solas con ellas, se percatan de su supremacía y eso que juzgan bochornoso hablarles con ternura o siquiera familiarmente ante extraños. Ella es quien adquiere casa, bienes y enseres, que mantiene, además, en buen estado de conservación con sus faenas y sus cuidados. Aun cuando se halle firmemente persuadido de lo humillante que es el trabajo para un cosaco, no correspondiendo el mismo sino al obrero nogai o a la mujer, se da cuenta, solo que vagamente, de que de la labor de esta procede todo lo que le es provechoso a él y que llama «lo suyo»; por lo que la mujer, madre o esposa, a la que considera como una criada, tiene poder para privarle de todo cuanto goza. Además, con la labor constante, pesada, masculina y los cuidados a ello inherentes, la mujer de Greben se forma un carácter especial, independiente y viril, desarrollando a la vez sus fuerzas físicas, su buen sentido, la destreza y la firmeza. Las mujeres de allí son, en su mayoría, más hermosas, fuertes, inteligentes y desarrolladas que los cosacos.

La mujer de Greben es de una hermosura por demás sorprendente: ofrece la mezcla del tipo más puro del semblante circasiano con la ancha y poderosa corpulencia de la mujer del norte. Las mujeres cosacas llevan traje tcherkesse, que consiste en la camisa tártara, el justillo bordado y las botas circasianas, poniéndose el pañuelo a la manera rusa. Tienen por costumbre la elegancia, y el aseo, la gracia en el vestir y la exquisita limpieza de la cabaña, son para ellas una costumbre y una necesidad de su vida. Las mujeres, y en particular las jóvenes solteras, disfrutan de una libertad completa en su trato con los hombres. La *stanitza* de Novomlinskaia era considerada como

el centro de las poblaciones de los cosacos de Greben, cuyos antiguos usos se conservaban allí mejor que en cualquier otra *stanitza*. Además, las mujeres de allí eran reputadas por su belleza en todo el Cáucaso. Como medios de subsistencia, los cosacos tienen verjeles, huertas, viñedos, plantaciones de melones, de calabazas, de mijo y de maíz, amén de la pesca, la caza y los tributos militares.

La *stanitza* de Novomlinskaia se halla separada del Terek por un espeso bosque de tres *verstas* de longitud. A un lado del camino que cruza la *stanitza* se encuentra el río; del otro, vense verdes viñedos, jardines frutales y, en lontananza, los bancos de arena de la estepa en que viven los nogais. La *stanitza* se halla circuida por una zanja y espinosos matorrales. Se entra y se sale de aquel recinto por una puerta alta y coronada con un techadito de juncos; junto a ella y sobre un montecillo se levanta un cañón antiguo, ya oxidado, que capturaron en otro tiempo los cosacos, sin que, en un siglo, haya disparado un cañonazo. A veces monta o no monta allí la guardia a su voluntad un cosaco, de uniforme, armado con un sable y un fusil; y en ocasiones tributa o no los honores militares a los oficiales que pasan, según se le antoja. Debajo del techo y fijo sobre la puerta hay un rótulo pequeño y blanco que lleva escrito en tinta negra: «266 casas, 877 hombres y 1.012 mujeres». Las casas de los cosacos se hallan asentadas sobre pies derechos, a una *archina*⁴ de altura y a veces más; cubren cuidadosamente con juncos sus techos elevados. Si no todas aparecen nuevas, resultan de buena construcción, con graderías altas y estrechas, de forma diversa; no se hallan juntas las unas a las otras, sino agrupadas con amplitud y de modo pintoresco, formando calles y callejones. En muchas casas, detrás de la huerta y delante de las ventanas, claras y espaciosas, yérguese una joven acacia, de mayor altura que la cabaña, con su follaje límpido, con sus flores blancas y aromáticas, mientras que a su lado, los girasoles ostentan sus pétalos amarillos y trepan en derredor pámpanos silvestres y enredaderas. En la plaza pública hay tres pequeñas tiendas donde se venden telas de algodón, pepitas de tornasol, pan de higos y pasteles. Detrás de un alto paredón, colúmbrase una casa más capaz y mayor que las otras, con ventanas que se abren de par en par; es la del jefe del regimiento. Durante los días de la semana, con especialidad en verano, vese poca gente por las calles de la *stanitza*. Los cosacos prestan su servicio en el cordón o en alguna expedición militar; los viejos se van de caza o de pesca, si no ayudan a las mujeres a trabajar en los huertos y jardi-

nes. Y solo permanecen en casa los muy ancianos, los niños y los impedidos.

1. Cada *sagena* equivale a 2 m. 154.
2. Fumar tabaco es, para los cismáticos, un pecado capital.
3. El tártaro es el idioma nacional de los tcherkesses y de los thetchenzes.
4. La *archina* equivale a 0 m. 71.

V. LA MADRE DE MARIANKA

Hacía una tarde de esas que solo se ven en el Cáucaso. Bien que el sol fuera escondiéndose detrás de los montes, había gran claridad y abarcaba esta la tercera parte del cielo, en tanto la blancura mate de las montañas gigantesca prevalecía en la luz roja. El aire era vivo, fresco y sonoro. De los montes caía una ancha sombra, de algunas *verstas* de longitud, y se extendía por la estepa, en la cual, detrás del río, aparecían desiertos los senderos, pues rara vez veíanse pasar por allí hombres a caballo. Cuando esto sucedía, los cosacos del cordón y los *thetchenzes* los miraban con sorpresa, tratando de adivinar quiénes serían esas malas gentes. Al caer de la tarde, el miedo sobrecogía a los hombres y les obligaba a recogerse en sus casas, por manera que solo los animales y las aves, como no temían al hombre, vagaban libremente por el desierto. Las mujeres de los cosacos, departiendo alegremente, dábanse prisa en regresar de los jardines a su casa, después de sujetar los cañizos. Los jardines, al igual de los alrededores, quedan despoblados. Las jóvenes solteras, con sus camisas abullonadas y con largas ramas en las manos, corren charlando regocijadamente a las puertas cocheras, a la vera del ganado, que se detiene en medio de una nube de polvo y de mosquitos arrastrados desde la estepa. Por las calles se dispersan las vacas gordas y las búfalas, en tanto circulan por entre ellas las mujeres cosacas, con sus corpiños abigarrados. Óyense sus animadas chácharas, sus risas joviales y sus agudos clamores, que el berrear del ganado interrumpe. Allá vese a un cosaco a caballo y armado que, habiendo obtenido una licencia del cordón, se llega a su cabaña, se inclina a la ventana y da algunos golpes. No tarda en aparecer la testa linda de una mujer joven, que dice palabras risueñas y cariñosas. Más allá colúmbrase a un trabajador nogai, andrajoso y de pómu-

los salientes, el cual acaba de traer cañas de la estepa y hace andar su carro, que chirría en el corral aseado y anchuroso de la casa del capitán, luego desengancha los bueyes, que menean la cabeza, y cambia algunas palabras tártaras con el amo. Cerca de la balsa que ocupa casi toda la calle y por delante de la cual pasan los hombres desde hace ya muchos años, una mujer joven, con los pies descalzos, con un haz de leña en el hombro y la falda arremangada más arriba de la pierna blanca, trepa con pena por detrás de los cercados, mientras la contempla y en son de broma le dice un cazador cosaco que pasa por allí: «¡Levántala un poco más, descocada!» La mujer baja sus faldas y deja caer la leña. Un viejo cosaco, con los pantalones levantados, con el pecho desnudo y gris, vuelve de la pesca y lleva en la espalda su red, en la que aún se agitan varios peces de lomo argénteo; y para llegar antes, trepa por la valla rota del vecino y tira de sus ropas, que se enganchan. Más allá, una mujer arrastra una rama seca y, en un rincón, óyense hachazos. Unos chiquillos lanzan sus pelotas por las calles, en todas las superficies planas, y gritan. Para no hacer rodeos, varias mujeres saltan por los vallados. Una humareda oliendo a *kiziak*¹ surge de todas las chimeneas. En los patios óyese el movimiento y la agitación predecesoras de la tranquilidad nocturna.

Ulitka, esposa del corneta cosaco, que es también maestro de escuela, hállase como las demás a la puerta del corral, donde aguarda el ganado que su hija Marianka hace entrar de la calle. No bien hubo abierto el cañizo, una búfala enorme tropezó, berreando, con el cañizo, hostigada por los mosquitos, dándose con la cola en los hijares; seguían detrás de ella las vacas hartas, cuyos grandes ojos parecían reconocer a la dueña.

Marianka, bella y graciosa, franqueó el ancho portal, volvió a cerrar el cañizo y, escapada, corrió a ordeñar el ganado en el corral. «¡Descálzate, hija del diablo, que estás echando a perder los zapatos!», clamó la madre.

No la enojó a Marianka en modo alguno el epíteto de «hija del diablo», antes lo tomó como una demostración de afecto, y prosiguió su faena alegremente. Una pañoleta rodeaba el semblante de Marianka, que llevaba camisa de color de rosa y un corpiño verde. Desapareció debajo del tejadillo del corral, en pos de una búfala gorda, y oyóse, desde allí, hablar con dulzura al animal. «¡Estate quieta! ¡Pues ya está listo, madrecita mía!» Y a poco madre e hija regresaban del establo a la *izbuchka*². Ambas llevaban, cada una de por sí, jarros de leche ordeñada del día. De la chimenea de ba-

rro de la cabaña no tardaba en levantarse la humareda del *kiziak* y la leche se convertía en cuajo, en tanto la chica atizaba el fuego y la vieja salía a la puerta. El crepúsculo cubre ya la *stanitza*. El aire se halla impregnado del olor de las legumbres, del ganado y de la humareda del *kiziak*. Junto a las puertas y por todas las calles vense correr mujeres con trapos ardiendo en la mano. Por el corral no se oye más que el jadear y el masticar uniformes del ganado, mientras por calles y patios resuenan voces de mujeres y niños. Muy contados son los días laborables en que se escuche el gritar de un hombre ebrio.

Una mujer de cierta edad, alta y robusta, acércase al corral de enfrente, donde se halla *babuka*³ Ulitka, y pide a esta que le dé fuego. Lleva un trapo en la mano.

—¿Conque, abuela, lo tiene ya usted todo listo?—le pregunta.

—Mi hija está preparando el fuego. ¿Necesita usted de él?—contesta Ulitka, gozándose en poder ser útil.

Ambas mujeres penetran en la cabaña; y, como sus manos rústicas no están hechas al manejo de objetos chicos, levantan temblorosamente la tapa de la preciosa caja de cerillas, que tan raras son en el Cáucaso.

La robusta cosaca, que indudablemente fue allá con ánimo de charlar, se sienta en el banco.

—¿Conque tu marido está en la escuela?—pregunta.

—Sí, está siempre enseñando a los chicos, madre. ¡Tiene intención de venir por las fiestas!—contestó la esposa del corneta.

—Es hombre sabio, cosa siempre útil.

—Sí, indudablemente, es útil.

—Mi Lukachka, en cambio, se halla siempre en el cordón, sin que le den licencia,—dijo la recién venida. Bien que la esposa del corneta no lo ignore, la otra no puede menos que hablarle de su Lukachka, que se halla desde hace poco en el servicio militar y que ella desearía casar con Marianka, la hija del corneta.

—¿Conque, sigue en el cordón?

—Sí, se queda en él, madre. No ha vuelto a venir desde las fiestas. Últimamente le he mandado las camisas por mediación de Fomuchkin. Dice que los jefes están contentos de él. Háblase de que por allí persiguen a los *abreks*⁴. Me ha asegurado que Lukachka está muy bueno y muy alegre.

—¡Pues alabado sea Dios!— manifestó la mujer del corneta.— Es un *Urván* acabado.

A Lukachka le habían dado el apodo de *Urván*, por su arrojo, pues arrebató al río, o mejor, salvó (*urval*) a un niño cosaco; y, para ser agradable a la madre de Lukachka, la esposa del corneta le recordaba esto.

—Doy gracias a Dios, madre, por haberme dado un buen hijo, que es un excelente muchacho, en concepto de todos. Si logro que se case, moriré tranquila,—dijo la madre de Lukachka.

—¡Pues chicas no faltan en la *stanitza*!—contestó la ladina mujer del corneta, cerrando cuidadosamente, con sus dedos resquebrajados, la tapa de la caja de cerillas.

—¡Oh, muchas hay, muchas hay!—manifestó la madre de Lukachka, meneando la cabeza.—Pero Marianka es la mujer que habría que buscar entre un montón.

La esposa del corneta estaba al corriente de las intenciones de la madre de Lukachka y, aunque este era de veras un buen cosaco, eludía esa conversación: primero, porque era esposa del maestro y muy rica, mientras que Lukachka era huérfano de un mero cosaco; segundo, porque no quería separarse tan pronto de su hija, pues así lo requerían de modo especial sus necesidades caseras.

—¡Bah! Cuando Marianka se haga vieja, será una chica como las demás,—declaró con aire de reserva y de modestia.

—Mandaré el casamentero, para después de la vendimia y vendremos a saludar la gracia de Dios y también a Hía Vasilievitch,—dijo la madre de Lukachka.

—¿Por qué a Hía?—preguntó con arrogancia Ulitka.—A mí es a quien hay que hablar. Tendremos tiempo para todo.

Ante la expresión severa de la mujer del corneta, la madre de Lukachka comprendió lo imprudente que sería proseguir. Encendió el trapo con la ce-

rilla y, levantándose, dijo:

—No se te olvide, madre; recuerda tus palabras. Me voy. Tengo que encender fuego,—añadió.

Mientras cruzaba la calle y agitaba el trapo encendido en el extremo de su brazo tieso, encontrose con Marianka y esta la saludó.

—Guapa chica y buena trabajadora,—pensó contemplando a la joven. ¡Por qué esperar que envejezca! ¡Es tiempo ya que se case con alguien de buena familia! ¡Es tiempo ya que tome a Lukachka por marido!

Ulitka tenía también sus planes; permaneció sentada en el dintel de la puerta, cavilando, hasta que su hija la llamó.

-
1. Ladrillos de cieno seco, que hacen las veces de combustible en el Cáucaso.
 2. Los cosacos llaman *izbuchka* (diminutivo de *izba*) a la alhacena o despensa baja y fría en que se coloca y conserva la leche. La *izbuchka* sirve a veces de comedor.
 3. *Babuka*, que significa literalmente abuela, es un nombre que se aplica a toda mujer que haya tenido hijos.
 4. Nombre de los thetchenzes no sojuzgados que, con el propósito de saquear y robar, pasaban a la orilla rusa del Terek.

VI. EL JOVEN LUKACHKA

La población varonil de la *stanitza* se pasa la existencia en expediciones militares, en el cordón o en los puestos de guardia, como dicen los cosacos. El propio Lukachka, el *Urván* de que hablaban las comadres de la *stanitza*, se hallaba de centinela en el punto de observación del cuartelillo de Mijné-Prototzk, situado a orillas del propio Terek. Apoyado en la barandilla del cuartelillo y guiñando el ojo, contemplaba y de vez en cuando hablaba a los cosacos, sus compañeros, que se hallaban lejos, al otro lado del Terek o más abajo. El sol llegaba casi a tocar la cordillera de montañas cubiertas de nieve; veíase como esta se destacaba por encima de las nubes rizadas, cuyas ondulaciones iban formando sombras por su falda cada vez más espesas. El aire tenía la transparencia de la tarde. De la selva agreste venía un poco de fresco; pero cerca del cuartelillo hacía aún calor. Las voces de los cosacos, cuando estos hablaban entre sí, retumbaban más sonoras que de costumbre. Toda la masa movediza del Terek, oscura y rápida, parecía separarse de las orillas inmóviles. El río comenzaba a decrecer y, de trecho en trecho, veíase la arena mojada, por las orillas y en torno de los bancos. Enfrente mismo del cordón, por la orilla opuesta, todo aparecía desierto, no viéndose sino innumerables cañas bajas, que se hallaban diseminadas hasta las mismas montañas. Un tanto al sesgo, por la orilla baja, columbrábanse las casas de arcilla, con los techos llanos y las chimeneas en embudo de la aldea *thetchenze*. El cosaco apostado en el punto de observación seguía con mirada penetrante las figuras bulliciosas de las mujeres *thetchenzes*, con sus vestidos de verde y rojo, que se veían desde lejos, por entre la humareda vespertina del pacífico pueblecillo.

En el cordón no se tomaban precauciones excepcionales, a pesar de que los cosacos aguardaban de un momento a otro la presencia o el ataque de los *abreks*, por el lado de los tártaros, especialmente en mayo, cuando es tanta la espesura del bosque circundante del Terek, que se hace difícil cruzarlo a pie, y cuando el río se halla también tan bajo, que no es posible pasarlo a nado; y eso que dos días antes se había, además, presentado un cosaco a caballo con un mensaje del jefe del regimiento, el cual anunciaba que, según informes de los espías, una partida de ocho hombres estaba por cruzar el Terek, por lo que había que redoblar la prudencia. Los cosacos, lo mismo que cuando se hallaban en la aldea, no habían ensillado sus caballos ni se hallaban armados, dándose a la pesca, a la caza o a la bebida. Solo se hallaba ensillado el caballo del cosaco de servicio, cual caballo pacía en las lindes del bosque, y solo los centinelas se hallaban de uniforme, con la espada y el fusil. En el dintel de la cabaña se hallaba sentado el *uriadnik*¹, alto, delgado, de luengo busto, de piernas y brazos cortos, con la chaqueta desabrochada. Ofrecía la expresión de holgazanería de un jefe y cerraba con tedio los ojos, balanceando su cabeza de una mano a otra. Cerca del río se hallaba tendido un cosaco de cierta edad, con su barba poblada, negra y grisácea, con una mera camisa ajustada por una correa negra como el vestido, y contemplaba muellemente el Terek monótono, borboteante y turbio. Otros, abrumados por el calor y semidesnudos, lavaban ropa blanca en el Terek; los había que tarareaban canciones, tendidos sobre la arena ardiente de la orilla.

Un cosaco, de semblante delgado y curtido, estaba a las claras ebrio como una uva y se hallaba tendido de espaldas, cerca de la pared de la cabaña, en la que dos horas antes hacía sombra y donde a la sazón caían los rayos oblicuos y todavía abrasadores del sol.

Lukachka, que se hallaba de vigía, era un mozo de veinte años, alto y guapo, muy parecido a su madre. Su semblante y toda su persona, a pesar del encogimiento de la juventud, denunciaban mucha fuerza física y moral. Por la expresión tranquila de su rostro y su firme apostura, bien que recién entrado en el servicio, echábase en él de ver el aspecto marcial y un tanto altivo de los cosacos y de los hombres avezados a llevar armas, advirtiéndose asimismo que se daba cuenta de su valor. Sus holgadas ropas estaban andrajosas de tanto ir de acá para allá; llevaba el gorro echado hacia atrás, a la *thetchenze*, y las altas botas más abajo de las rodillas. Si sus prendas no

eran ricas, le prestaban, sin embargo, la elegancia peculiar de los cosacos que imitan a los montañeses y a los *thetchenzes*. El verdadero indígena viste siempre con holgura, con descuido y hasta de modo andrajoso, ostentando solo riqueza en las armas; pero aquellos trajes en girón y las armas se hallan dispuestas de tal modo que llaman al punto la atención, en el cosaco lo mismo que en el montañés. Lukachka tenía el aspecto ese.

Apoyándose de espaldas y guiñando los ojos, contemplaba fijamente el pueblucho lejano. Las facciones de su semblante, a observarse en detalle, no eran bellas; pero no podía menos que exclamarse: «¡Qué guapo mozo!» en viendo el conjunto de su cuerpo elegante, y su faz inteligente, con unas cejas muy negras.

—¡Cuántas mujeres, cuántas mujeres en el pueblo!—dijo con voz penetrante, sin dirigirse a nadie, mostrando perezosamente sus dientes blancos y brillantes.

Nazarka, que se hallaba abajo, levantó presuroso la cabeza y objetó: —A buen seguro que vienen por agua.

—Si las amedrantáramos con nuestros fusiles, ¡qué bromazo!—dijo Lukachka riendo.—¡Cómo se alborotarían!

—Tu fusil no alcanzaría tan lejos.

—Aún creo que pasaría. Aguarda un poco, que ya llegará mi fiesta. Iré a tomar cerveza en casa de Guirei-Khan—prosiguió Lukachka, expulsando, airado, los mosquitos que le rodeaban.

Por el bosque oyose un susurro que llamó la atención de los cosacos. Un extraño perro de caza, que husmeaba una huella y agitaba su cola sin pelo, corría hacia el cordón.

Lukachka reconoció al perro de su vecino, el tío Erochka, a quien vio, detrás de aquel, avanzando por el bosque.

El tío Erochka era un cosaco de alta estatura, con una barba poblada, toda blanca, con un pecho y unos hombros muy anchos, que le daban aspecto de hombre alto, en el bosque, donde no podía comparársele con nadie, dado lo proporcionados que eran sus miembros robustos. Iba vestido con un traje haraposo, arremangado y calzaba *porchni*² de piel de ciervo, con cordeles por ligadura. Cubría su cabeza un gorro blanco, de pelo erizado. Llevaba a

cuestas unos aparatos para la caza del faisán, un saco con un pollo y otro pájaro para cebar el buitre. En el hombro, sostenido por una correa, llevaba un gato montés que había matado. En la cintura, por detrás, llevaba un saco con balas, pólvora y pan, una cola de caballo para ahuyentar los mosquitos, un gran puñal con la vaina deteriorada y manchada de sangre seca, y dos faisanes muertos. Al hallarse frente el cordón, detúvose.

—¡Eh! ¡Liam!—gritó al perro, con una tal voz de bajo, que su eco repercutió por el bosque, a lo lejos; después, colocando en el hombro el fusil con pistón que los cosacos llaman *flinta*, levantó un poco su gorro.

—¡Buenos días, buenas gentes! ¡Hola!—dijo a los cosacos, con voz alegre y natural, pero tan fuerte, que parecía que interpelaba a alguien, al otro lado de la orilla.

—¡Buenos días, tío Erochka, buenos días!—contestaron jovialmente, de diversos puntos, las voces juveniles de los cosacos.

—¿Qué habéis visto? ¡Decid!—exclamó Erochka enjugándose con la manga del vestido el sudor que corría por su largo y encarnado rostro.

—Mira qué gavilán hay escondido en el árbol. Todas las tardes revolotea por aquí,—dijo Nazarka guiñando el ojo y moviendo convulsivamente la espalda y piernas.

—¡Ah! ¡Picaronazo!—repuso el viejo con desconfianza.

—Es cierto, ¡ponte en acecho!—añadió Nazarka sonriendo.

El cosaco se echó a reír.

El rapaz no había visto a gavilán alguno, pero de algún tiempo tenían la costumbre los jóvenes cosacos de zarandear y engañar a Erochka cuando iba a hacerles compañía en el cordón.

—¡Qué necio, no sirve más que para mentir!—dijo Lukachka desde su puesto dirigiéndose a Nazarka. Este calló.

—Hay que aguardar la bestia, yo velaré,—murmuró el viejo con gran alegría de los cosacos.—¿Y no habéis visto jabalíes?

—Eso no es tan fácil,—dijo el *uriadnik*, contento de la ocasión que para divertirse se le presentaba, mientras se volvía y frotaba su espalda con ambas manos.—Aquí hay que coger *abreks* y no jabalíes. ¿Tú no has oído

nada?—Agregó guiñando los ojos al tiempo mismo que enseñaba su dentadura blanca y fuerte.

—¿Los *abreks*? No, nada he oído—dijo el anciano.—¿Qué, no tienes vino? Dame de beber, buen hombre, que estoy muy cansado... Espera un poco y te traeré caza, te lo prometo. ¡Dame de beber!—repitió.

—Pero, ¿te quedas aquí?—preguntó el *uriadnik*, como si no hubiera entendido las palabras del viejo.

—Aquí pasaré la noche—contestó Erochka.—Para la fiesta espero que Dios me dará algo y te lo traeré, con seguridad.

—¡Oye, oye!—gritó desde arriba Lukachka llamando la atención de los cosacos que se volvieron hacia él.—Ve allá, al torrente y encontrarás un magnífico rebaño. No es broma. Hace poco un cosaco ha muerto un jabalí, —añadió arreglándose el fusil a la espalda y con una voz tal que demostraba la veracidad de su aserto.

—¡Eh, Lukachka, Urván! ¿Estás ahí?—dijo el viejo mirando arriba.—¿Dónde ha sido muerto?

—¿No me habías visto? Ciertamente que soy muy pequeño—dijo Lukachka.—Ha sido cerca de la zanja—y añadió muy serio y moviendo la cabeza,—Pasábamos por la zanja cuando oigo un ruido... pero mi fusil estaba enfundado. Ilaska tiró... Yo te enseñaré el sitio, no está lejos. Espera un poco; conozco bien el camino. ¡Mocev!—gritó con aire decidido, casi imperioso, dirigiéndose al *uriadnik*—es hora del relevo.—Y cogiendo su fusil sin esperar otra orden abandonó el puesto de guardia.

—Baja—contestó el *uriadnik* después de lanzar una mirada investigadora en torno suyo. ¿Te toca a ti, Gurka? ¡Quita!... Buena pieza está hecho tu Lukachka—añadió dirigiéndose al viejo;—como tú, no puede parar en casa. El otro día mató un jabalí.

1. *Uriadnik*, jefe del destacamento de cosacos, con grado de sargento.

2. Los *porchni* son zapatos de piel en bruto que solo pueden ponerse mojándolos.

VII. LA GUARDIA NOCTURNA

Habíase puesto el sol y las sombras nocturnas descendían con rapidez del lado de la selva. Los cosacos, terminado su servicio en el cordón, preparábanse a cenar en la cabaña. Solo el viejo quedaba en la selva tirando de la cuerda a la cual estaba atada la pata del ave destinada a servir de reclamo al gavián. Este permanecía en el árbol sin bajar a coger el pollo. Lukachka, sin impacientarse, preparaba lazos para los faisanes y se paseaba cantando una canción tras otra. A pesar de su elevada estatura y largos brazos, toda labor grande o pequeña parecía fundirse en las manos de Lukachka.

—¡Eh, Luka! Los cosacos se han ido a cenar,—díjole desde no muy lejos del soto la voz aguda de Nazarka.

Y apareció en el sendero abriéndose paso a través de los espinos, llevando bajo el brazo un faisán vivo.

—¡Ah!—exclamó Lukachka cesando de cantar.—¿Dónde has cogido ese animal? En mi lazo probablemente.

Nazarka tenía la misma edad que Lukachka y también había entrado al servicio en la primavera. Era feo, delgado, huesudo, con una voz chillona que hería los oídos. Lukachka y él eran vecinos y compañeros. Lukachka sentado sobre la hierba, a la tártara, arreglaba las redes.

—No sé en qué lazo; en el tuyo sin duda, es verdad.

—¿Detrás del hoyo, cerca del plátano? Sí, es el mío, lo tendí ayer.

Lukachka se levantó examinando el faisán capturado. Pasó la mano sobre la cabeza azul oscuro del ave, que alargando el cuello con espanto cerraba

los ojos, y lo estrechó con ambas manos.

—Hoy comeremos un buen arroz; mávalo y enseguida lo desplumas.

—Pero, ¿nos lo comeremos nosotros o se lo daremos al *uriadnik*?

—¡Oh! ¡Ya tiene él bastante!

—Tengo miedo de matarlo,—dijo Nazarka.

—Tráelo aquí.

Lukachka sacó un cuchillito que llevaba oculto debajo del puñal y rápidamente lo hundió en el cuello del ave. Esta se agitó violentamente, pero apenas tuvo tiempo de tender las alas, que ya su cabeza ensangrentada se torcía a un lado.

—Ahí tienes cómo se hace,—dijo Lukachka tirando el ave.—Haremos un buen arroz.

Nazarka miró al faisán y se estremeció.

—Has oído decir, Lukachka, que «ese diablo» nos envía nuevamente de espionaje—dijo tomando el faisán. El epíteto de diablo aplicábalo al *uriadnik*.—Hoy correspondía a Fomuchkin y le ha enviado a buscar vino. ¡Cuántas noches hemos hecho la guardia! Nosotros nos cargamos su servicio.

Lukachka se dirigió silbando hacia el cordón.

—Coge la cuerda—objetó.

Nazarka obedeció.

—Hoy mismo se lo diré; sin falta, sí, se lo diré—continuó Nazarka.—Dígámosle que no vamos porque el cansancio nos mata. Díselo y te escuchará. De lo contrario, ¡qué va a ser de nosotros!

—¡Ah! No hay más que hablar—dijo Lukachka, visiblemente preocupado en otra cosa.—¡Qué importa! Bueno, si nos dejasen en la *stanitza* por la noche. Allí uno se divierte; pero aquí, ¿qué? Estar en el cordón o de espionaje, es lo mismo.

—¿Y piensas ir a la *stanitza*?

—Sí, para las fiestas.

—Gurka ha dicho que tu Dunaika se distrae con Fomuchkin,—dijo Nazarka cambiando de conversación.

—¡Que el diablo se la lleve!—respondió Lukachka enseñando el marfil de sus dientes, pero sin sonreír.—¿Acaso no encontraré otra?

—Gurka dijo: «Estuve en su casa y el marido se hallaba ausente. Allí vi a Fomuchkin comiendo pasteles». Permaneció un momento y luego fue a escuchar debajo de la ventana. Ella decía: «Ya se fue ese diablo; ¿por qué, querido mío, no comes pasteles? No vayas a dormir a tu casa». Y Gurka gritó por la ventana: «¡Muy bien!»

—¡Mientes!

—Es verdad, te lo juro.

Lukachka calló un momento; luego añadió:

—Y qué; si encuentra otro, que el diablo cargue con ella, sobran mozas. Sobre todo, ya me tenía aburrido.

—¡Qué guapo eres!—dijo Nazarka.—Deberías cortejar a Marianka, la hija del corneta. ¡Porque esa no se divierte con nadie!

Lukachka frunció el entrecejo.

—Marianka es como las otras.

—Pues bien, ¡inténtalo!

—¿Y qué, crees que faltan mozas en la *stanitza*?

Y Lukachka se puso a silbar y cortar ramas mientras caminaba hacia el cordón. De pronto se detuvo ante un arbolillo magnífico, y viendo que era recto y liso, sacó el cuchillo de debajo del puñal y lo cortó de un tajo.—Esta será una buena baqueta—dijo hiriendo el aire con la rama.

Los cosacos cenaban sentados en tierra a la puerta de la cabaña, rodeando una mesa tártara. Preguntoles a quién correspondía ir de *escucha*.

—¿Quién va hoy de servicio?—gritó uno de ellos dirigiéndose al *uriadnik* por la puerta entreabierta.

—¿A quién toca?—respondió este.—Han estado Burlak y Fomuchkin,—y añadió como distraído,—Irás tú y Nazar, ¿no es cierto?—dijo a Luka,—y Erguchov os acompañará; supongo que habrá despertado.

—Pero tú no te despiertas... ¿Por qué ha de abandonar él su sueño?— dijo Nazarka a media voz.

Los cosacos se echaron a reír.

Erguchov era el cosaco que, completamente ebrio, dormía cerca de la cabaña. Acababa de despertar y entraba en el vestíbulo restregándose los ojos.

Lukachka, en pie, limpiaba su fusil.

—Terminad vuestra charla cuanto antes, cenad y partid,—dijo el *uriadnik*. Y sin esperar que le obedeciesen cerró la puerta, al parecer poco seguro de la obediencia de sus subordinados.—Si no hubiese orden seria a nadie enviaría; pero, según dicen, ocho *abreks* han atravesado el río.

—Y bien. Hay que ir,—dijo Erguchov;—es la orden que tenemos y hay que cumplirla; imposible abstenerse por el momento; creo que es mejor partir.

Entretanto Lukachka cogiendo con dos manos un trozo de faisán que llevaba a la boca, miraba ora al *uriadnik* ora a Nazarka, mostrándose al parecer indiferente a cuánto oía y riendo de todos. Todavía estaban los soldados en la estancia cuando Erochka, que hasta entonces había estado de acecho en el bosque, penetró en el oscuro vestíbulo.

—¡Muchachos!—dijo con voz de bajo que cubría todas las otras,—voy con vosotros; unos a esperar *thetchenzes*, otros a los jabalíes.

VIII. EN EL NOMBRE DEL PADRE...

Era ya completamente de noche cuando Erochka y tres cosacos del cordón, envueltos en sus *burkas*¹ y el fusil a la espalda, subieron Terek arriba para establecerse en el lugar del *secreto*. Nazarka no quería ir; pero Lukachka le increpó, y finalmente emprendieron la marcha. Después de haber andado algunos pasos en silencio entraron en un sendero apenas perceptible entre los cañaverales, y aproximáronse al Terek. El agua había dejado en la orilla un gran madero sumergido que aparecía rodeado de cañas recientemente cortadas.

—¿Esperamos aquí?—preguntó Nazarka.

—¿Por qué no?—respondió Lukachka.—Siéntate aquí y espera, que vuelvo enseguida; voy a enseñar al viejo el lugar donde cayó el jabalí.

—Este sitio es excelente; no se nos ve y lo percibimos todo,—dijo Erguchov.—Sí, quedémonos aquí; es el mejor sitio.

Nazarka y Erguchov tendieron sobre la hierba sus *burkas* e instaláronse cerca del madero. Lukachka se alejó con Erochka.

—Es aquí cerca,—dijo Lukachka marchando despacio delante del viejo; —yo te enseñaré por dónde ha pasado. Soy el único que lo sabe.

—Muéstramelo. ¡Urván, eres un buen chico!—murmuraba el viejo.

Después de algunos pasos Lukachka se paró ante una charca y comenzó a silbar.

—¿Ves? Por aquí pasaron al ir a beber,—cuchicheó enseñando el rastro reciente.

—¡Cristo te guarde!—exclamó el anciano.—El jabalí vendrá al *kotluban*² por detrás, de la zanja,—añadió.—Yo me quedo y tú puedes marcharte.

Lukachka cogió la *burka* y siguió solo a lo largo de la orilla mirando con rapidez tanto a derecha como a izquierda, ora al cañaveral, ora al Terek que murmuraba sordamente a su lado. «Tal vez ellos vigilan», díjose pensando en los *thetchenzes*. De pronto, un ruido y el rumor del agua al chocar con un cuerpo, hiciéronle estremecer y empuñar su carabina.

Destacose sobre la argentina superficie la oscura silueta de un jabalí, que desapareció entre las cañas. Lukachka le encaró el fusil; pero no tuvo tiempo para disparar y lleno de despecho se alejó. Otro silbido se escuchó y continuó avanzando hacia donde estaban sus compañeros. Nazarka arrebuñado dormía ya. Erguchov, sentado sobre sus piernas cruzadas, hízole sitio a un lado.

—No se está aquí del todo mal,—dijo;—el sitio no puede ser mejor. ¿Le has acompañado?

—Sí, le he guiado,—contestó Lukachka dejando su fusil en el suelo.—¿Oíste? Hace un momento, en la misma orilla, he levantado un jabalí. Quizás sea el mismo.

—Oí un rumor y pensé enseguida: «Lukachka ha espantado alguna pieza». Y envolviéndose en la *burka*, añadió Erguchov:—Ahora dormiré y cuando cante el gallo me despiertas para que tú descanses. Hay que proceder con método.

—Muchas gracias,—repuso Lukachka,—no quiero dormir.

La noche estaba templada, oscura, agradable. Del lado de la montaña aparecía el horizonte cubierto, casi en toda su extensión, por una espesa nube que se alejaba lentamente descubriendo la estrellada bóveda celeste. Delante corría el Terek, rodeando la tupida estepa. De vez en cuando, sin causa aparente, movíanse las cañas entrechocándose. Sus plumeros, destacando sobre el fondo del cielo, semejaban un grupo de árboles.

A sus pies se deslizaba la corriente con torbellinos en la orilla, y más allá, chocando con los bancos de arena, murmuraba y desaparecía confundiendo-

se en el fondo del horizonte, cual negra mancha, el agua, la orilla y la nube.

Negras sombras corrían sobre el agua, y el ojo experto del cosaco reconocía que eran ramas secas arrancadas de las márgenes. A largos intervalos iluminaba la opuesta orilla, con sombrío reflejo, la luz de un relámpago.

Los vagos ruidos de la noche, el rumor del cañaveral, los ronquidos de los cosacos, el zumbido de los mosquitos, el murmullo del agua, turbábalos de vez en cuando la ligera detonación de un fusil, el ruido de una piedra al caer en el agua, el cabrilleo de un pez o el crujido de las ramas producido por algún animal que se hundía en la espesura.

Un búho, revoloteando a lo largo de los márgenes del Terek, llegó sobre los cosacos y tendiendo su vuelo hacia el bosque, dejó oír por largo tiempo el ruido cadencioso de sus alas que entrechocaban, y un aleteo más rápido al ir a posarse sobre algún viejo plátano.

A cada uno de estos inesperados rumores, el cosaco, aguzaba el oído y entornaba los ojos acariciando su fusil.

Avanzaba la noche; el oscuro nubarrón corriendo hacia el occidente dejó entrever por sus desgarrones el cielo puro, estrellado, y allá sobre la montaña apareció la luna brillando cual un cuerno de oro comunicando a todo un rojo resplandor. Hacía fresco. Nazarka se despertó, habló y volvió a dormirse. Lukachka se aburría; levantose, tiró de un pequeño cuchillo que tenía debajo del puñal y cortó una rama para hacerla servir de baqueta.

Multitud de ideas acudían a su cerebro: ¿Cómo los *thetchenzes* viven allá en las montañas? Y vienen hasta aquí sin miedo a los cosacos. ¿Cómo pueden ganar la orilla? Y fijaba su vista a lo largo de la corriente, pero sin ver nada. Escudriñando el río y sus lejanas márgenes que a la tibia luz de la luna apenas si se distinguían de la corriente, abandonó su meditación y esperó el momento de despertar a los compañeros para volver a la *stanitza*. Se le representaba a Lukachka su *almife*, como llaman los cosacos a sus queridas y pensó en ella con despecho. Anunciaba el día: la plateada niebla emblanquecía el agua y cerca los aguiluchos lanzaban agudos gritos y agitaban las alas. Por fin a lo lejos, en la *stanitza*, oyose el canto de un gallo, luego otro canto prolongado al cual respondieron nuevos gritos.

«Es hora de despertarlos», pensó Lukachka al terminar la limpieza de su fusil y sintiendo pesadez en los ojos. Volvióse hacia sus compañeros bus-

cando el cuerpo al que pertenecían las piernas que veía, pero al mismo tiempo oyó un ruido extraño del otro lado del Terek y volvióse hacia el horizonte cubierto de blanquecinas montañas, hacia el creciente lunar, hacia la línea opuesta del río, hacia el Terek; hacia las ramas que arrastraba y que en aquel momento se mostraban muy distintamente. Parecióle que estaba en movimiento y que las ramas y el río permanecían inmóviles. Pero aquello no duró más que un segundo. Nuevamente fijó su vista, y una gran rama negra con sus hojas llamó extraordinariamente su atención. Sin inclinarse, sin girar, la rama flotaba de singular manera en el centro del río. Hasta parecióle que no seguía la corriente sino que cortaba oblicuamente el río de arriba abajo. Lukachka con el cuello tendido, seguía la rama con curiosidad. La rama se aproximó a un banco de arena, paró e hizo unos movimientos extraños. Lukachka creyó ver una mano que salía de debajo de la rama. «¡Ah, si yo solo matase un *abrek*!» pensó. Cogió el fusil y con tanto sigilo como rapidez, colocó sobre dos ramas cruzadas el cañón del arma, levantó el gatillo sin hacer el menor ruido y apuntó sin perder de vista al enemigo. «Yo los mato a todos» se dijo. No obstante, su corazón latía con tal violencia que hubo de detenerse y escuchó. De pronto la rama giró y emprendió la marcha en dirección a la orilla donde estaba la guardia. «¡No hay que errar el golpe!» pensó; y luego... a la débil luz de la luna vio debajo de la rama la cabeza de un tártaro. Dirigió el fusil recto hacia la cabeza. Parecióle que la tenía junto a la punta del cañón. Miró por encima. «Sí, es un *abrek*» dijo con alegría y arrodillándose bruscamente echó el arma a la cara, miró bien la guía apenas visible que tenía en la punta y, siguiendo una costumbre que los cosacos adquieren en su infancia, dijo: «En el nombre del Padre y del Hijo...» y dejó caer el gatillo.

Una luz brillante iluminó por unos instantes el agua y los cañaverales. El sonido seco y corto del disparo repercutió sobre el río, perdiéndose a lo lejos y trasformándose en un ruido formidable. La rama ya no marchaba contra la corriente, sino que arrastrada por las aguas seguía su dirección.

—¡Alto!— gritó Erguchov acariciando su fusil y poniéndose encima del madero.

—¡Calla, demonio, que son los *abreks*!— dijo Luka apretando los dientes.

—¿Contra quién has tirado?— preguntó Nazarka.—¿A quién has matado?

Lukachka no contestó, cargó su fusil y siguió con la vista la rama que se alejaba. Esta se paró no lejos sobre un banco de arena y apareció una masa negra flotando sobre el agua.

—¿Contra quién has tirado? ¿Por qué no nos avisaste?—preguntaron nuevamente los cosacos.

—He dicho que contra los *abreks*,—repitió Lukachka.

—¡Basta de tonterías! ¿Acaso se ha disparado el arma por sí sola?

—He muerto un *abrek*, eso es lo que he hecho,—dijo Lukachka con voz agitada por la emoción, poniéndose en pie.—El hombre nadaba...—dijo señalando al islote.—¡Le he muerto! Mirad allí.

—¡Tú ves visiones!—repetía Erguchov restregándose los ojos.

—¡Cómo! ¡Basta ya!—dijo Lukachka; y cogiéndole por la espalda le hizo girar con tal violencia, que Erguchov lanzó un quejido.

Erguchov miró en la dirección que le mostraba Lukachka y viendo el cadáver, cambió súbitamente de tono.

—¡Ah, ah! Seguro que vendrán otros tras él—dijo por lo bajo, examinando su fusil.—Ese que nadaba era el explorador. Ya están aquí o no muy lejos del otro lado; creedme.

Lukachka desabrochó su cinturón y empezó a desnudarse.

—¿Qué haces, necio?—gritó Erguchov—Inténtalo y te pierdes. Es justamente lo que digo. Si le has muerto ya no escapa. Dame un poco de pólvora. ¿Tienes tú? Nazarka, ve inmediatamente al cordón, pero no sigas la orilla, porque te matarían, seguramente.

—¡Ah! ¡Eso es, iré solo! ¡Bien puedes ir tú!—dijo Nazarka malhumorado.

Lukachka despojose de sus vestiduras y se aproximó a la orilla:

—¡No vayas, te digo!—añadió Erguchov llenando de pólvora el cañón del fusil.—Mira como no se mueve, ahora ya veo. Pronto será de día y del cordón vendrán en nuestra ayuda. ¿Qué temes, Nazar? No tengas miedo.

—¡Luka, eh! Luka—dijo Nazarka—cuéntanos cómo le has muerto.

Luka, dispuesto primero a arrojar al agua, cambió de resolución.

—Id los dos al cordón y yo me quedo: decid a los cosacos que les salgan al encuentro, si han atravesado... Hay que cogerlos.

—¡Digo que no escapan!— agregó Erguchov, poniéndose en pie.— Hay que cogerlos, seguramente.

—Espera, Luka, no te muevas— dijo Erguchov— de lo contrario te matarían. Cuidado con moverte.

—Vete, ya lo sé—respondió Luka, y mirando su fusil escondiose tras el madero.

Erguchov y Nazarka se levantaron y haciendo el signo de la cruz, marcharon al cordón, pero sin seguir la orilla; y abriéndose camino a través del cañaveral llegaron al sendero que marcaba la selva.

Lukachka, solo, sentado, sin apartar la vista del banco de arena, escuchaba atentamente esperando a los cosacos; pero había gran trecho hasta llegar al cordón y la impaciencia le atormentaba, temiendo desapareciesen los *abreks* que acompañaban a su víctima. Contra esos enemigos que suponía iban a comparecer, sentía un desprecio parecido al que la víspera le había animado contra el jabalí. Miraba en torno suyo o al otro lado de la ribera, temiendo ver todavía otros hombres. Con el fusil entre dos ramas plantadas estaba dispuesto a tirar. Y no se le ocurrió pensar que también a él podían matarle.

1. Capa de pieles que usan los habitantes del Cáucaso.

2. Nombre del hoyo o charca donde el jabalí se revuelca para endurecer su piel.

IX. EL CADÁVER DEL ABREK

Comenzaba a clarear. Ya se veía con más perfección el cuerpo del *thet-chenze* medio flotando sobre los bajos del río. De pronto oyéronse pasos no lejos de la *escucha* e inclináronse las cañas con leve crujido. El cosaco miró por segunda vez y exclamó: «En el nombre del Padre y del Hijo»... Al ruido del disparo cesó el eco de los pasos.

—¡Eh, cosacos! ¡No tiréis contra el viejo!—dijo una voz grave y tranquila, mientras Erochka saliendo de entre el cañaveral se aproximaba a Luka.

—¡Demonio, a poco más te mato!

—¿Por qué tiraste?—preguntó el viejo.

La sonora voz del anciano que repercutía en la selva y por la superficie del río, rompió el misterioso silencio que rodeaba al cosaco. Todo pareció cambiar espontáneamente, era más claro, más visible.

—¿Nada has visto y he matado la bestia?—dijo Lukachka poniendo el fusil en el seguro e incorporándose con aparente calma.

El viejo miraba ya en dirección al islote que se percibía claramente, y en torno del cual corría el Terek.

—Nadaba con el ramo a la espalda. Le he descubierto... Mira, pantalón azul; y aquello es el fusil, si no me equivoco... ¿ves?—dijo Luka.

—Sin duda—contestó el viejo en tono irritado, reflejando su mirada destellos de severidad, de dureza.—Has muerto a un montañés—añadió con sentimiento.

—Estaba sentado allá abajo, cuando me pregunté qué podría ser un bulto negro que venía de la otra orilla. Lo distinguí de lejos. Hubiérase dicho que un hombre se aproximaba y caía. ¿Era un milagro? De pronto veo una rama que flota, pero no en dirección de la corriente sino en sentido oblicuo. Luego distingo una cabeza que sale por arriba. ¿Qué es eso? El cañaveral me impedía ver claramente. Me levanto y sin duda había oído él algún ruido, ¡el canalla! porque saltó a la arena y miró en derredor. «No, pensé, tú no te escapas». Una vez en tierra, observé. ¡Ay! ¡Algo me sube a la garganta!... Preparo el fusil con cuidado y espero. Queda él en pie un momento y vuelve a nadar, pero cuando se hubo colocado en plena luz, entonces alumbrado por la claridad de la luna pude verle de espaldas. «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...» Miré a través de la densa nube de humo y vi que se agitaba. Lloraba, a lo menos me lo pareció. «¡Gracias a Dios, pensé, ya le he muerto!» Una vez en la arena pude verle mejor; quiso levantarse, pero ya no tenía fuerzas. Se mueve, se estremece y cae. Es cierto; lo vi todo. Mira, ya no se mueve, debe haber muerto... ¡Los cosacos han ido al cordón, con tal que los otros no se nos escapen!

—Sí, confía en ello, se les cogerá—dijo el viejo.—Están lejos todavía, hijo mío...

Y nuevamente movió el anciano la cabeza con muestras de tristeza. Al mismo tiempo se oyó acalorada conversación y ruido producido por los cosacos que llegaban, unos a pie, otros a caballo.

—¿Traéis algún bote?—preguntó Luka.

—¡Bravo! ¡Luka, tráenoslo a la orilla!—gritó uno de los cosacos.

Lukachka sin esperar el bote ni perder de vista su presa, comenzó a desnudarse.

—Espera, que Nazarka trae el barquichuelo—dijo el *uriadnik*.

—¡Imbécil! ¿Quién sabe si vive, aunque no pueda moverse? Coge el puñal—añadió otro cosaco.

—Así lo haré—repuso Luka quitándose los pantalones.

Se desnudó apresuradamente, hizo la señal de la cruz, saltó al agua moviendo con fuerza sus nervudos brazos, la espalda a flor de agua y cruzó el Terek en dirección al banco de arena.

Del grupo de cosacos que quedaron en la orilla salían voces sonoras emitidas a un mismo tiempo. Tres cosacos de caballería fueron a explorar los alrededores. El bote apareció en el río.

Lukachka se incorporó sobre el islote y sacudiendo el cuerpo de su víctima lo empujó por dos veces. «¡Completamente muerto!» dijo en voz alta.

El *thetchenze* había recibido el tiro en la cabeza. Vestía pantalón azul, camisa y caftán; a la espalda llevaba el fusil y un puñal, cubríale enteramente la grande rama que tanto había preocupado a Lukachka.

—¡Vaya una carpa!—dijo un cosaco que se había unido a los que rodeaban el cadáver, que arrastrado por el agua habían depositado ya sobre el césped.

—¡Qué amarillo está!—agregó otro.

—¿Por dónde se fueron los nuestros en busca de los *abreks*? Sin duda están ya en el otro lado. Si este no hubiera sido un explorador, seguramente habría desaparecido antes que arriesgarse solo. ¿Por qué nadaba en esa forma?—dijo un tercero.

—¡Ah! era un bribón que se había propuesto ser un buen *patriota*,—respondió Luka con aire irónico mientras torcía la ropa mojada que había dejado en la orilla y tiritando sin cesar.—Lleva la barba teñida y bien recortada.

—Oye, Lukachka,—añadió el *uriadnik* que tenía en la mano el puñal y el fusil del hombre muerto—guarda para ti el puñal y el caftán, y a cambio del fusil te daré tres monedas cuando vayas a mi casa. Está cargado—añadió soplando por el cañón—será para mí un buen recuerdo.

Luka no contestó; sintiose contrariado por la avidez de su jefe; pero sabía que su obligación era obedecer.

—¡Qué diablo!—dijo frunciendo las cejas y tirando al suelo el caftán del *thetchenze*—si al menos fuese bueno este caftán, pero es un guiñapo.

—Te servirá para ir a cortar leña,—añadió otro cosaco.

—¡Mocev! Me voy a casa—dijo Lukachka que, olvidando su despecho, quería sacar partido del regalo que había hecho a su jefe.

—Está bien; puedes marchar.

—¡Muchachos! arrastrad ese cuerpo detrás del cordón—ordenó el *uriadnik* a los cosacos mientras inspeccionaba el fusil—y haced un cobertizo de ramaje para preservarle del sol. Puede que vengan de la montaña a rescatarle.

—Todavía no hace calor—objetó uno.

—¿Y si vinieran los chacales?—repuso otro.

—Haremos la guardia, porque si vienen a comprarlo no conviene que lo encuentren maltrecho.

—Bueno, Lukachka, haz lo que quieras, pero ofrece un vaso de licor a los compañeros,—añadió alegremente el *uriadnik*.

—Sí, como de costumbre—replicaron los cosacos.

—¡Qué suerte le da Dios!... sin pensar ha muerto un *abrek*.

—Compradme el puñal y el caftán y pagádmelo bien. También vendo los pantalones,—dijo Lukachka.—No me irán bien porque el difunto estaba muy flaco. ¡Dios le acompañe!

Un cosaco compró el caftán por un rublo; otro dio por el puñal dos jarros de aguardiente.

—Bebed, compañeros, os ofrezco un jarro,—dijo Luka—yo mismo lo traeré de la *stanitza*.

—Y de los pantalones puedes hacer pañuelos para las mozas—añadió Nazarka.

Los cosacos se echaron a reír.

—Basta de risas—dijo el *uriadnik*—y llevad más lejos el cadáver. ¿Por qué habéis dejado esa porquería cerca de la cabaña?...

—¿Cómo no os movéis? Traedlo aquí—exclamó imperiosamente Lukachka, dirigiéndose a los cosacos que, sin saber por qué, se hallaban vacilantes. Los cosacos le obedecieron como si fuera el jefe. Llevaron el cadáver a algunos pasos de distancia, soltando las piernas que cayeron inertes sobre el césped. Los cosacos retrocedieron y durante algunos instantes permanecieron inmóviles.

Nazarka se aproximó al cadáver levantándole la cabeza para ver la herida ensangrentada y redonda que tenía en la sien y bañaba de sangre el rostro de la víctima. «¡Vaya una marca que le has puesto! ¡Y en los mismos sesos!» dijo. «No se perderá, y los suyos podrán reconocerle...» Nadie contestó y todos los cosacos continuaron en silencio.

Había salido el sol y sus rayos herían la verdura cubierta de rocío. El Terek mugía a lo lejos, al despertar, por el lado de la selva. Los gritos de los faisanes saludaban la mañana interrumpiéndose con sus cantos que llegaban de todos lados. Los cosacos silenciosos e inmóviles rodeaban el cadáver lanzándole de vez en cuando alguna mirada. Este, cubierto solamente por un pantalón azul empapado en agua que sujetaba sobre el hundido vientre un estrecho cinturón, era elegante y hermoso. A los lados colgábanle los musculosos brazos. La cabeza redonda, recién afeitada, tirando a azul, con la herida cubierta de sangre coagulada, estaba inclinada a un lado. Su frente curtida por el sol, marcábase espaciosa en la limpia cabeza. Los ojos grandes, vidriosos, entreabiertos, diríase que miraban al vacío; los labios frescos y delgados parecían dejar escapar una leve sonrisa por entre el bigote rubio, recortado; y los dedos crispados mostrábanse cubiertos de lodo en las articulaciones y con las uñas teñidas de encarnado.

Todavía no se había vestido Lukachka. Estaba mojado, el cuello más rojo que nunca y los ojos más brillantes que de ordinario. Sus amplias mejillas se contraían y un vapor casi imperceptible desprendíase de su cuerpo blanco y vigoroso, no obstante el aire fresco de la mañana.

—Era todo un hombre,—prorrumpió mirando el cadáver.

—Sí; si hubieses tenido la desgracia de caer en sus manos, maldito el gusto que hubieras sentido,—replicó uno de los cosacos.

Cesó el silencio. Los soldados se agitaron y comenzaron a hablar; dos de ellos salieron a cortar ramas para hacer el cobertizo; los otros alejéronse hacia el cordón. Lukachka y Nazarka iniciaron los preparativos para marcharse a la *stanitza*.

Media hora después Lukachka y Nazarka atravesaban casi corriendo la selva que separa el Terek de la *stanitza*, dirigiéndose a sus casas en animada conversación.

—¡Cuidado con decir que soy yo quien te envía!... ¡no olvides averiguar si su marido está en casa!—dijo Lukachka en tono imperativo.

—Y luego iré a casa de Iamka. ¿Iremos de juerga esta noche?—preguntó el obediente Nazarka.

—Sí, sí, ¿cuándo la hemos de correr si hoy no?—respondió Luka.

Llegados a la *stanitza*, los cosacos bebieron sendos tragos de aguardiente y luego se echaron por tierra para dormir hasta la tarde.

X. LA LLEGADA DEL DESTACAMENTO

Tres días después de los acontecimientos que acabamos de relatar, dos compañías de un regimiento de infantería del Cáucaso iban a instalarse en la *stanitza* de Novomlinskaia. Ya se habían descargado en la plaza los jergones que conducían los víveres. Los rancheros recogían leña mal conservada en los patios y preparaban la cena. Los sargentos pasaban lista a la tropa; los furrieles clavaban estacas para señalar el puesto del piquete. Los encargados del alojamiento circulaban por calles y plazuelas disponiendo el sitio donde debían albergarse jefes y soldados. Aquí se veían las cajitas verdes llenas de municiones, en orden perfecto; allá los carros de víveres y los caballos; al otro lado las marmitas, en las que se guisaba la cena.

Allí están el capitán, el teniente y el sargento Onésimo Mikhailovitch. Todo está preparado en la *stanitza* donde, según se susurra, queda ordenada la instalación de la compañía; así pues, los soldados se agitan y alborotan como si estuvieran en su casa. Pero, ¿por qué han de quedarse aquí? ¿Quiénes son esos cosacos? ¿Les agrada, acaso, ver a las compañías alojadas en sus casas? ¿Son viejos creyentes? Nadie se preocupa de ello. Ajustadas cuentas, los soldados cansados y cubiertos de polvo, dispérsanse con desordenado ruido por las calles de la población, como un enjambre de abejas. Sin reparar en el aire de descontento que reflejan los cosacos, entran en las chozas por grupos de dos o tres, golpeando alegremente con las armas que dejan a un lado, y tirando al suelo el morral para divertirse con las muchachas.

Un gran grupo se forma alrededor de las ollas, sitio predilecto de los soldados que, con la pipa en la boca, miran el humo que se eleva en el aire ca-

liente convirtiéndose en densa nube blanca al llegar a determinada altura, o el chisporrotear del fuego que parece como cristal fundido en el aire puro de la noche, o se burlan y ríen de los cosacos y sus mujeres por la vida que hacen tan diferente de la vida rusa. En todos los corrales donde hay soldados se oyen risotadas, gritos agudos de mujeres enfadadas que defienden sus propiedades y rehusan darles agua y jabón. Los muchachos de ambos sexos se apiñan estrechamente contra sus madres y con tímido asombro siguen los movimientos de los soldados, que nunca habían visto, o corren tras ellos, aunque a respetable distancia.

Los cosacos viejos abandonan sus cabañas sentándose sobre bancos de piedra y, silenciosos y severos, miran la instalación de los soldados, sin poder adivinar qué significa aquella invasión y siempre con la confianza puesta en Dios.

Olenín, que desde hacía tres meses estaba inscrito como alférez en el regimiento del Cáucaso, recibió alojamiento en una de las mejores casas de la *stanitza*, la del corneta Ilía Wasilievitch, la de la vieja Ulitka.

—¿Qué va a ser de nosotros, Dmitri Andreievitch?— preguntó Vanucha dirigiéndose a Olenín que, vestido de *tcherkés*, sobre un hermoso caballo comprado en Groznaia, penetraba alegre, tras cinco horas de marcha, en el corral de la casa que se le había designado.

—¿Qué hay de nuevo, Ivan Vasilievitch?— dijo acariciando el caballo y mirando con regocijo a Vanucha, que, bañado en sudor, los cabellos en desorden, la mirada torva, acababa de llegar con el furgón y comenzaba a abrir los baúles.

Olenín parecía otro hombre. En lugar de la cara afeitada, llevaba bigote naciente y aun barba; su tez pálida, con marcadas huellas de hacer vida nocturna, presentaba ahora en las mejillas, frente y cuello, una coloración rojiza y sana. Ya no vestía el frac nuevo, flamante, sino blanco caftán de largos pliegues, sucio como el de los *tcherkeses* y lleno de armas. La camisa blanca, impecable, reemplazábala un cuerpo de seda roja que cubría su cuello. Sentábase muy mal el traje a lo *tcherkés* y todos vieran en él un ruso y no un *abrek*, aunque lo hubiese sido.

Todo en él respiraba alegría, salud, contento de sí mismo.

— Vos lo tomáis a broma,— dijo Vanucha —pero hablad a esas gentes; no se les puede sacar nada, ni una palabra.— Vanucha encolerizado, tiró por tierra un cubo de hierro.— ¡Como si ellos no fueran rusos!

— Debías haberte dirigido al jefe de la *stanitza*.

— ¡Pero si no conozco el pueblo!— respondió Vanucha enfadado.

— ¿Por qué te disgustas?— preguntó Olenín mirando en su derredor.

— ¡Que el diablo se lo lleve! El patrón no está en casa. Según dicen ha salido a pescar en un *kriga*¹, y la vieja es un demonio del mal, ¡Dios nos libre!— respondió Vanucha llevándose las manos a la cabeza.— Cómo viviremos aquí, no lo sé. Son peores que los tártaros. ¿Y todavía se llaman cristianos? Los tártaros son más nobles. ¡Ha marchado a la *kriga*! ¿Qué es eso de *kriga*? Nadie lo sabe. Lo han debido de inventar ellos,— añadió Vanucha volviéndose de espaldas.

— ¡Ah! Esto no es lo mismo que nuestro país, allá en el campo,— dijo Olenín bromeando y sin bajar del caballo.

— Dadme el caballo,— repuso Vanucha, contrariado por la nueva vida que adivinaba y sometiéndose a su suerte.

— ¿Con que dices que los tártaros son más nobles, ¡eh! Vanucha?— repitió Olenín apeándose y dando una palmada sobre la silla.

— Sí, sí, ¡podéis reiros! ¡Para vos será muy divertido!— respondió Vanucha con disgusto.

— Ven aquí y no te enfades, Ivan Vasilievitch— dijo Olenín que continuaba riendo:— Escucha; voy a ver al amo de la casa y verás que pronto arreglo el asunto; nos tratarán a maravilla y sin que tengas que enfadarte.

Vanucha no contestó, pero guiñando los ojos con desprecio siguió con la vista a su patrón y movió a un lado y a otro la cabeza. Vanucha no veía en Olenín más que un amo y Olenín en él un criado, de tal suerte que ambos hubieranse sorprendido si alguien los conceptuara como amigos, no obstante serlo en el fondo. Vanucha entró en casa de su dueño cuando apenas contaba once años y Olenín tenía su misma edad. Cuando este llegó a los quince, se encargó, durante cierto tiempo, de la instrucción de Vanucha enseñándole a leer el francés, de lo que este se mostraba muy orgulloso; y aun aho-

ra, cuando se hallaba de buen humor, decía algunas palabras francesas sin cesar de reírse como un tonto.

Olenín traspasó el portal de la cabaña y empujó la puerta del vestíbulo. Marianka, vestida con una sencilla camisa color rosa, según costumbre de las jóvenes cosacas, asustada, se alejó de la puerta para ocultarse en la estancia, la cara cubierta con la manga de su camisa tártara. Al acabar de abrir la puerta pudo distinguir Olenín en la semiclaridad, la figura alta y elegante de la muchacha; con la avidez y curiosidad propias de la juventud, fijose involuntariamente en las formas vigorosas y virginales que dibujaba la finísima camisa de lienzo y en los hermosos ojos negros que le miraban con miedo infantil y curiosidad salvaje. «¡Ah, sí, es *ella*!» pensó Olenín. «¡Si habrá en el pueblo muchas como esta!» se le ocurrió y penetró en la estancia.

La vieja Ulitka, también cubierta por una camisa, barría el piso vuelta de espaldas a la puerta y medio encorvada.

—¡Buenos días, abuela! Vengo a alojarme,—dijo.

La mujer, sin cambiar de actitud, volvió hacia él su rostro encolerizado en el que todavía se marcaba algún destello de belleza.

—¿A qué has venido? ¿Te burlas de mí? ¿Eh? ¡Ya te enseñaré yo! ¡Que la peste negra te lleve!—gritó lanzando una mirada de ira por entre el fruncido entrecejo.

Olenín pensó que los soldados del Cáucaso, a los cuales pertenecía, fatigados y somnolientos, serían recibidos con satisfacción en todas partes y sobre todo en tierra de cosacos, sus compañeros de armas; por eso quedó estupefacto al ver aquella recepción. Sin turbarse, quiso manifestar la intención que le animaba de pagar su hospedaje, pero la vieja le interrumpió.

—¿Para qué has venido? ¡Qué plaga! ¡Tú, testa pelada! Espera un poco, que va a llegar el patrón y te pondrá en tu sitio. No tengo necesidad de tu maldito dinero. ¡Ya te conocemos; infestas la casa con el tabaco y todavía quieres pagarnos esas molestias con dinero! ¡Que las balas te destrocen el corazón y las tripas!...—dijo con voz chillona amenazando a Olenín.

«En verdad que Vanucha tiene razón», pensó Olenín. «Los tártaros son más nobles». Y salió de la cabaña acompañado de las maldiciones de Ulitka. En el mismo instante, Marianka, siempre envuelta en su camisa rosa, pero cubierta hasta los ojos con un chal blanco, deslizose delante de él hasta

el pasillo, pisando suavemente los peldaños de la escalera con sus pies desnudos; salió del vestíbulo, se paró, volvió rápidamente la vista hacia el joven con la sonrisa en los labios y desapareció por la esquina de la cabaña.

El paso firme de la joven, la ardiente mirada de los brillantes ojos que cubría el velo blanco y la gracia de su talle esbelto y proporcionado, llamaron nuevamente la atención de Olenín.

«Debe ser *ella*», pensó. Y menos apenado por el recibimiento de la vieja, con los ojos fijos en Marianka, se aproximó a Vanucha.

—¡También la hija es una salvaje! —dijo el ordenanza que aún no había terminado de arreglar los paquetes llegados en el furgón, aunque ahora estaba ya más alegre. —Es como el jumento en un rebaño. *¡La fame!* —añadió en voz alta, y soltó una carcajada.

1. Sitio separado por zarzales a la orilla de un río, destinado a la pesca.

XI. OLENÍN TOPA CON EL VIEJO EROCHKA

El dueño de la casa no volvió de la pesca hasta muy tarde y, cuando supo que le pagarían el hospedaje, tranquilizó a su mujer y satisfizo las exigencias de Vanucha.

En aquellos momentos todo tuvo arreglo. Los dueños de la casa quedarían en la parte destinada a habitaciones de invierno y en las de verano se alojaría el alférez mediante el pago de tres *monedas* mensuales. Olenín comió y se echó a dormir. Despertose antes de la noche, se levantó, cepilló sus vestidos, cenó y, después de fumar un cigarrillo, sentose cerca de la ventana que daba a la calle. El calor disminuía, la sombra oblicua de la cabaña con su elevada techumbre, prolongábase a lo largo de la empolvada calle yendo a romperse en la casa contigua. El tejado de cañas de la vivienda de enfrente brillaba con los rayos del sol poniente. El aire era muy fresco; la *stanitza* quedaba silenciosa y los soldados, ya instalados reposaban tranquilos. Los ganados no habían entrado aún y los habitantes tampoco volvían del trabajo.

La casa de Olenín hallábase casi al extremo de la *stanitza*. De vez en cuando, más allá del Terek, del lado de las regiones que acababa de abandonar Olenín, oíanse sordas detonaciones, bien de Thetchnia o de la playa de Numitzk. Olenín sentíase satisfecho después de sus tres meses de vivac. En la cara recién lavada sentía todavía el agradable fresco del agua; en su vigoroso cuerpo la limpieza inacostumbrada después de una marcha, le había postrado en agradable letargo; en todos sus reposados miembros renacían la

tranquilidad y el contento. También su conciencia estaba limpia. Recordaba la última campaña, el peligro pasado, su valor en los momentos críticos que le hacía igual a sus compañeros y el regocijo que le invadió al ser admitido en la sociedad de los valientes caucasianos. Los recuerdos de Moscova habían desaparecido de su memoria. La antigua vida quedaba en el olvido, y otra completamente nueva comenzaba sin que pudiera recriminarse lo más mínimo por error alguno. Aquí sería un hombre nuevo entre los nuevos hombres y se prometía felices resultados. Sentía su corazón invadido por un agradable sentimiento, cuya causa no podía encontrar. Quería vivir mucho, y mirando por la ventana a los chiquillos que a la sombra de la casa jugaban a la pelota, ya su nueva habitación completamente arreglada, pensaba en el goce que habría de darle la *stanitza* en la vida que iba a comenzar. También llevó su vista a las montañas y al cielo, mezclando a todos sus recuerdos la impresión grave de la naturaleza majestuosa. No era esa la vida que soñó al salir de Moscova, pero sin embargo le encantaba. A todos sus pensamientos había de unir las gigantescas montañas que le rodeaban, cubiertas de verdura y llenas de esplendor.

—¡Ha besado a la perra! ¡Ha lamido la jarra! ¡El viejo Erochka ha besado a la perra!—gritaron los chiquillos que jugaban a la pelota debajo de la ventana, dirigiéndose hacia la callejuela.—¡Ha besado a la perra! ¡Ha cambiado el puñal por el aguardiente!—repetían avanzando y retrocediendo.

Los gritos se dirigían al viejo cazador que, con el fusil a la espalda y unos faisanes en la cintura, volvía del bosque.

—Sí, muchachos, ¡es mi falta, es mi pecado!—dijo moviendo la mano gallardamente y mirando a las ventanas de las casas a ambos lados de la calle.—He alquilado la perra, por mis pecados—prosiguió visiblemente enfadado, pero aparentando indiferencia.

Olenín extrañose de la conducta de los chiquillos para con aquel hombre, al observar la mirada expresiva e inteligente y la arrogante corpulencia del llamado Erochka.

—¡Abuelo! ¡cosaco!—le dijo.—Acércate.

El viejo miró a la ventana y se detuvo.

—Buenas tardes, buen hombre—dijo quitándose el gorro y descubriendo su cabello cortado al rape.

— Buenas tardes, buen hombre — respondió Olenín. — ¿Por qué te gritan los muchachos?

El viejo Erochka se aproximó a la ventana.

— Me insultan a mí, a un viejo. Mas no importa, me agrada. ¡Que se diviertan conmigo! — dijo con esa grave entonación propia de los ancianos respetables. — ¿Eres tú el jefe de los soldados?

— No; soy alférez. ¿Y dónde has cazado esos faisanes? — preguntó Olenín.

— Los he muerto en el bosque — respondió el viejo volviéndose de espaldas donde, colgados por la cabeza en el cinturón y manchando de sangre su caftán, llevaba los tres faisanes. — ¡No has visto nunca aves como estas!... si te gustan puedes guardarte dos. ¡Toma! — Y por la ventana le alargó dos faisanes. — ¿También tú eres cazador?

— Sí. Durante la última campaña maté cuatro.

— ¿Cuatro? ¡Qué atrocidad! — dijo el viejo con aire burlón. — ¿Y eres bebedor? ¿Te gusta el vino?

— ¿Por qué no? Me gusta beber un poco.

— Veo que eres un buen muchacho. Seremos amigos.

— Entra — dijo Olenín. — Beberemos juntos un poco de vino.

— Es cierto; ¿por qué no he de subir? — dijo el viejo. — Toma, coge los gallos.

En la mirada de Erochka se veía claramente que el alférez no le disgustaba, comprendiendo que en casa de este se bebería gratis; por eso le regaló el par de faisanes.

Después de algunos minutos se presentó en la puerta de la cabaña. Fue entonces cuando Olenín pudo ver toda la colosal y fuerte corpulencia de aquel hombre. Su bronceado cutis, rodeado de blanquísima barba, estaba surcado por viejas y profundísimas arrugas, producto de una vida trabajosa y libre; los músculos de las piernas, brazos y espaldas aparecían redondos y fuertes como los de los individuos de la raza amarilla. En la cabeza, a través de los cortos cabellos, distinguíanse profundas cicatrices. El cuello venoso

y fornido como el de un toro, estaba agrietado. Las manos, callosas y llenas de arañazos.

Atravesó quedamente el portal, dejó el fusil en un rincón, lanzó una rápida mirada a los objetos que había en la estancia, fijándose bien en ellos y avanzando muy despacio llegó al centro de la sala. Con él la atmósfera se llenó de un olor fuerte, no desagradable, mezcla de vino y sudor, de polvo y sangre coagulada.

El viejo Erochka saludó a las imágenes acariciándose la barba, y llegando a Olenín le tendió su carnosa y negra mano.

— ¡*Kochkildi!* — dijo. — Esto significa en tártaro: Te deseo buena salud; la paz sea contigo.

— ¡*Kochkildi!* Ya lo sé, — repuso Olenín cogiéndole la mano.

— ¡Bah! ¡no conoces las costumbres del país! ¡Necio! — añadió Erochka moviendo la cabeza en señal de reproche. — Cuando te digan *Kochkildi* debes contestar: *Alla razi bo sun*; que quiere decir: Dios te guarde. Eso se dice y no *Kochkildi*. Ya te enseñaré todo eso. Aquí estuvo con nosotros un ruso, Ilia Moceitch, y fuimos amigos. Muy buen muchacho, por cierto; borracho, ladrón, cazador, ¡y qué cazador! A ese se lo enseñé todo.

— ¿Y qué es lo que me vas a enseñar a mí? — preguntó Olenín cada vez más interesado por el viejo.

— Te llevaré de caza, te enseñaré a pescar, te haré ver *thetchenzes*; hasta si quieres te procuraré una hembra. ¡Ya ves qué hombre soy!... Un calavera. — Y se echó a reír. — ¿Puedo sentarme, padre?... porque estoy muy cansado, *karga*, — añadió en tono de broma.

— ¿Qué quiere decir *karga*? — preguntó Olenín.

— En georgiano significa *bien*. Y yo lo digo siempre, es mi palabra favorita: *Karga*; cuando digo eso es que estoy alegre. Pero haz que traigan vino. Tú tendrás un ordenanza, ¿no? ¡Ivan! — gritó el viejo. — En vuestro país todos los soldados se llaman Ivan. ¿También el tuyo se llama así?

— Sí, señor, Ivan. ¡Vanucha!... Ve a casa de los dueños a buscar vino y tráelo aquí.

—Pero Vanucha es lo mismo que Ivan. ¿Por qué todos los soldados se llaman Ivan en tu pueblo? ¡Ivan!—repitió el viejo.—Di que te lo den del tonel comenzado. Tienen el mejor vino de la *stanitza*. Y pon cuidado, no te hagan pagar más de 5 kopeks por litro; de lo contrario, se alegraría la bruja... Nuestro pueblo es diabólico, bestial,—añadió Erochka en tono de confianza cuando hubo salido Vanucha.—Ni siquiera os conceptúan como hombres; para ellos tú eres peor que los tártaros. Los rusos son ateos. Mas para mí, aunque seas soldado, sin embargo eres un hombre, también tienes un alma. ¿Es cierto o no? Ilia Moceitch era soldado y poseía un corazón de oro. ¿Verdad, padre? Por eso no me quieren los míos, pero a mí me tiene sin cuidado. Yo soy un hombre alegre, quiero a todo el mundo, soy Erochka, sí. ¿No es verdad, padre?

Y el viejo acariciaba con afecto las espaldas del alférez.

XII. EL VINO DE OLENÍN

Vanucha que, entretanto había conseguido llegar a poner en orden toda la habitación, quedándole tiempo además para ir a afeitarse a casa del barbero de la compañía y sacar el pantalón que llevaba metido en las botas, como muestra de distinción al buen barrio que habitaba, mostrábase contento; con atención, pero sin piedad, examinó a Erochka a quien calificó de animal católico; bajó la cabeza encontrando el suelo sucio, y cogiendo dos botellas vacías que estaban sobre un banco, salió en busca del dueño de la casa.

—Buenos días, amables señoras—dijo con aire dulzón.—Mi amo me envía para comprar vino; llénenme las botellas, señoras.

La vieja no respondió. La joven, que se estaba delante de un pequeño espejo tártaro, rodeaba su cabeza con un pañuelo. En silencio se dirigió a Vania.

—Lo pagaré, respetables señoras—dijo Vanucha haciendo sonar en su bolsillo las monedas de cobre.—Sed buenas y nos portaremos bien,—añadió.

—¿Quieres mucho vino?—preguntó la vieja cortando la conversación.

—Un litro.

—Anda, hija, sírvele—dijo la vieja Ulitka a su hija.—Del barril que tenemos empezado, querida.

La muchacha cogió las llaves y un jarro y salió de la cabaña con Vanucha.

—Dime, ¿quién es aquella mujer?—preguntó Olenín señalando a Marianka, que pasaba en aquel momento por delante de la ventana.

El viejo guiñó un ojo y dio con el codo al joven.

—Aguarda—dijo, y se asomó a la ventana.—¡Ejem! ¡ejem!—tosió y mugió.—¡Mariankita! ¡Eh, Marianka, niña! ¡Quiéreme, alma mía! Soy muy bromista—añadió en voz baja, dirigiéndose a Olenín.

La muchacha, sin volver la cabeza, pasó por delante de la ventana balanceando los brazos con fuerza, con aquel andar airoso y varonil propio de las cosacas, y solo miró despacio al viejo con sus ojos negros, sombreados por largas pestañas.

—¡Quiéreme y serás feliz!—gritó Erochka, y guiñando el ojo miró a Olenín como preguntándole.—Soy un buen mozo y un bromista—añadió.—¿Verdad que es una reina esa muchacha?

—Es muy hermosa—dijo Olenín.—Llámala.

—¡Ni pensarlo!—dijo el viejo.—A esa la casan con Lukachka. Lukachka es un cosaco valiente, un *djiguite*, que hace poco ha matado a un *abrek*. Yo te buscaré otra; te buscaré una que vaya vestida toda de seda y plata. Lo he dicho y lo haré: te traeré una belleza.

—¿Qué dices, viejo?—exclamó Olenín.—¡Eso es pecado!

—¿Pecado? ¿Dónde está el pecado?—replicó resueltamente el viejo.—¿Es pecado mirar a una muchacha bonita? ¿Es pecado divertirse con ella? ¿Es pecado quererla? ¿Así lo entendéis allá en vuestra tierra? No, padrecito, eso no es pecado, sino salvación. Dios te ha hecho a ti y Dios ha hecho a la muchacha; todo lo ha hecho Él, padrecito. Así, pues, no es pecado mirar a una muchacha bonita. Para eso está hecha: para quererla y alegrarse con ella. Así lo entiendo yo, buen hombre.

Después de atravesar el patio, Marianka entró en la bodega, oscura y fresca, llena de toneles, y rezando su oración de costumbre se acercó a uno de ellos y metió dentro el cazo. Vanucha, de pie a la puerta, la miraba sonriendo. Le hacía muchísima gracia que no llevara más que una camisa, ceñida por detrás y recogida por delante, y más gracia todavía las monedas de cincuenta kopeks que le colgaban del cuello. Pensaba que aquello no era

cosa de rusos y que en su casa, en la cocina de los criados, se reirían mucho si vieran a una muchacha así.

—¿Qué haces ahí tapando la luz, demonio?— gritó de pronto la muchacha.— ¡Dame el jarro!

Cuando hubo llenado el jarro de vino tinto y fresco, Marianka se lo dio a Vanucha.

—El dinero dáselo a mi madre— dijo, apartando la mano con que Vanucha le ofrecía el dinero.

Vanucha se echó a reír.

—¿Por qué sois tan ariscas, queridas?— dijo bonachonamente, mientras la muchacha tapaba el tonel.

Ella se echó a reír.

—¿Y vosotros sois muy buenos, acaso?

—Mi amo y yo somos muy buenos—respondió Vanucha convencido.— Tan buenos somos, que dondequiera que hemos vivido los dueños han quedado siempre agradecidos. Porque somos gente noble.

La muchacha se detuvo a escuchar.

—Dime, ¿está casado tu amo?—preguntó.

—No; mi amo es joven y no está casado, porque los señores de noble cuna nunca se casan jóvenes—respondió Vanucha doctoralmente.

—¡Vaya! ¡Tan grande y tan gordo como un búfalo, y no se casa por ser joven! ¿Es el jefe de todos vosotros?—preguntó ella.

—Mi amo es *junker*, es decir, no es oficial todavía; pero tiene más importancia que un general: es un personaje, porque no solo le conoce nuestro coronel, sino el mismo zar—explicó Vanucha orgulloso.—No somos como esos otros militares que no tienen un cuarto; nuestro papá es senador, tiene más de mil siervos, y nos envía mil rublos mensuales, porque nos adora. ¿De qué sirven esos capitanes que no tienen dinero, como hay muchos?...

—Voy a cerrar la puerta,—interrumpió la joven.

Vanucha se llevó el vino; declaró luego a Olenín, en mal francés, que la muchacha aquella era muy gentil, y salió inmediatamente riéndose como un

tonto.

XIII. LOS AMORES DE LUKACHKA

Acababa de sonar la retreta en la plaza. El pueblo volvía del trabajo. Hacía las puertas de los corrales los rebaños bajaban corriendo entre una densa nube de polvo dorado. Jóvenes y mujeres corrían por calles y corrales para recoger las bestias. El sol había desaparecido por completo tras los lejanos montes de nieve. Solamente una ráfaga azul se extendía entre tierra y cielo. En la sombra, apenas visibles, se percibían las estrellas, y el ruido se amortiguaba poco a poco en la *stanitza*. Después de terminada su tarea con los animales, las mujeres salían a la calle y sentadas sobre el terraplén mascaban granos de girasol. Marianka, después de dar el pienso a dos vacas y una búfala, se unió a uno de los grupos.

Componíanlo mujeres jóvenes y viejas y un cosaco anciano.

Hablaban del *abrek* muerto. El cosaco narraba la hazaña y las mujeres le hacían preguntas.

—Temo que no le den gran recompensa,—dijo el cosaco.

—Seguramente, porque, según dicen, solo le darán una condecoración.

—Mocev ha sido injusto con él, tomándole el fusil; pero ya lo saben las autoridades de Kizliar y seguramente le costará muy caro.

—¡Qué canalla es ese hombre!—dijo una joven.

—Aseguran que ha vuelto ya Lukachka,—dijo una joven.

—Está en casa de Iamka, una cosaca vieja y de muy malas costumbres, que tenía una taberna; está de juerga con Nazarka. Dicen que ya se han be-

bido medio cántaro.

—¿Qué suerte tiene ese *Urván*!—dijo una.—Es un *Urván* con toda la barba. ¿Qué digo? un buen mozo y muy listo; como su padre. Cuando mataron a este toda la *stanitza* le lloró. Ahí vienen,—añadió designando a los cosacos que aparecían por el otro lado de la calle.—Erguchov va con ellos. ¡Vaya un borrachín!

Lukachka, Nazarka y Erguchov, después de haber bebido medio jarro, se dirigían al grupo de muchachas. Los tres, sobre todo el viejo cosaco, estaban más colorados que de costumbre. Erguchov se tambaleaba y a cada paso empujaba a Nazarka prorrumpiendo en estrepitosas carcajadas.

—¿Por qué no entonáis alguna canción?—dijo a las jóvenes.—Quiero que cantéis en nuestro honor.

—Buenos días, ¿cómo estáis?—preguntábanles a ellos.

—¿Por qué cantar? ¿Acaso estamos de fiesta?—dijo una mujer.—Tú que has empinado, canta.

Erguchov se echó a reír y empujó a Nazarka.

—Entona tú, que yo ya cantaré. Te aseguro que me doy mañana.

—¿Pero, qué es eso, hermosas, estáis dormidas?—dijo Nazarka.—Hemos venido del cordón para divertirnos y aquí estamos. ¡Todo sea por Lukachka!...

Lukachka, acercándose al grupo nuevamente, quitose el gorro y se paró delante de las jóvenes. Sus pómulos y cuello estaban rojos; permanecía en pie y hablaba muy quedo, con mucha dulzura; pero en su lentitud y mesurado movimiento había más animación, más fuerza que en la agitación y charlatanería de Nazarka. Podía comparársele con el caballo brioso que, relinchando y con la cola al aire, se encabrita y quédase como clavado en el suelo. Lukachka estaba allí, tranquilo ante la alegría de las muchachas; sus ojos reían, hablaba poco y seguía indistintamente los movimientos de sus compañeros embriagados o de las jóvenes que le rodeaban. Cuando llegó Marianka se descubrió con un movimiento regular y sin alterarse, retrocedió un poco, y se paró ante ella cruzando las piernas mientras con la mano se cogía el cinturón y jugaba descuidadamente con el puñal. Como respuesta a su saludo, Marianka inclinó lentamente la cabeza y sentándose en el banco de

tierra sacó un puñado de girasol de la faltriquera de la camisa y empezó a comerlos. Lukachka, sin alterarse, miró a Marianka llevándose a la boca algunas pepitas y escupiendo la cascarilla. A la llegada de la joven todos callaron.

—¿Y qué, venís para mucho tiempo?—preguntó una cosaca para romper el silencio.

—Hasta mañana temprano—respondió Lukachka con gravedad.

—Pues que Dios os proteja,—repuso la vieja—estoy muy satisfecha de tu suerte, ahora lo decía.

—Y yo también—repitió el borracho Erguchov, soltando una risotada.—¡Cuántos invitados!—añadió señalando a los soldados que pasaban.—¡Me gusta mucho el licor de este pueblo! ¡es muy bueno!

—Me han enviado tres demonios de esos que se alojan en la *stanitza*—dijo una de las cosacas.—El abuelo se ha quejado en la cancillería, pero dicen que no se puede evitar.

—¿Pues qué, traen acaso alguna desgracia?—preguntó Erguchov.

—Apestan la casa con su tabaco, ¿no es cierto?—preguntó otra mujer.—Si fumasen en el patio, perfectamente; pero en la habitación no lo permitiremos. Aunque fuese el mismísimo jefe en persona. Además, todavía nos roban. El... el hijo del demonio, el jefe, ¿no se aloja en su casa?

—¿Tú no quieres a los soldados?—interrumpió Erguchov.

—Y aun se dice que ha ordenado a las jóvenes que les hagan la cama y les obsequien con miel y vino,—dijo Nazarka cruzando las piernas como Lukachka y echándose, como él, el gorro a la nuca.

Erguchov soltó una carcajada y cogiendo a una muchacha que estaba a su lado, la abrazó.—¡Así es!—exclamó.

—¡Déjame, pegajoso!—gritó la joven.—Se lo diré a tu mujer.

—Si quieres, puedes hacerlo—dijo Erguchov.—Nazarka tiene razón; está escrito en la ordenanza y él la ha leído. Es cierto.—Y abrazó a la muchacha que seguía a la que acababa de dejar.

—¡Sin vergüenza!... ¡Canalla!... —dijo riendo Ustenka, una joven de cara redonda y fresca, amenazándole con la mano y empujándole.

El cosaco dio un traspié.

—Dicen que las mujeres no quieren guerra, pero esta a poco más me mata.

—¡Quita allá, pegajoso! El demonio te ha debido traer del cordón —añadió Ustenka volviendo la cara para echarse nuevamente a reír.— ¿Por qué no ha tropezado contigo el *abrek*? Si murieses poco se perdería.

—¿Bien que le hubieras llorado, eh? —dijo Nazarka.

—¿Cómo no tuviese otras lágrimas que las mías!...

—¡Dice que no! Ya lo creo que lo sentiría, ¿verdad Nazarka? —repuso Erguchov.

Lukachka, silencioso, no quitaba los ojos de Marianka, aunque su actitud parecía molestar a la joven.

—¿Qué dicen, Marianka, que el jefe se hospeda en tu casa? —le preguntó.

Según costumbre, Marianka no contestó inmediatamente, sino que antes miró a su interlocutor. Lukachka sonreía tristemente, como si en aquel momento pasase algo extraordinario entre los dos, independiente de la conversación iniciada.

—Sí, y a ellos no les molesta tanto, porque tienen dos cabañas... —respondió, adelantándose a Marianka, una vieja del corro.— Pero en casa de Fomuchkin también hay alojado un jefe y con sus maletas ocupa todas las habitaciones; ahora la familia no sabe dónde meterse. ¿Cuándo se ha visto cosa semejante? Toda la *stanitza* se halla invadida por esa horda militar. ¿Qué diablo vienen a hacer a este pueblo?

—Creo que van a construir un puente sobre el Terek, —repuso una muchacha.

—Y, según me han dicho, vienen a abrir una fosa para enterrar dentro a todas las mozas que desprecian a los jóvenes —dijo Nazarka aproximándose a Ustenka. Y nuevamente hizo su movimiento favorito excitando la risa de

todos los concurrentes. Erguchov abrazó a una vieja que estaba al lado de Marianka, saltando el turno que a esta correspondía.

—¿Y por qué no abrazas a Marianka? Debías seguir por orden,—dijo Nazarka.

—No, porque las viejas son más dulces,—gritó el cosaco lanzándose en brazos de otra mujer avanzada en años, que comenzó a zarandearle.

—¡Qué me ahogo!—exclamó riendo.

Rumor de pasos cadenciosos que se oían al otro lado de la calle, interrumpió la conversación. Tres soldados con capote y el fusil al hombro, andaban al paso para ir a relevar al centinela que guardaba la caja de la compañía. El cabo, vestido de caballero antiguo, mirando despreciativamente a los cosacos, guiaba la guardia de tal manera, que Lukachka y Nazarka, que estaban a un lado de la calle, hubieron de apartarse para dejarles paso.

Lukachka, viendo que atropellaban al vecindario, dijo, dirigiéndose a los soldados:

—¿No veis que hay gente? dad la vuelta.

Los soldados pasaron sin responder, continuando la marcha por el enlodado camino.

Marianka se echó a reír y con ella todos los demás, como movidos por un resorte, prorrumpieron en carcajadas.

—¡Qué elegantes!—dijo Nazarka.—Parecen clérigos en traje pluvial—y siguió un rato tras ellos insultándolos, mientras los del grupo continuaban con chistes y risotadas.

Lukachka se aproximó a Marianka con cierta timidez.

—¿Qué habitación ocupa el jefe en tu casa?—le preguntó.

—Le hemos cedido la cabaña nueva.

—¿Es viejo o joven?—repuso Lukachka.

—¿Acaso se lo he preguntado?—dijo la muchacha,—fui a la bodega a buscar vino para él y vi por la ventana a un hombre... como cualquier otro, que estaba sentado junto al viejo Erochka. Equipaje sí que han traído un carro lleno.

Marianka bajó la vista, quedando sumida en extraña meditación.

—¡Qué contento estoy de haber abandonado el cordón!—arguyó Lukachka poniéndose casi encima de la joven y mirándola con pasión, como si pretendiera devorarla.

—¿Vienes para mucho tiempo?—preguntó Marianka sonriendo.

—Hasta mañana a primera hora del día. Dame pepitas,—añadió tendiéndole la mano.

Marianka sonrió nuevamente y abrió el cuello de su camisa.

—No las cojas todas,—dijo.

—En verdad que me aburría sin ti. El tiempo se me hacía largo—murmuró en voz baja Lukachka y metió la mano en la faltriquera de la joven, la estrechó entre sus brazos y le dijo algunas palabras al oído mientras su cara demostraba gran satisfacción y contento.

—¡Me iré, está dicho!—exclamó Marianka con voz solemne, mientras bruscamente se alejaba del cosaco.

—¿De veras?... Aun he de decirte más, por el nombre de Dios. Ven Marianka—añadió.

Ella movió la cabeza en sentido negativo.

—¡Marianka! ¡Eh, Marianka!—exclamó el hermano de la muchacha dirigiéndose al grupo.—Madre te llama para cenar.

—Voy enseguida—respondió ella.—Ve solo, querido; yo iré al momento.

Lukachka púsose en pie y se descubrió.

—Veo que lo mejor será que me vaya a casa—dijo aparentando calma, y luego, mirando a Marianka y siempre sonriendo, se marchó y desapareció tras de la esquina.

La noche se extendía por la *stanitza*. Las estrellas resplandecían mostrándose a intervalos por entre el sombrío espacio. Las calles aparecían oscuras y desiertas. Nazarka se quedó en el terraplén con las jóvenes del grupo, que reían desaforadamente, y Lukachka alejose con paso lento, como un gato en medio de la tranquilidad de la noche y luego, cautelosamente sujetó el puñal que se balanceaba en su cintura, se inclinó y echó a correr, no hacia su casa,

sino en dirección de la cabaña del corneta. Después de atravesar dos calles y entrado en un callejón, sentose en tierra a la sombra de una tapia.

—¡Diablo! ¡Ella es orgullosa y no quiere acceder a mis ruegos! ¡Espera un poco! —se dijo, pensando en Marianka.

Aquel soliloquio fue interrumpido por ruido de pasos menudos, como de mujer, que cada vez se oían más cerca. Escuchó atentamente y sonrió.

Marianka con la cabeza baja se dirigía hacia él en precipitada marcha, golpeando la cerca con una varita que llevaba en la mano. Lukachka se incorporó y al verle Marianka tembló y rápidamente interrumpió su marcha.

—¿Eres tú, maldito demonio? ¡Me has asustado! Pero, ¿no fuiste a tu casa? —dijo ella echándose a reír como repuesta de la impresión que el encuentro le había causado.

Lukachka la cogió por el talle con una mano, mientras con la otra le tapaba los ojos.

—Tengo que hablarte... espera, ¡te lo suplico! —dijo con la voz entrecortada por la emoción.

—¿Qué tienes que decirme a estas horas? —repuso Marianka. —Mi madre me espera y tú vete a casa de tu *amiga* —y echó a correr desasiéndose de las manos de Lukachka.

Cuando hubo llegado a la cerca de su casa, la joven se volvió hacia el cosaco que marchaba tras ella reiterando su súplica de que permaneciera a su lado todavía un momento.

—¿Qué me quieres decir, ave nocturna? —dijo soltando una carcajada.

—¡No te burles de mí, Marianka! ¡te lo suplico! ¿Qué importa que tenga una querida? Vaya enhoramala. Una sola palabra y soy tu esclavo, viviré para amarte y haré cuanto me ordenes. ¡Mira! —e hizo sonar el dinero que tenía en el bolsillo. —Ahora podremos vivir. Todos son dichosos, ¿y yo no he de tener alguna alegría? ¡Di, Marianka!

La muchacha no respondió; permanecía en pie rompiendo con sus dedos de nieve la varita verde con que se entretuvo en el camino y dejándola caer al suelo en diminutos pedazos.

Lukachka apretó los dientes y cerró los puños como fuera de sí.

—¡Siempre esperar, siempre esperar! ¿acaso no te adoro, mi vida? Haz de mí cuanto quieras—dijo expresando su rostro la rabia que sentía ante la casi indiferencia de Marianka, y le cogió las manos.

Ella, sin reflejar en su exterior emoción alguna, con voz tranquila, sin retirar las manos y sin pretender separarse del cosaco, respondió:

—No seas charlatán, Lukachka, y escucha mis palabras: Aunque soltera, no dependo de mí, ¿te enteras? y si me quieres como dices, oye lo que voy a decirte: Suéltame las manos, y te diré que me casaré contigo; pero antes no obtendrás de mí el favor más insignificante.

—¿Qué dices, te casarás conmigo? El matrimonio no está en nuestro poder. ¡Tú me quieres, Marianka!...—dijo Lukachka con los ojos fijos en los de la joven, con dulce y tierna sumisión.

Marianka le abrazó fuertemente y le besó en la boca.

—¡Mi bien!—murmuró todavía abrazada con él. Bruscamente se separó y huyó sin volver la cabeza mientras franqueaba la puerta de su casa.

No obstante las súplicas del cosaco que le pedía esperase un poco y escuchara lo que le quería decir, Marianka no se detuvo.

—Márchate, que nos van a ver—dijo ella.—Ese diablo, nuestro alojado, se pasea por el corral.

—¡Sí, la hija del corneta se casará conmigo, pero antes ha de ser mía!—murmuró Lukachka.

Y se marchó a encontrar a Nazarka en casa de Iamka, donde estuvieron de juerga, yéndose luego a ver a Demiachka, no obstante la infidelidad de la moza.

XIV. EROCHKA Y OLENÍN

En efecto: Olenín andaba por el corral en el momento mismo en que Marianka entraba en su casa, y le había oído decir: «Ese demonio, nuestro huésped, se pasea por el corral». Había pasado toda la tarde en compañía de Erochka junto a la ventana de su alojamiento. Allí se hizo traer la mesa, el servicio de fumar, vino y bujías, y tomando té mientras fumaban, escuchó las historias del viejo que estaba sentado casi a sus pies. A pesar de que el viento no se agitaba, la candela se fundía y la llama vacilaba, iluminando ya la ventana o la mesa, ya la vajilla o la blanca cabeza recién afeitada del anciano. Las mariposas nocturnas revoloteaban, sacudiendo el polvo de plata que encerraban en sus alas girando ora en derredor de la mesa o de los vasos, ora también en torno de la llama o desapareciendo en el espacio sombrío del exterior.

Olenín se bebió con Erochka cinco botellas de vino, puesto que cada vez que el viejo llenaba los vasos, ofrecía uno al alférez para chocar con él y reanudar la charla. Hablaba de los antiguos cosacos; de su padre el *Largo*, como le llamaban en la *stanitza*, que solo se cargaba a la espalda un jabalí de diez *puds*¹ y se bebía sin interrupción dos jarros de vino. Recordando sus buenos tiempos, habló de su novia Guirtchik, con la cual había enviado, durante la peste, muchos *burkas* al otro lado del Terek. Tampoco olvidó a su querida, que le seguía por las noches al cordón. Contó sus exploraciones de un día de caza, en que mató dos ciervos, y todo ello con tanta elocuencia, tan bien pintado, que Olenín no sentía el transcurso del tiempo.

— Así es, querido, — decía Erochka. — ¡Qué lástima no me conocieses en mis buenos tiempos! Te lo hubiera enseñado todo. Hoy el abuelo ha apaga-

do ya el fuego con que en otro tiempo hizo tanto ruido en el regimiento. ¿Quién tiene el mejor caballo? ¿Quién el sable de Gurda? ¿Con quién se puede ir a beber? ¿Con quién ir a pasar una noche de jolgorio? ¿A quién enviar para matar a Akhmet-Khan que campea tras las montañas? Siempre Erochka. ¿A quién obsequian las muchachas? Siempre a Erochka: porque yo era un verdadero cosaco; borracho, ladrón de todo, de rebaños, de caballos en la montaña, de mujeres, gran cantador y bueno para todo. Ahora ya no hay cosacos de mi temple. Da lástima verlos. Están a la altura del suelo. Usan botas ridículas y mirárselas sin cesar es su solo placer. Si se enfadan, no lo hacen como hombres sino como mujerzuelas. Y yo, ¿quién era? Era Erochka, el ladrón conocido no solo en la *stanitza*, sino también en las montañas. Los tártaros, como tártaros; armenios, como armenios; soldados, como soldados; oficiales, como oficiales, para mí iguales eran todos con tal que les gustase la bebida. Me dicen: «Debes purificarte de esa comunión con todo el mundo... No bebas con los soldados, ni comas con los tártaros».

—¿Quién dice eso?—preguntó Olenín.

—Nuestros sabios. Por otra parte, escucha a los Kadias tártaros y les oirás decir: «Son grandes infieles los que comen cerdo». Cada uno se atiene a su religión. Pero yo no hago caso. Dios lo hizo todo para alegría del hombre. Nada es pecado. Las bestias, por ejemplo, habitan los cañaverales tártaros lo mismo que los nuestros; vayan donde quieran, Dios les da habitación y comida. Y los nuestros dicen que si les imitamos serviremos de leña para atizar el fuego del infierno. Yo creo que todo eso son mentiras,—añadió tras una breve pausa.

—¿Qué es mentira?—preguntó Olenín.

—Lo que dicen los sabios. Mi padre tenía en el pueblo, en Tchetchanaia, un jefe que era valiente como yo e íntimo amigo mío. Matáronle en el Tchetchnia. Aquel hombre decía que los sabios inventan todo eso que sale de su cabeza. Cuando mueras—decía—crecerá la hierba sobre tu tumba y eso es todo.—El viejo se echó a reír. ¡Era un ateo!

—¿Y qué edad tienes?—preguntó Olenín.

—¡Dios lo sabe!... setenta años aproximadamente. Cuando en tu país mandaba la reina ya no era yo chiquillo. Calcula si hace años... ¿Resultan setenta?

—Sí, poco más o menos. ¡Y te conservas bien todavía!

—A Dios gracias. Me conservo bien y con fuerzas; lo único que siento es que el otro día una bruja me echó la suerte...

—¿Y cómo?

—Pues así, echándola.

—Entonces, cuando mueras crecerá la hierba sobre tu fosa—repitió Olenín.

Erochka no quiso explicar su pensamiento y calló un momento, cambiando luego de conversación.

—Y tú, ¿en qué piensas?... ¡Bebe!—dijo sonriendo, y tendió al alférez un vaso de vino.

1. El *pud* vale aproximadamente unos 18 kilogramos.

XV. LAS IDEAS DEL VIEJO EROCHKA

—¿Pero de qué te hablaba?—continuó Erochka, parándose a recordar.— Ah... sí... Verás quién soy yo. Yo soy cazador. No le hubo mejor en todo el regimiento. Te descubro a cualquier animal, cualquier pájaro. Yo sé bien dónde se esconden. Tengo perros, dos escopetas, redes, lazos y un gavián. Lo tengo todo, gracias a Dios... Descubro la pista, conozco por ella a la bestia y te digo dónde duerme, dónde bebe y dónde se revuelca. Me instalo bajo los árboles y en vez de dormir en mi casa, velo allí toda la noche... ¡Quedarse en casa!... ¡Es muy aburrido eso!... Y además, ¡se peca tan fácilmente! Vienen las mujeres, las murmuraciones comienzan, gritan los chiquillos... ¡Oh! no, no... ¡Cuánto más hermoso es levantarse con el sol, escoger un buen sitio, romper un montón de cañas, echarse sobre ellas, como una persona decente, y esperar!... Desde allí, se sabe cuanto pasa en el interior del bosque. Si miras al cielo, las estrellas te dicen la hora que es: si vuelves la vista en torno sientes de improviso que el follaje se agita y sin poderlo evitar exclamas: ¡Ya está aquí! Es el jabalí que viene a refocilarse... Se oyen los agudos gritos de los aguiluchos, el cántico estridente de los gallos de la *stanitza* y el ronco alboroto de los patos. Si oyes a los patos, es que todavía no ha llegado la media noche. Yo sé bien todo esto... Si de pronto hiere mis oídos un disparo de fusil, acuden a mi mente mil ideas encontradas y me pregunto: ¿Quién habrá tirado? ¿Será un cosaco, como yo, que acecha la pieza? ¿La habrá matado? ¿La habrá, tal vez, herido solamente y el pobrecito animal se desangrará en vano, revolcándose moribundo entre las cañas? ¡Oh! no, no... ¡Eso nunca lo hago! ¿Por qué martirizarlas así? ¡Imbécil, más que imbécil!... Luego pienso: ¿Será algún *abrek* que ha asesinado a algún hermano mío? y todos estos pensamientos, en atropellada

confusión, asaltan mi cerebro... Una vez, sentado junto al agua, vi balancearse sobre la superficie una ligera cuna... Me acerqué a mirarla y observé que estaba intacta; sus bordes, únicamente, estaban algo estropeados... De súbito, un torrente de pensamientos se apoderó de mí... ¿De quién era aquella cuna? Probablemente—pensé enseguida—esos malditos soldados habrán caído sobre un pueblo, se habrán apoderado de las mujeres y uno cualquiera de ellos, un miserable, ha cogido a la pobre criatura por los pies y la ha estrellado contra la pared... ¿Es que no lo hacen así, por ventura? ¡Ay! Dios mío, ¡hay gentes que no tienen corazón! Y tan fúnebres ideas asaltaban mi mente, que ya no veía sino la cuna que flota, la mujer deshonrada, una casa que el fuego devora y por último un cosaco con el fusil al hombro que pretende robarme. Sumido en esta meditación estaba cuando me pareció que una manada de jabalíes andaba por el bosque, y algo extraño me hizo estremecer. «¡Acercaos más que no perderéis el tiempo!»—pensé.—Escucho sin moverme y mi corazón latiendo cada vez con más violencia, como si quisiera quebrarse. Por el bosque avanzaba todo un rebaño. Digo «en el nombre del Padre, del Hijo...» y ya me disponía a tirar, cuando me quedo parado al oír que el jabalí madre decía a sus pequeñuelos: «¡Qué desgracia, hijos míos, aquí hay un hombre!» e inmediatamente se internaron en la maleza. Lleno de cólera me hubiera despedazado a mí mismo.

—Pero ¿cómo pudo avisar el jabalí a sus hijuelos de que allí había un hombre?—preguntó Olenín.

—¿Y tú no crees que pudiera hacerlo? ¿Piensas, acaso, que la bestia es tonta? No por cierto; es más inteligente que el hombre, aunque sea un jabalí. Todo lo sabe. El hombre, por ejemplo, sigue una pista y apenas presta atención a ciertos detalles, mientras que el jabalí huye tan pronto como encuentra el rastro más insignificante, porque este posee inteligencia y tiene espíritu; tú no conoces tus pasos y él sí. Quieres matarlo y él desea vivir entre las enramadas del bosque; tú tienes una ley y él otra. Un jabalí no es de peor condición que la tuya. También es criatura de Dios. ¡Ah! ¡qué bestia es el hombre, bestia, bestia!... —repitió varias veces el viejo y bajando la cabeza quedó pensativo.

También pensaba Olenín. Abandonó la habitación y con las manos atrás, paseábase por el patio sumido en meditación profunda.

Erochka, vuelto en sí, levantó la cabeza mirando insistentemente a las mariposas que giraban alrededor de la vacilante llama de la bujía, cayendo abrasadas sobre la mesa en la que estaba apoyado:

— ¡Insensatas! ¡Necias! ¿Para qué voláis? ¡Imbéciles! ¡Imbéciles! —dijo. Y con su gruesa mano pretendía cogerlas en el aire.

— Vais a quemaros, encanto de la naturaleza. Venid, aquí hay espacio donde volar sin peligro, —añadió procurando aprisionarlas entre sus dedos para que luego en libertad volaran por la habitación.— Os quemáis y me da lástima.

Así permaneció largo rato charlando solo y bebiéndose otra botella. Olenín iba y venía de la sala al corral sin que nada pudiera sacarle de su ensimismamiento. Conteniendo la respiración involuntariamente, oyó una risa de mujer, la voz de un hombre y el chasquido de un beso. Con ánimo de conocer lo que todo aquello significaba, deslizose sobre el césped y llegó al otro lado del corral, pero seguidamente crujió la empalizada que cedió ante el fuerte empujón de un fornido cosaco vestido de caftán oscuro y gorro blanco, y una mujer de esbelto talle, cubiertos los hombros con un pañuelo, pasó por delante mismo de Olenín. «Ni tú conmigo ni yo contigo hemos de hacer nada», parecía decir Marianka con la resuelta altivez con que seguía su marcha. Siguióla Olenín con la vista hasta la entrada de la cabaña y todavía pudo observar por la ventana que la joven tiraba su pañuelo y se sentaba sobre un banco. De pronto, en medio de la soledad sintió que un deseo oculto, desesperación vaga, celos insensatos le amargaban el alma y corrió ansioso en busca de Erochka.

La última luz de las cabañas se había apagado. En la *stanitza* extinguíanse los últimos rumores; el ramaje de las cercas, el ganado de los corrales, los tejados de las casas, los plátanos grandiosos, todo dormía con sueño santo, tranquilo, reparador. Solamente los gritos agudos y continuados de las ranas en los estanques, llegaban lejanas al oído atento. En oriente, las estrellas desaparecían como si se fundiesen en la luz que comenzaba a iluminar la aldea, pareciendo más altas y unidas entre sí al mirarlas en el momento mismo de pasar por debajo de ellas. El viejo dormitaba con la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre la mesa. Cantaba el gallo en el corral vecino, y Olenín, entristecido, paseaba, paseaba sin cesar, agitándose violentamente. El eco de voces que entonaban una romanza llegó hasta él y

aproximándose a la ventana escuchó. Los cosacos con voz clara entonaban juntos una canción alegre, pero entre ellos había uno que dominaba a todos.

—¿Sabes quién canta?—exclamó el anciano al despertarse.—Lukachka, el cosaco. Ha matado un *thetchenze* y lo celebra. ¿Y por qué se alegra el insensato?...

—Y a ti,—le interrumpió Olenín—¿también te ha tocado matar a muchos hombres?

De un salto se incorporó Erochka y miró fijamente a Olenín.

—¡Diablo!—exclamó.—¿A qué viene esa pregunta? De eso no se habla. Es muy difícil condenar un alma, pero ¡muy difícil! Adiós, padrecito: me cansa la silla y estoy borracho,—añadió disponiéndose a marchar.—¿Quieres que venga mañana para irnos de caza?

—Ven, si quieres.

—¡Cuidado, eh! Levántate temprano, porque de lo contrario habrá multa.

—No tengas miedo; me levantaré antes que tú,—respondió Olenín.

Salió el viejo, calló la canción; oyéronse pasos y una conversación alegre. Poco después la canción se volvió a oír, pero más lejana, y la vibrante voz de Lukachka uníase como antes a las otras. «¡Qué hombres, qué vida!»—pensó Olenín dejando escapar un suspiro, mientras penetraba por la puerta de la cabaña.

XVI. LOS CONSEJOS DE EROCHKA

El viejo Erochka era un cosaco retirado, que vivía solo; su mujer — de esto hacía ya veinte años — habíase convertido a la ortodoxia, huyendo luego de su casa para casarse con un suboficial ruso. No tenía hijos. No mentía al decir que fue el mozo más guapo de la *stanitza*. En el regimiento conocíasele por su bravura. Sobre la conciencia tenía más de una muerte de *thetchenzes* o rusos. Trepaba las montañas y robaba al ruso, llegando hasta a ser su prisionero algunas veces. Casi todo el tiempo lo pasaba cazando en el bosque, sin otra alimentación que pan y agua. Pero en cambio, cuando llegaba al pueblo pasaba día y noche en continua francachela. De regreso de casa de Olenín, entró en su cabaña, durmiendo dos horas, y al despertarse, antes del amanecer, sentose sobre la cama pensando en Olenín a quien había conocido la víspera. Gustaba de la *simplicidad* de Olenín, esta simplicidad la fundaba en que le había invitado a beber vino. Hasta la misma persona del alférez le resultaba agradable. Extrañábase de que los rusos en general fuesen tan *simples* y ricos, no obstante su ignorancia, a despecho de la educación. Discurría sobre esto y pensaba qué podría pedir a Olenín que pudiera serle útil.

La cabaña de Erochka era grande y no muy vieja, echándose de ver inmediatamente la ausencia de mujer. Contra la escrupulosa limpieza de los cosacos, toda la habitación estaba sucia y en el mayor desorden. Sobre la mesa había un caftán impregnado de sangre, la mitad de una galleta y a su lado una corneja desplumada y partida para servir de cebo al gavilán. Los zapatos, un fusil, un puñal, un saco, un vestido mojado aún y otros objetos aparecían dispersos sobre los bancos. Unos zapatos de cuero reblandecíanse en

el agua sucia y mal oliente de un cubo que se veía en el rincón de la sala, junto a una *kabilka* y una carabina. En el suelo una red y algunos faisanes muertos veíanse al lado de una gallina que, atada por una pata a la mesa, picoteaba por tierra. Un tiesto lleno de líquido lechoso, yacía sobre el apagado fogón. Encima de este, un pájaro esforzábale por soltar la cuerda que le sujetaba, mientras un pequeño gavián asomábase por uno de sus ángulos, mirando oblicuamente a la gallina y de vez en cuando a ambos lados. El viejo Erochka estaba acostado boca arriba en una cama estrecha instalada entre la hornilla y la pared. Cubierto solamente con la camisa, sus robustas piernas apoyadas sobre el fogón, quitábase las costras de los arañazos producidos por las uñas del gavián, al que pretendía amaestrar sin hacer uso de guantes. Por todo el cuarto, pero muy especialmente alrededor del viejo, notábase ese olor extraño, indefinible y no desagradable que acompañaba a Erochka.

—¿Estás en casa, abuelo?—dijo por la ventana una voz penetrante, que el viejo conoció inmediatamente; era la de su vecino Lukachka.

—Sí, sí. ¡Entra!—respondió Erochka.—Vecino Marka, Luka Marka, ¿qué te trae a mi casa? ¿Vas al cordón?

El gavián, despierto a la voz de su amo, batió las alas para soltarse del lazo.

El viejo quería a Lukachka y exceptuábase en su desprecio a la última generación de cosacos. Por otra parte, Lukachka y su madre, en calidad de vecinos, dábanle de vez en cuando vino, requesón y otros productos de la casa, de los cuales carecía Erochka. Este, que siempre fue generoso, explicábase la admiración de sus vecinos. «Son gente rica. Yo les doy faisanes y jabalíes y ellos a su vez no me olvidan, obsequiándome con galleta y pasteles».

—¡Buenos días, Marka! Me alegro de verte,—dijo jovialmente el viejo saltando de la cama y colocando sobre el suelo sus pies desnudos. Dio dos pasos sobre el suelo de madera, miró la deformidad de sus piernas y como pensando en algo extraño, dio dos golpes con el talón, sonrió e hizo un ligero movimiento.

—¿Estoy bien, eh?—dijo; y sus ojos brillaron.

Lukachka abrió sus labios con una ligera sonrisa.

—¿Qué, te marchas al cordón?—le preguntó.

—No, abuelo; vengo a traerte el vino que te ofrecí.

—¡Cristo te salve!—dijo el anciano. Cogió el pantalón y caftán que había en el suelo, vistiose, se ciñó un cinturón de cuero, echó sobre las manos un poco de agua del tiesto, enjugándose en un pantalón viejo, y tomando un trozo de peine lo pasó por la barba, poniéndose inmediatamente delante de Lukachka.

—Estoy listo,—dijo.

Lukachka tomó la botella y un cubilete que repasó con un trapo, y después de llenarlo del rojo líquido lo ofreció a Erochka, sentándose en un banco.

—¡A tu salud! ¡En el nombre del Padre y del Hijo!—hizo el viejo aceptando el vino con aire solemne.—¡Que cuanto desees se cumpla; sé bueno y merece la cruz!

También Lukachka rezó una plegaria, bebió vino y dejó el vaso sobre la mesa. El cazador púsose en pie; tomó pescado seco que colocó sobre el umbral de la puerta, golpeándolo con un palo para hacerlo reblandecer, y luego lo sirvió en un plato de loza azul, único que tenía, no sin antes prensarlo bien entre sus manos callosas.

—En mi casa hay de todo, hasta aperitivos, ¡a Dios gracias!—dijo con orgullo.—¿Y qué hace Mocev?—preguntó.

Lukachka, deseando visiblemente conocer la opinión del anciano, contó que el *uriadnik* le había cogido el fusil.

—Déjale el fusil,—repuso Erochka.—Si no se lo dejas te quedarás sin premio.

—Pero ¿qué recompensa puede obtener un cosaco que no ha hecho todavía el servicio a caballo? Ese era un buen fusil de Crimea; cuesta ochenta piezas de moneda.

—¡Oh, déjalo! También yo me disputé una vez con un centenario que quería quitarme mi caballo. «Dámelo, me decía, y te propondré para corneta». Como no se lo quise dar me quedé sin ascenso.

—¡Ya ves! Tengo que comprarme un caballo y dicen que al otro lado del río no se encuentran más baratos de cincuenta piezas. Mi madre no ha vendido el vino todavía.

—¡Ah! Cuando el viejo Erochka tenía tu tiempo no se apenaba por esas cosas. A tu edad yo robaba ganados para venderlos al otro lado del Terek. A veces vendía un caballo por un jarro de vino o por una *burka*.

—¿Por qué los vendías tan baratos?—preguntó Lukachka.

—¡Imbécil, imbécil Marka!—dijo despreciativamente el viejo.—Era imposible hacerlo de otra manera. Por eso se roba, por no ser avaro. Y vosotros, me parece que ni siquiera sabéis cómo se roban los caballos... ¿Por qué callas?

—Qué quieres que te diga, abuelo,—repuso Lukachka,—en verdad, no somos lo mismo.

—¡Necio, necio! no somos lo mismo,—repitió imitando el tono y ademanes de Lukachka.—¡Sí, a tu edad era yo otro cosaco!

—¿Y qué hacer?—preguntó el joven.

El viejo movió la cabeza con ademán despreciativo.

—El viejo Erochka era entonces sencillo y generoso, y por eso todos los *thetchenzes* eran sus amigos. Cuando alguno de ellos venía a mi casa lo emborrachaba con licor, cedíale mi cama y al ir yo a su casa le llevaba siempre un regalito. Así obrábamos los hombres de otro tiempo. Los de ahora se divierten en comer pepitas y tirar la cascarilla,—dijo con aire de reproche e imitando a los modernos cosacos comiendo simiente de girasol.

—Ya lo sé,—dijo Lukachka.—Es cierto.

—Si quieres ser valiente debes imitar a los montañeses y no a los del país. Si un labriego quiere adquirir un caballo, coge su dinero y lo compra...

Tras unos momentos de silencio el joven dijo:

—En verdad que es aburrida la vida, tanto en la *stanitza* como en el cordón; no se puede hacer nada. Todos son miedosos. El otro día estábamos con Nazarka en la aldea cuando Guirei-Khan nos propuso ir a robar caballos a los nogais; nadie quiso ir... ¿Qué iba a hacer yo solo?

—¿Para qué sirve el abuelo? ¿Crees que estoy inservible? No, todavía no. Dame un caballo e inmediatamente iremos en busca de los nogais.

—¡No digas sandeces!—repuso Lukachka;—¿cómo me las he de arreglar con Guirei-Khan? Él me ha dicho: «no has de hacer más que llevarme un caballo hasta el Terek y allí te daré yo un rebaño entero». Pero tiene la cabeza hueca: es difícil augurar el éxito.

—Se puede confiar en Guirei-Khan; pertenece a buena familia. Su padre es un amigo fiel. Pero, escucha al abuelo, que no habrá de enseñarte nada malo: tómale juramento, que será más seguro, y si vas con él, procura llevar el arma a mano, sobre todo en el momento de la distribución de caballos. Un día a poco me mata un *thetchenze* por la misma cuestión. Yo le pedía diez piezas de moneda por un caballo... Fíate en él, pero no te duermas sin el fusil al lado.

Lukachka escuchaba al viejo con atención.

—¡Eh, abuelo! me han dicho que posees una hierba mágica,—dijo tras breve pausa.

—No, no tengo hierba mágica, pero te instruiré; puesto que eres un buen cosaco no olvidarás al pobre viejo. ¿Quieres que te instruya?

—Sí.

—¿Conoces la tortuga? Es un diablo...

—¿Cómo no saberlo!

—Pues bien; un día buscas su nido y cuando esté fuera rodéalo de ramaje para que no pueda entrar. Ella vendrá, encontrará la barrera, se marchará y volverá a depositar la hierba mágica para destruir el ramaje. Y tú vuelves al siguiente día temprano y mira por qué parte está destruida la barrera, que allí encontrarás la hierba mágica. Ni cerradura ni valla podrán resistirte.

—¿Tú la has probado?

—No; pero buenas gentes me lo han asegurado. Yo poseía un talismán; no tenía más que evocarlo antes de montar a caballo y nadie podía disparar contra mí.

—¿Y qué sortilegio era ese?

—¿No lo conoces? ¡Ah, la buena gente! Sí, pregúntalo al abuelo. Pues bien; escucha y repite conmigo:

«Salud, vosotros, los que habitáis Sión.

»Es tu rey.

»Montaremos a caballo.

»Grita Sofonías.

»Zacarías habla.

»Padre Mandritché.

»El hombre eternamente amado».

—Eternamente amado,—repitió el viejo.—¿Lo sabes ya? Pues bien, repítelo otra vez.

Lukachka sonrió.

—¿Y por eso no te han muerto, abuelo?

—Puede que sí. Vosotros sois muy inteligentes... Apréndelo todo y lo repites; eso no te hará daño. Has entonado el encantamiento e hiciste bien.—El viejo rió.—Y ahora, Luka, no vayas a ver los nogais.

—¿Por qué?

—Porque no está bien. Vosotros no sois como los antiguos, estáis degenerados y no tenéis vergüenza. Una cuadrilla de rusos vendrán y os llevarán ante los tribunales. ¡Verdaderamente cobardes! ¡Ah! en nuestros tiempos...

Y el viejo comenzó a contar sus historias de siempre, mientras Lukachka miraba por la ventana.

—Ya es de día, abuelo—le interrumpió.—Me marchó; ven a verme.

—¡Que Cristo te guarde! Yo me voy a casa del oficial a quien prometí llevar de caza. Me parece buen muchacho.

XVII. LA DESPEDIDA DE LUKACHKA

Al salir de casa de Erochka, Lukachka entró en su cabaña. La niebla humedecida por la escarcha elevábase del suelo y envolvía la *stanitza*. El ganado, que todavía no se podía distinguir, comenzaba a agitarse en todas direcciones. Los gallos charlaban con más alegría y con gritos más agudos. Purificábase la atmósfera con un aire transparente y los habitantes comenzaban a levantarse. Llegado cerca de la aldea, pudo percibir Lukachka la cabaña de su madre con la cerca humedecida por el rocío y la escalera con el postigo abierto. En medio de la niebla se oía el ruido de un hacha que cortaba leña en el bosque. Lukachka entró en la cabaña. Su madre, ya levantada, en pie ante el hogar avivaba el fuego. Sobre el lecho descansaba todavía la hermanita del cosaco.

—¿Qué, te has divertido, hijo mío?—preguntóle su madre, con dulzura.
—¿Dónde pasaste la noche?—En la *stanitza*—respondió el mancebo sin precipitarse, manejando el fusil al que acababa de quitar la funda.

La madre movió la cabeza.

Después de llenar con pólvora la cazoleta, Lukachka tomó un saquito, cogió de él algunos cartuchos vacíos y se puso a llenarlos cuidadosamente, cubriéndolos con balas envueltas en papel. Seguidamente arrancó con los dientes los tapones de los cartuchos llenos y examinándolos los colocó en el saco.

—Madre, te dije que me arreglaras el saco, ¿está ya?

—Sí; anoche te lo arregló la muda. ¿Es hora de que vuelvas al cordón? Apenas si te he visto.

—No tengo tiempo más que para arreglarme un poco y enseguida me pondré en camino—repuso Lukachka envolviendo la pólvora.—¿Dónde está la muda? ¿Ha salido?

—Sin duda está cortando leña. Estaba triste por no verte. Ya no le veré más, decía. Mostraba la cara compungida, se llevaba la mano al corazón y denotaba pesadumbre. ¿Quieres que la llame? Ha comprendido cuánto se decía del *abrek*.

—Llámala—dijo Lukachka—y tráeme grasa para limpiar el sable.

La vieja desapareció y momentos después la muda, hermana de Lukachka, penetraba en la cabaña por la frágil escalera de tablas que crujieron a su peso.

Tenía seis años más que su hermano y se le hubiera parecido mucho a no tener una fisonomía ordinaria, embrutecida, groseramente movible, común a todos los sordomudos.

Vestía burda camisa llena de remiendos. Los pies desnudos y asquerosos. En la cabeza llevaba un pañuelo viejo, azul oscuro. La cara, cuello y manos, venosas como las de los labriegos. En su persona, en sus vestidos, se veía que estaba acostumbrada a los rudos trabajos masculinos.

Llevaba en la mano un haz de madera cortada que arrojó cerca del fuego. Con alegre sonrisa se llegó a su hermano, iluminándose su rostro; golpeole la espalda y con la mano, cara y cuerpo marcaba rápidos movimientos.

—¡Muy bien, bravo, Stiópka!—dijo el mancebo moviendo la cabeza.—Me lo has arreglado y preparado todo; pues toma, para ti.

—Y sacando del bolsillo dos tortas de maíz se las dio.

La fisonomía de la muda adquirió un rojo oscuro y saltó prorrumpiendo en gritos salvajes en señal de alegría. Al coger las tortas, hizo signos rápidos y significativos, mostrándolas siempre del mismo lado mientras se pasaba los gruesos dedos por cejas y cara.

Lukachka, que la comprendía, movía la cabeza sonriendo. Decía a su hermano que obsequiaba bien a las jóvenes y que por eso estaban enamoradas,

pero sobre todo una de ellas, Marianka, le quería entrañablemente. Para designar a Marianka miraba del lado del corral, indicando la dirección de casa de la muchacha y gesticulando con labios y cabeza. «Te quiere», decía llevándose la mano al corazón, besándola y simulando enternecer a alguien. La madre entró en la cabaña y adivinando de quien hablaba la muda, sonrió; Stiópka le enseñó las tortas y nuevamente expresó su alegría.

—Estos días he hablado con Ulitka, diciéndole que pretendía pedirla en matrimonio para ti y recibió mis palabras con gran satisfacción—dijo la madre.

Lukachka la miró en silencio.

—Recuerda que hay que vender el vino rancio y necesito un caballo.

—Lo pondré en venta cuando sea la época. Eso es cuenta mía—dijo la madre que no gustaba que se mezclase su hijo en los negocios de la casa.— Cuando te vayas coge un quesito que he pedido fiado en casa de unos amigos para que te lo llesves al cordón. ¿Quieres llevarlo en el morral?

—Bueno,—repuso Lukachka.— ¡Ah!... Y si viene Guirei-Khan envíale al cordón porque tengo que hablarle y está con licencia.

El joven se preparó a partir.

—Te lo enviaré, hijo mío, no se me olvidará. Pero, ¿dónde has pasado el día? ¿En casa de Iamka? Allí estabas sin duda cuando te oí cantar a media noche, al levantarme para dar una vuelta por el corral.

Lukachka no respondió y salió al patio donde se puso el zurrón en bandolera, metiose el caftán corto y sin cuello y tomando el fusil se cuadró en la puerta.

—Adiós, madre—dijo dando un portazo.—Envíame por Nazarka un cántaro de vino que he prometido a los compañeros; él vendrá a recogerlo.

—¡Dios te proteja, Lukachka! ¡Que Él te guíe! Te enviaré el vino del tonel nuevo—respondió la vieja aproximándose a la cerca.

—¡Escucha!—Añadió sacando la cabeza por encima del ramaje.

El cosaco se detuvo.

—Te has divertido y me alegro mucho. ¿Por qué un joven no se ha de divertir? Y, sobre todo, está bien hecho cuando Dios nos protege. Pero allá en el cordón, ten cuidado, no te metas con nadie... Procura estar bien con tu jefe, que podrá valerte mucho. Yo venderé el vino, reuniré dinero para comprarte el caballo y pediré a tu novia en matrimonio.

—¡Bien, bien! —dijo el joven frunciendo las cejas.

La muda soltó un grito para llamar la atención de su hermano, señalando la cabeza y las manos para indicar la testa afeitada del *thetchenze*. Hizo un gesto, fingió apuntar con un fusil, gritó y entonó un alegre cántico levantando la cabeza. Quería recomendar a Luka que matase otro *abrek*.

Comprendiéndolo el cosaco, sonrió y con paso ligero desapareció entre la densa niebla con el fusil colgado a la espalda.

La madre quedó un momento como ensimismada junto a la puerta; entró en la cabaña e inmediatamente reanudó el cotidiano trabajo.

XVIII. EROCHKA Y OLENÍN SALEN DE CAZA

Lukachka se marchó al cordón, mientras el viejo Erochka silbaba llamando a sus perros y escalando las cercas de los corrales a fin de no encontrar mujeres en el camino, y llegó al alojamiento de Olenín. Este dormía aún y hasta el mismo Vanucha permanecía en cama, si bien despierto, preguntándose si sería o no hora de comenzar el trabajo, cuando Erochka abrió la puerta vestido con traje de cazador y con el fusil a la espalda.

—¡Atención! ¡Alerta!—dijo el viejo con voz cavernosa y penetrante.— ¡Alto a los *thetchenzes*! ¡Ivan! Sirve el desayuno a tu amo. ¡Y tú, levántate enseguida! ¿Así hacéis en vuestro país? Hasta las mozas están aquí levantadas. Mira por la ventana y las verás ir a buscar agua mientras tú duermes.

Olenín se despertó y de un salto púsose en pie, comenzando a vestirse. El anciano y su voz llenaronle de alegría.

—¡Vamos luego, Vanucha!—exclamó.

—¿Así vas de caza? Cuando todos almuerzan tú duermes. ¡Liam! ¡Psch, Psch!—gritó al perro.—¿Ya tienes preparado el fusil?—preguntó como si una enorme masa de enemigos hubieran invadido la aldea.

—Perdona, es culpa mía,—repuso Olenín.—¡Eh! ¡Vanucha! Dame la pólvora y una baqueta.

—¡Multa! ¡Multa!—dijo Erochka.

—¿Queréis té?—preguntó en francés Vanucha, sonriendo.

—Tú no eres de los nuestros: no hablas como nosotros, ¡diablo!—interpuso el anciano riendo y enseñando sus descarnadas encías.

—Por la primera vez, merezco indulto,—dijo Olenín bromeando, mientras se ponía las botas de caza.

—¡Por esta vez, pase!—repuso Erochka.—Pero a la otra serás multado con un jarro de vino. Al amanecer se ocultan los ciervos.

—Y si por casualidad se les encuentra, no podremos engañarlos porque son más astutos que nosotros,—dijo Olenín recordando las palabras del viejo en la pasada noche.

—Sí, riéte; cuando los mates, entonces me dirás si es cierto. Pero, ¡vamos pronto! Mira, tu huésped viene a verte—añadió Erochka que miraba por la ventana.—¡Qué bien vestido! Se ha puesto el mejor caftán para que veas que es oficial. ¡Oh, el mundo, el mundo!...

En efecto; Vanucha entraba a anunciar que el propietario de la casa deseaba ver al alférez.

—¡El dinero!—dijo Vania con aire significativo para indicar a su amo el objeto de la visita del corneta, que entraba vestido de oficial de *tcherkes* con sus respectivas charreteras y botas lustrosas, cosa extraña en un cosaco. Contoneándose y con la sonrisa en los labios penetró en la habitación saludando cordialmente a Olenín.

Ilía Vasilievitch era un cosaco *civilizado* que varias veces estuvo en Rusia; era maestro de escuela con apariencias de noble. No obstante su interés en aparentar *hidalguía*, percibíase bajo su barniz ridículo de educación estrambótica, bajo su manera de hablar retumbante y afectada, un cosaco como era el mismo Erochka. Adivinábase todo esto con solo mirar su tez curtida, sus manos callosas, su roja nariz; Olenín le invitó a sentarse.

—Buenos días, padre,—dijo Erochka con aire irónico, según pareció a Olenín, poniéndose en pie respetuosamente.

—¡Hola, abuelo! ¿Ya estás aquí?—respondió el corneta saludándole con un gesto, como distraído.

Era un hombre de unos cuarenta años, delgado, esbelto, de rostro agradable, aunque desfigurado por la edad; su barba algo gris cortada en punta.

Temía que al visitar a Olenín se le confundiera con un cosaco ordinario, deseando hacer notar inmediatamente lo importante de su persona.

—Es nuestro *Nemrod egipciaco*,—dijo, sonriendo con satisfacción, a Olenín y mostrándole el anciano.—Es un gran cazador, *ante el eterno*. Es el más hábil del pueblo para todas las cosas, ¿le conocía usted ya?

Erochka miró a sus pies cubiertos con zapatos mojados y movió la cabeza pensativo, extrañado de la elegancia e instrucción del corneta, repitiendo entre sí: *Nemrod egipciaco*, ¿qué no inventará este hombre!

—Sí, nos vamos de caza—dijo Olenín.

—¡Está bien! Pero yo tenía que hablaros de un asunto...—repuso el corneta.

—¿Qué es?

—Puesto que sois noble,—comenzó el corneta,—y yo soy oficial, podremos entendernos los dos como es costumbre entre caballeros.—Aquí se detuvo y sonriente miró al viejo y a Olenín.—Pero si deseáis mi consentimiento para alquilar la casa, podéis ya contar con él: como mi mujer es tonta, cualidad muy común entre los de su esfera, no comprendió cuánto le dijisteis ayer tarde. La habitación podía haber sido alquilada al ayudante de campo por seis piezas de moneda sin contar la cuadra; y si no me pagáis, yo, en calidad de noble, puedo echar de mi casa al inquilino y si tratáis de obligarme, como oficial, puedo entenderme personalmente con vos, y como habitante del país ¡no solamente según nuestra costumbre!...

—Habla correctamente,—murmuró el viejo.

El corneta siguió disparatando.

Por todo ello pudo adivinar Olenín, no sin gran trabajo, que el oficial le pedía seis rublos de plata por el alquiler de un mes, admitiéndolo con gusto, por lo que ofreció a su huésped una taza de té que el corneta no aceptó.

—Dadas nuestras absurdas preocupaciones, consideramos como pecado servirnos de un vaso que no nos pertenece. Por mi educación debería estar libre de tales prejuicios, pero mi mujer... ¡por la debilidad de su sexo!

—Bueno; ¿quiere usted té?

—Si usted me lo permite traeré mi *vaso particular* —respondió el corneta, y saliendo al portal gritó: ¡Traedme mi vaso!

Momentos después se entreabrió la puerta y un brazo redondo, de piel finísima, cubierto de una manga color de rosa, tendió el vaso que el corneta cogió diciendo en voz baja algunas palabras a su hija.

Olenín sirvióle té en su *vaso particular* y dio uno de los suyos al viejo Erochka.

—No quisiera reteneros,—dijo el cosaco sorbiendo el té apresuradamente y quemándose la boca,—también yo estoy apasionado por la pesca y ahora estoy en vacaciones para distracción de mi servicio. Deseo probar mi suerte a ver si alcanzo parte de los *dones del Terek*. Espero vendrá usted algún día a visitarme y a beber el vino de mis mayores, según costumbre de la *stanitza*,—añadió.

El corneta saludó, dio la mano a Olenín y salió. Mientras el joven ultimaba los preparativos para la caza, oíase la voz de mando del corneta-maestro dando órdenes a su familia.

Minutos después Olenín le vio pasar por delante de la ventana con pantalón arremangado hasta la rodilla, un caftán andrajoso y una red al hombro.

—¡El pillete!—dijo Erochka apurando su té.—¿Y le pagarás las seis piezas? ¡Qué primo! Por ocho piezas puedes tener la mejor cabaña de la *stanitza*. ¡Ah, canalla! Yo te cedo la mía por tres piezas.

—No,—repuso Olenín,—prefiero quedarme aquí.

—¡Seis piezas, es ganas de tirar el dinero!... ¡He! ¡he! Ivan, dame vino.

Después de comer y tomar un poco de licor, Olenín y el anciano pusieron en marcha a las ocho de la mañana. En el portalón encontraron una carreta enganchada. Marianka, cubierta hasta los ojos con un pañuelo blanco y un corpiño sobre la camisa, calzada con botas y una larga vara en la mano hostigaba a los bueyes con la cuerda atada a los cuernos.

—¡Marianka!—exclamó Erochka haciendo ademán de abrazarla.

Marianka hizo silbar la vara rasgando el aire y envolvió a los dos hombres con una tierna mirada de sus risueños ojos. Olenín sintióse aún más

contento.

—¡Vamos, vamos pues!—dijo echándose el fusil a la espalda y todavía impresionado por la mirada de la joven.

—¡Arre! ¡arre!—gritó tras él la voz de Marianka guiando la carreta que enseguida se puso en movimiento.

Mientras atravesaban la *stanitza* y sus alrededores, Erochka no podía olvidar en su charla al corneta ni cesar de injuriarle.

—Pero, ¿qué te mueve contra él?—preguntó Olenín.

—Es un avaro y por eso no le quiero—respondió el anciano.—Reventará y no podrá llevarse sus caudales, y ¿para quién los recoge? Ha construido dos casas. De un proceso con su hermano ha sacado un jardín. En materia de papelotes es todo un maestro, de otras *stanitzas* vienen a buscarle para interponer demandas; y tal como él lo escribe así sucede. ¿Para quién trabaja? No tiene más que un chicuelo y una muchacha que le abandonará en cuanto case.

—Entonces, ¿procurará un dote para su hija?—preguntó Olenín.

—¿Dote? La tomarán sin él; es hermosa la chica, pero ese diablo pretende casarla con un rico. Quiere hacer un gran negocio. Hay un cosaco, Luka, mi sobrino y vecino, guapo mozo, el que ha matado al *abrek*, que la solicita desde hace tiempo y siempre pretexta algo para negársela en matrimonio. Dice que la muchacha es muy joven, pero me consta que él desea que le supliquen. ¡Cuántas historias ha habido ya a causa de esa moza!... Pero Luka la obtendrá. Es el primer cosaco de la *stanitza*, un verdadero montañés. Ha matado a un *abrek* y tiene ganada la cruz.

—Pues, entonces, ¿a quién abrazaba ella ayer noche? Paseábame por el corral y oí que la hija de mi huésped besaba a un cosaco,—dijo Olenín.

—¡Mientes!—exclamó el viejo, deteniéndose.

—Te lo juro,—repuso Olenín.

—La mujer es un demonio,—dijo Erochka reflexionando—y ¿quién era ese cosaco?

—No le vi.

—¿La tela de su gorro era blanca?

—Sí.

—¿Y el caftán rojo? ¿Tenía tu estatura?

—Un poco mayor.

—¡Ah! ¡era él!—y Erochka se echó a reír.—Es mi Marka, es decir, Luka-chka; yo le llamo Marka en broma. Era él mismo; eso me gusta. Así fui yo en otros tiempos. No hay que guardar consideración a los padres. Me sucedió una vez que mi *chchinka* dormía con su madre y su cuñada, y a pesar de eso llegué hasta ella. Vivía muy alto; la madre era una verdadera bruja, un demonio que no me podía sufrir. Yo me llegué bajo su ventana con un buen amigo; trepando sobre sus hombros, abrí el postigo y palpé; ella dormía sobre un banco junto a la ventana... Una noche la despertó; no me conoce y lanza un grito. «¿Quién es?» Y yo... sin atreverme a hablar; su madre se presenta y me conoce enseguida por la borla de mi gorro; salta la niña y viene a reunirse conmigo. Nada me faltó entonces; ella me traía leche cuajada, huevos, y todo lo del mundo—añadió el viejo.—Y no era sola ella. ¡Qué gran existencia!

—¿Y qué hacemos ahora?

—Vayamos tras los perros; ellos levantarán los faisanes que se refugian en el árbol y entonces tiraremos.

—¿Todavía harías la corte a Marianka?

—Sigamos al perro; esta tarde te hablaré de eso,—dijo el viejo azuzando a Liam, su favorito.

Continuaron la marcha en silencio.

Apenas habían dado cien pasos, cuando Erochka se detuvo nuevamente mostrando una rama tendida en medio del camino.

—¿Qué crees que es esto?—dijo.—¿Para ti nada significa? Pues es de mal agüero hallar aquí una rama.

—¿Por qué?—repuso Olenín sonriendo.

—Cuando veas una rama en mitad del camino, no la toques, sino vuélvete atrás o arrójala con el pie diciendo: «En el nombre del Padre, del Hijo y

del Espíritu Santo». Así puedes continuar en la seguridad de que nada puede ocurrirte. Esto me lo enseñaron los viejos.

—¡Qué necedad!—dijo Olenín.—Háblame de otra cosa, de Marianka, por ejemplo. ¿Qué, está en relaciones íntimas con Lukachka?

—¡Pchst... cállate ahora!—le interrumpió el viejo en voz baja.—No hagas más que escuchar. Atravesamos el bosque y podríamos espantar la pieza,—y con el fusil en la mano marchó el primero por los estrechos senderos de la espesura.

Con gesto de indignación volvióse a mirar a Olenín que, con sus botas, hacía crujir la hojarasca, o llevando mal el fusil golpeaba los árboles arrancándoles sendas ramas.

—Soldado; no hagas ruido, ve despacio,—exclamó en voz muy baja.

Comprendíase ya que el sol había salido; la niebla se disipaba, pero cubría aún la cima de los árboles, haciéndolos parecer de inaccesible altura. A cada paso el paisaje cambiaba; lo que de lejos parecía un gigante era solamente un arbusto, y la más débil caña semejava un arbolazo.

XIX. EN PLENO BOSQUE

Desaparecía la niebla dejando impregnados de humedad los tejados de junco, transformándose en rocío que brillaba en el camino cubierto de hierba. El humo surgía de todas las chimeneas. Los vecinos abandonaban las viviendas reanudando su trabajo y dirigiéndose al río o al cordón. Los cazadores caminaban alegres por las veredas cubiertas de césped y los perros movían la cola corriendo en todas direcciones para volver a acariciar a su amo. Los mosquitos extendíanse a millares cubriendo manos y cara de los caminantes, que percibían el exquisito aroma de la hierba y la humedad de que se llenaba el aire. Olenín volvía sin cesar hacia la carreta que guiaba Marianka, aguijoneando a los bueyes con su larga vara. El espacio aparecía sereno y la selva tranquila.

El ruido que antes se percibía en la *stanitza* ya no llegaba a los cazadores. Solo el ladrido de los perros y el canto de los pájaros herían el espacio. Olenín sabía que entre la selva se ocultaban, a veces, los *abreks* en emboscada y que en aquel sitio para un viandante era el fusil su mejor compañía.

No tenía miedo, pero pensaba que otro en su lugar marcharía intranquilo; y escudriñando atentamente la selva húmeda y brumosa, escuchaba los ruidos más débiles, experimentando delicioso placer cuando acariciaba su fusil querido. Precedíale Erochka que, deteniéndose en cada claro donde descubría rastro de fieras, observábalo con atención, retrocediendo después para mostrarlo a Olenín.

No hablaba casi, y solo a largos intervalos hacía alguna objeción en voz baja. El sendero que seguían habría sido abierto hacía muchos años, pues la

hierba había ya brotado en él nuevamente.

Los plátanos gigantes y los olmos crecían tan espesos por todas partes que nada era posible ver a través del follaje; casi todos los árboles estaban cubiertos en toda su altura de pámpanos salvajes, y arbustos espinosos nacían en abundancia a sus pies. Los claros del bosque, por pequeños que fueran, aparecían cubiertos de cañas y juncos con sus crestas grises en penacho. Por doquier se veía la ancha huella de los animales o la ligera pisada de los faisanes que iba a perderse en la espesura. La potencia de aquella vegetación espléndida de la selva conmovía a cada paso a Olenín que jamás había contemplado otra semejante. El bosque solitario, el sentimiento del peligro, el viejo cosaco con su cuchicheo misterioso, la imagen de Marianka radiante de hermosura, contoneando su talle esbelto, la cadena de montañas... todo le producía a Olenín la impresión de un sueño.

—¡Un faisán!— murmuró el viejo, volviéndose y calándose el gorro hasta los ojos.—¡Ocúltate! ¡Es un faisán!— Y deteniendo con un gesto a Olenín se deslizó rápido marchando a gatas.—No gustan los hocicos del hombre.

Olenín estaba muy lejos cuando el viejo se detuvo a examinar el árbol. El faisán soltó un grito desde lo más alto de la copa contra el perro que le ladraba; entonces fue cuando Olenín percibió la pieza. Pero al mismo tiempo partió de la carabina de Erochka una enorme detonación como la de un cañonazo y el faisán, esforzándose para volar, cayó a tierra perdiendo en los aires gran parte de su hermoso plumaje. Al levantarse Olenín espantó a otro faisán que se elevó por el aire con la rapidez de una flecha. El alférez, empuñando su escopeta, apuntó y salió el tiro; el faisán cayó como una piedra sobre los matorrales, quedándose enganchado entre las ramas.

—¡Bravo!— gritó el viejo lleno de contento, pues él no sabía tirar al vuelo.

Cogieron los faisanes y continuaron la marcha.

Olenín, excitado por el movimiento y por el éxito, reanudó su charla con el anciano.

—Espera un momento; parémonos aquí—dijo este.—Ayer vi por este sitio el rastro de un ciervo.

Volvieron al bosque y a unos trescientos pasos más allá encontraron un claro cubierto de cañaveral y con agua en algunos sitios.

Olenín siempre se quedaba atrás; Erochka llevábale veinticinco pasos, cuando se detuvo y agachándose, se puso a hacerle señas misteriosas. El joven le alcanzó y vio unas huellas que aquel le mostraba; eran de pies humanos.

—¿Ves?—le preguntó.

—Ya veo. ¿Y qué?—dijo Olenín esforzándose en parecer tranquilo.— Son pisadas de hombre.

Involuntariamente acordose en aquel momento de cuanto había oído sobre los *abreks*, y al ver la expresión misteriosa del viejo, preguntose si sería provocada únicamente por el afán de la caza o quizás por el peligro.

—¡No! Estos no son mis pasos,—observó el viejo con tranquilidad, mientras le enseñaba sobre la hierba el rastro apenas perceptible de una bestia.

El viejo continuó el camino y Olenín ya no quiso separarse de su acompañante.

Veinte pasos más allá bajaron una pendiente y se detuvieron junto a un peral ramoso, bajo el cual aparecía la tierra con color negruzco y ofrecía señales de haber sido la cama de un ciervo. Aquel lugar encantador, cubierto de vides salvajes, venía a formar un lecho de verdura, fresco y umbrío.

—Ha estado aquí esta mañana,—dijo el viejo suspirando;—la cama está caliente aún.

De pronto oyose un violento crujido a diez pasos de allí. Estremeciéronse y aprestaron sus armas, pero nada vieron, llegando a ellos solamente el ruido de unas ramas al quebrarse. El rumor de un galope rápido y cadencioso resonó durante algunos momentos perdiéndose después en lontananza y dejando lugar a un ruido sordo, que al parecer se esparcía por la profundidad del bosque. Olenín sentía oprimírsele el corazón. En vano escudriñó con la vista la espesura, hasta que por fin volviose hacia el cosaco.

El viejo Erochka permanecía inmóvil, con la carabina estrechamente apretada contra el pecho y el gorro echado sobre la nuca; brillaban sus ojos con fulgor extraordinario; su boca, entreabierta, dejaba traidoramente al descubierto su vieja dentadura amarilla; parecía petrificado.

—¡Era un ciervo!—exclamó arrojando a tierra su fusil y tirándose de la barba.—¡Estaba aquí! Debimos habernos aproximado por la senda. ¡Imbécil, imbécil!—repetía mesándose la barba cada vez con más violencia.

Algo extraño diríase que se cernía en la niebla por encima del bosque; el ruido del ciervo al escapar resonaba como el rugir de un trueno lejano, haciéndose cada vez más sordo, hasta perderse en lo profundo del bosque...

Comenzaba a oscurecer, cuando Olenín, hambriento, fatigado, pero satisfecho y de buen talante, volvió a su casa. La comida estaba preparada. Comió y bebió con el cosaco, y sintiéndose ya reanimado, fue a sentarse en las escaleras de la casa. Las montañas reaparecieron ante él en el horizonte; el viejo reanudó sus interminables relatos de cacerías y de *abreks*, de sus queridas y de sus hazañas de otros tiempos. Nuevamente Marianka comenzó a pasar y repasar por el corral, dibujándose sus formas vigorosas y virginales bajo el tosco lienzo de la camisa que las cubría.

XX. COMUNIÓN DE OLENÍN CON LA NATURALEZA

Al siguiente día, Olenín marchó solo, sin la compañía del cosaco, al sitio donde habían espantado el ciervo. En vez de salir por la puerta cochera saltó la empalizada, a imitación de los habitantes de la *stanitza*, y no había tenido tiempo de desengancharse la ropa sujeta en las espinas, cuando el perro levantó dos faisanes. Apenas penetró entre las acacias silvestres, comenzaron a levantar otros muchos más a su paso.—El viejo no le había enseñado aquel sitio, que reservaba para cazar con lazo.—Olenín mató cinco faisanes en doce tiros y persiguiéndolos por entre los matorrales empezó a notar que el sudor corría por todo su cuerpo. Llamó al perro, desmontó la carabina, atacó bien la carga de esta, y rechazando los mosquitos con las amplias mangas de su caftán, dirigióse lentamente hacia el sitio en que había estado la víspera. Pero le fue imposible retener al perro y todavía hizo fuego sobre dos faisanes más. Era ya mediodía cuando se halló en el sitio que buscaba.

El día era claro, caluroso y tranquilo; el cielo aparecía sin nubes; habíase evaporado ya el rocío hasta en el bosque, y millares de mosquitos parábanse en la cara, el cuello y manos de Olenín. El perro, que era negro, parecía gris, de tal modo se hallaba cubierto por los cínifes. Estos picaban al joven a través de la ropa, que también aparecía gris; no sabía cómo librarse de aquella plaga y decíase que no sería posible vivir en verano en la *stanitza*. Ya se disponía a volverse, cuando diciéndose que otros, a pesar de todo, vivían allí, se decidió a revestirse de paciencia y a dejarse devorar. Y, ¡cosa

extraña! hacia el mediodía tal sensación le pareció casi agradable. Hasta le pareció que si no hubiera estado envuelto en aquella atmósfera zumbante, en aquella masa compacta de mosquitos que aplastaba con la mano al enjugarse el sudor del rostro y que le irritaban la piel, el bosque hubiera perdido su carácter salvaje y su atractivo. Aquellos miles de insectos armonizaban perfectamente con aquella potente vegetación, con aquella umbrosa verdura, con aquella multitud de pájaros y de toda suerte de animales que poblaban la selva, con aquel aire abrasador, con aquellos hilos de agua escapados del Terek y que surgían por doquier bajo el follaje, concluyendo así por hallar encanto en lo que le parecía antes inaguantable y horroroso. Recorrió el sitio en que estuvo el ciervo la víspera, y no encontrando allí nada, pensó en descansar. Los rayos del sol herían perpendicularmente los árboles y abrasabanle la espalda cuando tenía que cruzar algún claro. Los siete faisanes que pendían de su cinturón pesábanle de firme sobre las caderas. Halló la pista del ciervo; penetró en la espesura, bajo la maleza donde el animal había estado oculto y se acostó en su misma cama.

Miró la verdura que a su alrededor se esparcía y hallose a su gusto. En nada pensaba, nada apetecía. De pronto sintiose invadido por inefable sensación de felicidad, de indecible amor a la creación entera, y cediendo a una costumbre de su infancia, hizo la señal de la cruz y sus labios murmuraron una oración. De pronto, con extraordinaria claridad, le acometieron toda clase de pensamientos, diciéndose a sí mismo: «Yo Dmitri Olenín, ser privilegiado entre los demás, descansando solo, Dios sabe dónde, en la cama de un ciervo, de un hermoso ciervo que jamás vio al hombre, y en un rincón del bosque en el que nadie penetró, en el que nadie soñó nunca...

»Estoy sentado entre árboles jóvenes o añosos; uno de ellos cubierto enteramente por vid salvaje; los faisanes revolotean en torno mío, persiguiéndose, conociendo tal vez que acabo de matar a algunos de sus hermanos». Palpaba sus faisanes, examinándolos, y secaba la mano ensangrentada en los pliegues de su caftán.

«Los chacales inquietos,—proseguía—olfatean la sangre y vienen a rondar en torno mío; los mosquitos zumban sin cesar sobre mi cabeza y entre las hojas, que probablemente les parecerán islas gigantescas; hay uno, dos, tres, cuatro, cien mil, millones y todos tienen su razón de existir y de zumbar y cada uno de ellos es un yo distinto; un ser aparente, como yo, Dmitri Olenín». Y creía comprender claramente lo que pensaban y decían los mos-

quitos con su prolongado rumoreo.— «¡Aquí, aquí, amigos! se puede picar a una víctima», murmuraban a su alrededor, cada vez con más bullicio. Así llegó a creer Olenín claramente que no era un personaje ruso, miembro de la sociedad de Moscova, amigo y pariente de este y del otro, sino tan solo un ser viviente, un mosquito, un ciervo, un faisán, uno de aquellos que le rodeaban y a quienes perseguía. «Como ellos,—y dice bien Erochka—como ellos viviré y moriré; después la hierba crecerá sobre mi tumba.

»¿Y qué significa eso: la hierba crecerá sobre mi tumba?... Sin embargo, hay que vivir feliz, y yo no deseo otra cosa. Para ello, ¿qué importa que sea yo un animal cualquiera destinado a morir o un hombre inteligente en el cual se encierra una parte de la divinidad? Hay que vivir lo mejor posible. ¿Qué se necesita para ser feliz, y por qué no lo he sido antes?» Y comenzó a recordar su vida pasada y a horrorizarse de ella. Se vio egoísta, exigente en el mayor grado, mientras que en el fondo de nada tenía necesidad. Dirigió los ojos a su alrededor; por entre el follaje que dejaba pasar los rayos del sol vio un trozo de cielo azul y sintiose inconscientemente dichoso. «¿Por qué soy feliz en este momento y por qué he vivido hasta aquí?—pensó.— ¡Qué exigente he sido! Buscaba lo imposible y no encontré sino vergüenza y pesar. Y, sin embargo, no hay cosa más fácil que ser feliz». Súbita luz se hizo en su cerebro y añadió: «La dicha, la felicidad consiste en vivir para los demás, está bien claro. El hombre aspira a la dicha; este, pues, es un deseo legítimo. Si trata de alcanzarla con fines egoístas buscando la opulencia, la gloria, el amor, puede ser que no la alcance nunca; sus deseos permanecerán sin satisfacer. Lo ilegítimo, pues, son las aspiraciones del egoísmo y no el ansia de ser feliz. ¿Cuáles serán los ensueños permitidos que puedan realizarse sin tomar en cuenta las condiciones exteriores? El amor y la abnegación». Quedó tan contento y conmovido por el descubrimiento de aquella supuesta verdad nueva, que se levantó, buscando con impaciencia a quien amar, a quien hacer bien, a quien consagrarse. «Para mí nada necesito, ¿por qué no vivir para los demás?» se dijo.

Y recogiendo su carabina, dejó la espesura con intención de volver a la *stanitza* y de reflexionar detenidamente sobre la manera de hacer el bien. Al llegar a un claro miró hacia atrás; el sol habíase ocultado ya tras de los árboles, el ambiente era fresco, el paisaje le pareció distinto. Habían cambiado de aspecto el cielo y la selva, negras nubes oscurecían el horizonte, el viento sacudía los árboles con fuerza no viéndose por tierra sino hojarasca.

Olenín llamó a su perro, que corría siguiendo los rastros que hallaba, y su voz resonó triste en la soledad. Tuvo miedo. Los *abreks* y las muertes de que se hablaba, acudiéronle a la imaginación; esperaba ver surgir un *thet-chenze* detrás de cada arbusto y tener que combatir para salvar su existencia. Pensó en Dios y en la vida futura como hacía muchísimo tiempo que no pensaba. Todo aparecía salvaje, solitario, lúgubre, a su alrededor. «Bien vale la pena de pensar uno a veces en sí mismo, cuando de un momento a otro puede morir sin que nadie lo sepa y sin haber realizado nada bueno», pensó. Y tomó después un camino que creyó el de la *stanitza*.

Habíase olvidado de la caza; estaba rendido y dirigía miradas recelosas hacia cada matorral, hacia cada árbol, esperando encontrar la muerte a cada paso. Así erró mucho tiempo sin saber por dónde iba, llegó a un canal por el que corría agua no muy limpia, y decidióse a seguir su curso sin saber a dónde le conduciría. El cañaveral crujió de improviso tras él, estremeciose y aprestó el arma, sintiéndose avergonzado al ver que era su perro que jadeante se había lanzado al canal para beber agua fresca.

Olenín apaciguó igualmente su sed y siguió al perro, persuadido de que este tomaría la dirección conveniente. A pesar de ir con tan fiel compañero, los parajes que cruzaba le parecían cada vez más siniestros. El bosque se hacía más sombrío; el viento mugía más furioso por entre los árboles añosos; veía aves de gran tamaño que se cernían silbando sobre su cabeza; la vegetación iba siendo más escasa y más frecuentes los cañaverales, viéndose mayor número de claros arenosos donde aparecían huellas de bestias salvajes. Cierta rumor monótono y triste mezclábase a los silbidos del viento. Olenín caminaba meditabundo y triste. Contó sus faisanes y halló que le faltaba uno cuya cabeza ensangrentada había quedado sujeta en el cinturón. El terror se apoderó de él, tuvo miedo y comenzó a rezar. Temía, sobre todo, morir sin haber hecho nada bueno; deseaba ardientemente vivir. Y vivir para realizar algún gran acto de abnegación.

XXI. EL HERMANO DEL MUERTO

De repente, un rayo de luz iluminó su espíritu. Oyó hablar en ruso, y el rápido y cadencioso rumor del Terek. Al cabo de algunos momentos pudo ver delante de sí las turbias y rápidas aguas del río, con sus onduladas orillas y sus bajos, la lejana estepa y la cadena montuosa, y hacia la parte de acá, la atalaya del cordón y el ensillado caballo que tranquilamente pacía entre los espinos. El sol, cual enrojecido globo de fuego, destacábase entre las nubes iluminando con sus últimos rayos el río, los cañaverales, la atalaya y los cosacos que estaban reunidos en pequeños grupos y entre los que Lukachka, con su altiva arrogancia, atrajo involuntariamente la atención de Olenín.

Sin causa justificada, sin saber por qué, Olenín se sintió de nuevo íntimamente dichoso.

Había llegado a un puesto de vigilancia sobre el Terek, situado frente a un pueblecillo pacífico. Saludó a los cosacos, pero no hallando allí pretexto o motivo para hacer algún bien, entró en la atalaya. En la cabaña tampoco se le presentó ocasión de cumplir su caballeresco propósito. Los cosacos le acogieron fríamente. Se sentó donde pudo y encendió un cigarro. Los que allí estaban no fijaron su atención en Olenín: primero, porque fumaba; después, porque otra cosa les preocupaba. Un emisario de los *thetchenzes* enemigos acababa de llegar, con los parientes del *abrek* asesinado, con objeto de rescatar el cuerpo, y se esperaba entonces al jefe de los cosacos. El hermano de la víctima, de elevada estatura, bien proporcionado, con la barba teñida de rojo, a pesar de su indumentaria estropeada, tenía el majestuoso y tranquilo aspecto de un rey; asemejábase mucho al *abrek* difunto. No

se dignaba mirar a nadie, ni aun dirigía los ojos al cadáver; oculto en la sombra fumando su pipa, únicamente de tiempo en tiempo, con voz imperiosa y gutural daba órdenes a su compañero.

Evidentemente era un montañés que varias veces y en condiciones diversas habría tenido encuentros con los rusos, por lo que naturalmente se encontraba allí muy despreocupado. Olenín se aproximó al cadáver y puso a examinarlo, pero el hermano, mirando calmosa y despreciativamente a Olenín, dirigióle con brusquedad frases imperiosas. Un soldado se apresuró a cubrir el rostro del cadáver. Olenín asombrado de su majestad y de la severa expresión de su rostro, quiso hablarle, pedirle explicaciones, pero el *thetchenze* apenas le miró, haciendo un gesto despreciativo. El alférez atribuyó esta manera de ser a la ignorancia de la lengua moscovita o a la estupidez del *thetchenze* y se dirigió a su compañero. Este era a la vez emisario e intérprete, llevaba también sus vestidos destrozados, más oscuro que rojo, muy despierto, de dientes blanquísimos y ojos negros y brillantes; este entró voluntariamente en conversación con Olenín, pidiéndole un pitillo.

—Eran cinco hermanos,—dijo en un detestable ruso,—el tercero es este y lo han muerto los cosacos. No quedan más que dos. Este es un valiente,—dijo designando al *thetchenze*.—Cuando Almet-khan, así se llamaba el difunto, fue muerto, este se estaba en la orilla opuesta oculto entre los matorrales, viendo colocar el cadáver en la barca y sacarlo a la orilla. En su escondite permaneció hasta la noche, quería matar al viejo, pero se lo impidieron los compañeros.

Luka se aproximó a los interlocutores y se sentó junto a ellos.

—¿De qué aldea es?—interrogó.

—¿Ves estas montañas?—dijo el emisario señalándole hacia las lejanías azuladas por la bruma, del lado del Terek.—¿Conoces Sunk-Su? Diez *vers-tas* más allá.

—¿En Sunk-Su, conoces a Guirei-Khan?—preguntó Luka con muestras visibles de estar envanecido por este conocimiento—es amigo mío.

—Es mi vecino,—contestó el montañés.

—¡Un valiente!—y Luka se puso a hablar en tártaro con el intérprete.

Poco después el jefe de la *sotnia* llegó acompañado por dos cosacos. Era un oficial joven. Saludó a los presentes, pero nadie le respondió, según costumbre de los soldados. «¡Salud!» dijo. Algunos ni le miraron. Otros, y entre ellos Luka, se levantaron y cuadraron. El *uriadnik* dio el parte manifestando no haber novedad en el puesto. Todo esto pareció ridículo a Olenín; los cosacos le hacían el efecto de estar jugando a los soldados. Bien pronto, sin embargo, toda etiqueta desapareció y el jefe puso a hablar vivamente en tártaro con el intérprete. Sobre un papel escribieron algo, que guardó este, con un poco de dinero, y se aproximaron al cadáver.

—¿Quién de vosotros es Luka Gravilow?—preguntó el oficial.

Luka se aproximó descubriéndose.

—He dado parte al jefe del regimiento y pedido para ti la cruz. Eres demasiado joven todavía para que puedas ascender. ¿Sabes leer y escribir?

—No.

—Está bien,—dijo el jefe—ponte la gorra. ¿De qué familia eres?

—De los Gravilow-Cherok.

—Es mi sobrino,—añadió el corneta.

—Ya lo sé. Bien. Id a ayudarles,—dijo a los cosacos.

Luka, lleno de alegría y expresando en su rostro el júbilo que le embargaba, fue a sentarse cerca de Olenín.

Cuando el cadáver estuvo colocado en la barca, el *thetchenze* hermano del difunto se acercó a la orilla. Involuntariamente, los cosacos se retiraron para dejarle libre el paso.

Golpeando con furia la tierra se lanzó a la barca. En este momento, Olenín bien lo observó, dirigió una mirada rápida a los cosacos y bruscamente preguntó algo a su compañero. Este le respondió designando a Luka. El *thetchenze* le miró; después, volviéndose lentamente, examinó la otra orilla. En su mirada no había expresión de odio, sino un frío desprecio. Todavía pronunció algunas palabras más.

—¿Qué ha dicho?—preguntó Olenín al intérprete.

—«¡Nos batís, nos quebrantáis, la historia de siempre!»—dijo el emisario con cierto retintín. Riendo y mostrando su blanca dentadura saltó también a la lancha.

El hermano del muerto estaba inmóvil y miraba fijamente la orilla opuesta. Sentía tanto desdén y desprecio que todo aquello no le inspiraba la menor curiosidad. El emisario estaba en la proa, echando los remos ahora a un lado ahora a otro, dirigiendo muy hábilmente la frágil embarcación y hablando sin cesar.

La barca surcaba rápida la corriente del río, las voces ya apenas se oían, y a la vista de los cosacos arribaron a la otra ribera donde los caballos esperaban. Sacaron del bote el cadáver y sobre uno de los caballos lo pusieron atravesado. El caballo se encabritó bajo tan extraño jinete. Después montaron a caballo, y al paso cruzaron la aldehuela, por entre multitud de personas que habían acudido a verles.

Los cosacos se mostraban alegres y bulliciosos. Por todos lados se oían sus risas y cantos. El oficial y el jefe de la *sotnia* entraron en la cabaña a comer y beber. Luka con el rostro animado y esforzándose inútilmente por aparentar seriedad, continuaba sentado, con los codos apoyados en las rodillas, descortezando una varita.

—¿Fumáis?—dijo a Olenín con cierta curiosidad.—¿Eso es bueno?

Se dirigió a este porque vio que Olenín se hallaba algo cohibido entre los cosacos.

—Es mi costumbre,—contestó el interpelado.

—¡Hum! Si alguno de nosotros fumase, desgraciado de él. He allí las montañas, no están lejos,—dijo Luka señalándolas.—En verdad que parecen estar muy cerca, pero las separan de nosotros algunas leguas. ¿Cómo volveréis solo a casa si está tan oscuro? Si queréis, pedidle permiso al *uriadnik* y yo os acompañaré.

—¡Excelente muchacho!—murmuró Olenín mirando el alegre rostro del cosaco.

Se acordó de Marianka y del beso oído junto a la puerta del corral, condoliéndose de la inocencia de Luka.

«¡Qué loca confusión! —pensó.— Un hombre asesina a otro y se siente tan satisfecho como si hubiese ejecutado la más bella acción. ¿Es posible que nadie le haya hecho comprender hasta ahora que no debemos regocijarnos del asesinato, sino del sacrificio?»

—¡Bien! Ahora te recomiendo que no te pongas a su alcance,—dijo a Luka uno de los cosacos que acompañaron al *thetchenze* a la barca.—¿Oíste sus últimas palabras?

Luka levantó la cabeza.

—¿El ahijado?—contestó designando con esta palabra al muerto.

—El ahijado no se levantará más; es al hermano al que me refiero.

—Que agradezca a Dios estar él mismo sano y salvo,—dijo Luka riéndose.

—¿De qué proviene tu contento?—preguntóle Olenín—¿te alegrarías si hubieran matado a tu hermano?

El cosaco contempló sonriendo. Pareció haber comprendido todo lo que Olenín quería decirle, pero dio también a entender que estaba libre de preocupaciones, diciendo:

—¿Y qué? ¿Es que no asesinan también a los nuestros?

XXII. LUKACHKA Y OLENÍN SE HACEN AMIGOS

El jefe de la *sotnia* y el de los cosacos partieron, y Olenín, por dar gusto a Luka y por no atravesar la selva oscura y solitaria pidió permiso al *uriadnik* para llevarse a aquel. Obtenida la autorización pensó que Luka se alegraría de ver a Marianka y él mismo se regocijaba de ir acompañado por un cosaco tan comunicativo y alegre. Llevando en la imaginación a la joven y a Luka pensaba con deleite en ellos. «Está enamorado de Marianka y yo también podría estarlo», decíase. Y un sentimiento desconocido de ternura se apoderó repentinamente de su ser mientras se encaminaban a la casa atravesando la oscura selva. Luka también sentía inundarse su alma de gozo. Algo parecido al amor palpitaba en estos jóvenes tan diferentes. Cada vez que cruzaban sus miradas se sentían alegres.

—¿Por qué puerta entras?—preguntó Olenín.

—Por la puerta del medio, pero yo os conduciré hasta el estanque, allá abajo, y ya no tendréis nada que temer.

Olenín sonrió.

—¿Acaso tengo miedo? Vete y gracias. Ya llegaré solo.

—Eso no. ¿Y qué? ¿Cómo no tener miedo? Si nosotros mismos lo tenemos,—dijo Luka sonriendo por no herir el amor propio de su acompañante.

—Ven a mi casa. Descansaremos y tomaremos una copita y mañana temprano te irás.

—¿Teméis acaso que no encuentre dónde pasar la noche?—contestó Luka.—El *uriadnik* me mandó volver.

—Anoche te oí cantar... y después... te vi...

—Como todos,—repuso Lukachka moviendo la cabeza.

—¿Es verdad que te vas a casar?—interrogó Olenín.

—Mi madre quiere que lo haga; pero todavía no tengo caballo, y como no sé dónde hallarlo... ahí está explicado el por qué de no casarme.

—¿Cuánto cuesta un caballo?

—El otro día estuve en tratos para uno al otro lado del río, un buen caballo nogai, pero no pedían menos de sesenta monedas por él.

—¿Vendrías a mi casa de ordenanza?—dijo de pronto Olenín.—Tengo dos caballos y no los necesito.

—¿Cómo que no los necesitáis?—dijo riendo Luka.—¿Queréis hacerme un regalo?... Dios me ayudará y ganaré dinero.

—¿Quieres o no quieres ser mi ordenanza?—preguntó Olenín satisfecho de la ocasión que le permitía regalar un caballo a Luka. Sin embargo, se sentía cohibido sin saber por qué y no hallaba qué decir.

Lukachka fue el primero en romper el silencio.

—¿Qué?—exclamó.—¿Tiene usted casa propia en Rusia?

Olenín no pudo resistir el deseo de contarle que no tenía solo una, sino varias.

—¿Una buena casa, más grande que las nuestras?—preguntóle nuevamente Lukachka.

—Mucho más grande, diez veces mayor,—contestole Olenín.

—¿Y tenéis caballos como aquí los tenemos?

—Tengo más de ciento, y cada uno de ellos vale tres o cuatrocientos rublos. Pero no son como los vuestros, aunque yo prefiero los caballos de aquí.

—Entonces, ¿habéis venido por vuestro gusto?—preguntó Luka irónicamente.—¡Que equivocáis el camino!—prosiguió enseñándole el sendero.—

Es necesario tomar a la derecha.

—He venido por gusto a hacer una expedición y a conocer vuestro país,
—respondió Olenín.

—¡Ah! Si yo hiciera una buena campaña,—dijo Luka, escuchando con atención.—Es el chacal que aúlla.

—Pero, ¿no tienes remordimiento por haber matado a un hombre?

—¿Por qué? ¡Ah! ¡Con qué gozo iría a la guerra! Lo deseo tanto... —repetía Luka.

—Puede ser que vayamos juntos. Mi compañía marchará antes de las fiestas y vuestra *sotnia* también.

—¡Vaya un capricho habéis tenido de venir aquí! Tenéis casa, caballos, siervos. Yo me divertiría de firme. ¿Qué empleo es el vuestro?

—Alférez, pero estoy propuesto para el ascenso.

—En vuestro lugar, con la vida que podéis daros, rodeado de comodidades, yo no saldría de casa, no iría a ninguna parte. ¡Es tan bueno vivir tranquilo! ¿Se pasa bien la vida en vuestro país?

—Sí, muy bien.

Ya era la noche bien entrada cuando llegaron a la *stanitza*. El viento agitaba con fuerza los árboles. Los chacales parecían estar junto a ellos aullando, llorando y riendo. En la *stanitza* se oía la conversación de las mujeres y el ladrido de los perros; se percibían claramente los perfiles de las cabañas y sus luces, y sentíase el característico y penetrante olor del *kisak*.^{[1](#)}

A Olenín se le figuró aquella noche estar en su casa; que en la *stanitza* existía su felicidad, su familia y que en ningún sitio se había sentido tan feliz como en ese. ¡Aquella noche amaba a todo el mundo y singularmente a Luka! En llegando a casa, Olenín se hizo traer su caballo, no el que montaba siempre, sino otro que compró en Grosnoia, un potro excelente, y, con gran asombro de Luka, se lo regaló.

—¿Por qué me hacéis este regalo?—preguntó.—Todavía no lo he merecido por nada.

—Es verdad; pero tómallo,—respondió Olenín.—Ya me darás tú algo. Iremos juntos a la guerra.

Luka estaba confuso.

—No sé qué pueda yo dar. El caballo cuesta tan caro...

—Tómalo... si no me ofenderías; Vanucha, dale el caballo.

Luka lo cogió de la brida.

—Pues bien, os lo agradezco mucho. ¡Quién hubiera pensado esto! Jamás me lo hubiera figurado.

Olenín se sentía tan satisfecho y alegre como un niño.

—Átalo aquí; es un animal magnífico y trota admirablemente, lo he comprado en Grosnoia. ¡Vanucha, tráenos vino! Entremos en la cabaña.

El vino fue servido y Luka se sentó y tomó una copa.

—Dios me dará la ocasión de recompensarte esto,—dijo bebiendo.—¿Cómo te llamas?

—Dmitri Andreitch.

—Pues bien, Dmitri Andreitch, Dios te guarde. Seremos amigos. Ahora vamos a mi casa. No somos ricos, pero nunca nos falta con qué obsequiar al amigo. Diré a mi madre que te traiga uvas, queso o lo que desees y si tienes necesidad de algo, ahí me tienes; en el cordón estaré a tu servicio; iremos de caza, donde quieras te llevaré. ¡Qué jabalí maté el otro día! ¡Qué lástima! Lo repartí entre los cosacos. A saber esto te hubiera reservado un buen trozo.

—Bueno, gracias; solo te recomiendo que no enganches el caballo, pues no es animal de tiro.

—¡Cómo, enganchar el caballo!... ¡Ah!—continuó Luka bajando la voz,—tengo un amigo, Guirei-Khan, que me ha invitado a ir a las montañas. ¿Quieres que vayamos juntos? No te haré nunca traición, seré tu guardián más fiel.

—Bueno, iremos juntos.

Luka estaba tranquilo, comprendiendo quizás la verdadera naturaleza de sus relaciones con Olenín. Su calma y la familiaridad de sus maneras choca-

ban mucho a este. Hablaron largo tiempo y era ya muy tarde, cuando Luka, levantándose y estrechando la mano de Olenín, se retiró.

Olenín miró por la ventana para ver lo que aquel hacía. Luka con la cabeza baja se acercó lentamente hacia donde estaba el caballo, lo sacó fuera, sacudió con energía la cabeza y saltó sobre la grupa con la agilidad de un gato, profiriendo ciertos gritos, y se lanzó a rienda suelta a lo largo del camino.

Olenín creyó que iría a participar a Marianka la buena nueva, y aunque Luka no hizo tal cosa, se sintió tan dichoso como jamás se hubiese sentido. En su alegría verdaderamente infantil, no pudo por menos de referir a Vanucha el regalo del caballo que había hecho a Luka y el por qué de tal regalo, así como toda su nueva teoría acerca de la felicidad, la cual no aprobó Vanucha, quien dijo que el dinero lo hace todo y lo demás es tontería.

Luka llegó a su casa, bajose del caballo y entregándoselo a su madre le encargó que lo enviara a pastar con los demás ganados, pues él tenía que volver aquella misma noche al puesto. La muda se hizo cargo del bruto y por señas le manifestó que ella se prosternaría ante quien le había dado el corcel. La vieja movió desconfiadamente la cabeza al escuchar el relato de su hijo, y por su mente cruzó la idea de que Luka lo había robado, afirmándole más en este pensamiento el encargo de conducir el animal al pastoreo antes de amanecer.

Luka se volvió al puesto reflexionando sobre el acto de Olenín. A su juicio el caballo no era de valor, costaría a lo sumo cuarenta rublos y esto le hacía estar contento. No sentía el menor reconocimiento, por cuanto él no podía figurarse a qué obedecía tal obsequio.

Al contrario, en su cerebro germinaban mil dudas sobre el proceder del alférez. No sabía darse cuenta clara de ellas rechazando, empero, la hipótesis de que un desconocido le diera un caballo de cuarenta rublos sin otro motivo que una generosidad verdaderamente pródiga. Si hubiese estado beodo fuera todavía comprensible. Pero sin haber bebido... seguramente quería algo con no buenas intenciones. «Sin embargo, estoy prevenido y ya veremos» —dijo Luka sospechando en Olenín aviesos procederes.

Por de pronto a nadie dijo que le habían regalado un caballo, a unos les dijo haberlo comprado, a otros les contestaba vagamente. Esto no obstante,

hizo de modo que la verdad se supiera.

Marianka, Ilía Vasilievitch, la madre de Luka y todo el mundo estaban sorprendidos, sin saber qué pensar, experimentando cierto recelo, al propio tiempo que gran respeto por la sencillez y aun más por la riqueza de Olenín.

—¿Sabes que el oficial que está en casa de Ilía,—decían algunos— ha regalado un caballo de cincuenta rublos a Luka? ¡Es riquísimo!

—Lo he oído decir,—añadía otro con aire suspicaz.— Le habrá prestado algún servicio sin duda. Ya veremos lo que de ahí sale.

—Este oficial es el demonio. ¡Algún malvado!...—añadía un tercero.— ¡Con tal que no ponga fuego a la *stanitza*!

1. Estiércol de ganado cabrío y lanar.

XXIII. OLENÍN Y EL PRÍNCIPE BIELESKY

La vida de Olenín se deslizaba regular y monótona. Tenía poca relación con compañeros y jefes, así es que su situación en el Cáucaso era bastante agradable. Ni en trabajos ni en vigilancia se le empleaba. Después de la campaña fue propuesto para oficial, e interim se le dejaba tranquilo. Los oficiales le consideraban como aristócrata y le trataban con deferencia. Las partidas de juego y las orgías de los oficiales, en las que durante la campaña había intervenido, no le atraían, así es que no tomaba parte en la vida que los oficiales hacían en la *stanitza*. Esta vida de los oficiales en la *stanitza* tiene un carácter propio. Todo alférez u oficial en las fortalezas bebe regularmente *porter*, juega a los naipes y calcula las recompensas por campaña; en la *stanitza* bebe vino con el dueño, obsequia a las muchachas con bombones y miel, hace el amor a las cosacas y algunas veces suele encontrar esposa.

Olenín seguía viviendo a su modo, tenía instintivo horror a la vida licenciosa seguida por casi todos los oficiales del Cáucaso.

Sin serle molesto, se acostumbró a levantarse con el alba. Tomaba el té, admiraba desde la galería las montañas, la salida del sol y Marianka, y poniéndose un traje ya usado de piel de búfalo, sus *porchni*, el cuchillo de monte en la cintura, el fusil, una pequeña bolsa con tabaco y fiambre, llamaba a su perro y a las seis de la mañana se internaba en la selva.

A las siete de la tarde volvía cansado y hambriento con cinco o seis faisanes en el morral u otra clase de caza, volviendo intactos el tabaco y alimento.

Si las ideas en su cerebro se contasen como los pitillos en el saco, hubiérase observado que durante catorce horas no había tenido una idea nueva. Volvía a la casa moralmente tranquilo y en absoluto satisfecho y feliz, sin poder decir qué había pensado en todo este tiempo.

Ni recuerdos, ni ideas, ni meditaciones tenía, sino fragmentos de todo esto reunido... Preguntábase en qué pensaba, y se encontraba convertido en cosaco que trabaja en el huerto con su mujer, o cual un *abrek* en las montañas, jabalí que huye de sí mismo. Siempre con el oído atento, la mirada fija esperando al ciervo, al jabalí o al faisán.

Por la tarde en su casa le acompañaba Erochka. Vanucha les traía vino y hablando sosegadamente, mientras bebían, llegaba la hora de ir a dormir separándose los dos tan satisfechos.

Al otro día, otra vez de caza, la fatiga saludable, la velada bebiendo con el veterano cosaco y la completa e interior satisfacción. Miraba a Marianka y le parecía amarla como se ama la belleza del cielo o de las montañas, sin pensar siquiera en otra clase de relaciones con ella. Le parecía que entre ella y él no podían existir las relaciones que entre ella y Lukachka, ni menos las que son posibles entre un oficial rico y las muchachas cosacas.

Le parecía que haciendo lo que sus camaradas cambiaría sus contemplativos goces por una vida de desencanto y remordimiento.

Con esta mujer había realizado Olenín un acto de sacrificio, que tuvo su recompensa en la alegría sentida, principalmente; Marianka le inspiraba respeto y por nada se decidía a dirigirle frases amorosas, abusando de su situación.

Un día, durante el verano, Olenín no había salido de caza y se estaba en casa, cuando de pronto entró uno de sus amigos de Moscova, un joven a quien conoció en sociedad.

— ¡Ah querido! ¡Qué alegría al saber que estabais aquí! — exclamó en francés-moscovita, mezclando palabras rusas y francesas. — Oigo hablar de Olenín y ya me siento feliz. He aquí cómo la suerte nos ha reunido. Y bien, ¿cómo estáis? — Y el príncipe Bielesky contó su historia, su vida. Provisio-

nalmente estaría en ese regimiento; el general en jefe le nombraba para ser su ayudante; después de la campaña reuniríase con su familia, bien que todo esto no le preocupaba mucho.

— Y al venir aquí, a este rincón, es necesario hacer carrera, alcanzar un grado, una recompensa... pasar a la guardia. Todo esto es preciso, sino por mí, por mis padres, por los conocidos. El príncipe me ha recibido muy bien, es un distinguido caballero,—decía Bielesky sin detenerse en su narración para respirar siquiera.—Estoy propuesto para la cruz de Santa Ana y me quedaré aquí hasta nueva orden. Aquí se está bien. ¡Qué mujeres! Conque, ¿qué tal os va por aquí? Startov, bien le conocéis, nuestro capitán, tan bueno como bestia, me ha contado que vivís como un salvaje, sin ver casi a nadie. Comprendo que no os familiaricéis con los oficiales de la localidad, pero nosotros nos veremos. Me alojo en casa del *uriadnik*. ¡Qué muchacha hay allí! Os juro que es una preciosidad Ustenka.

Y esto dicho en forma que parecía un flujo de palabras, un eco del mundo, de la sociedad que Olenín creía abandonada para siempre. La opinión general, el decir de las gentes, consideraba a Bielesky muy atrayente. Podía serlo, pero a pesar de su rostro alegre y simpático a Olenín le pareció antipático, desagradable. Respiraba la atmósfera, el aire social de que él quería huir.

Lo que más le fastidiaba era no tener valor para rechazar a tal hombre, como si el medio ambiente en que había vivido, la sociedad de la cual procedía, tuviera incontestables derechos sobre él. Estaba disgustado contra Bielesky, contra sí mismo, y a pesar de esto, de un modo involuntario, introducía frases francesas en su conversación, interesándose por el general en jefe y sus amigos de Moscova. Sin embargo, en la *stanitza* y entre sí hablaban en francés, con sorpresa y asombro de los cosacos, y se mostraba muy amigo de Bielesky invitándole a su mesa y prometiendo ir a verle a su casa, en la que sin embargo no ponía jamás los pies. Vanucha le consideraba como a un cumplido caballero.

Bielesky adoptó el género de vida de los oficiales ricos del Cáucaso en la *stanitza*; a los ojos de Olenín pareció como si toda su vida hubiera estado en la *stanitza*. Convidaba a los viejos, se pasaba las veladas con las jóvenes cosacas y organizaba fiestas, vanagloriándose de sus victorias con las mujeres jóvenes que, sin saber por qué, le llamaban el *abuelo de los cosacos*. Estos

encontraban natural que fuera amante del vino y de las mujeres y le prefirieron a Olenín, que para ellos constituía un enigma.

XXIV. LA HERMOSA MARIANKA

Eran las cinco de la mañana. En el cobertizo Vanucha calentaba el *samo-var*. Olenín, que se había querido dar el placer de bañar a su caballo, había partido para el Terek.

El dueño permanecía en la cocina, por cuya chimenea desprendíase espesa y negra columna de humo del fuego encendido en el hogar. La muchacha ordeñaba en el establo a la búfala.— ¡No puede estarse quieta la maldita!— decía con impaciencia, mientras se oía el acompasado ruido de la leche al caer.

En la calle, cerca de la casa, se oyó el pisar de un caballo. Era Olenín montado sobre el suyo, el tordo, húmedo todavía, que se aproximaba al portalón.

La linda cabeza de Marianka cubierta con un pañuelo rojo se adelantó a mirar, retirándola enseguida.

Olenín con camisa de seda encarnada, chaqueta blanca de cosaco, como una especie de túnica, ceñida por el cinturón con el puñal, sosteniendo el fusil, manteníase con cierta elegancia a caballo, inclinándose para abrir la puerta cochera.

Llevaba un gran gorro de piel que dejaba ver parte de sus cabellos todavía mojados. Su vista resplandecía de juventud y fortaleza. Era hermoso, bien formado y parecido a un *abrek*; así él lo creía al menos, pero estaba equivocado, pues al ojo práctico de todo caucasiano aparecía el soldado ruso. Al percibir la cabeza curiosa de la muchacha se bajó un poco, empujó

la verja de la puerta cochera soltando las bridas y, haciendo restallar su fusta, entró en el corral.

—¿Está presto el té, Vanucha?— gritó alegremente sin mirar al establo. Sentía con satisfacción cómo su caballo, piafando impaciente, coceaba dispuesto a saltar la cerca, e hízole avanzar al paso sobre el enarenado suelo del corral.

—¡Ya está!—respondió Vanucha. Y le pareció a Olenín que el bello rostro de Marianka le miraba todavía desde el establo, pero él no se atrevía a mirarla; bajó del caballo, colgó su fusil en los pies derechos del cobertizo, y haciendo un movimiento mal disimulado se volvió hacia el establo en el que no vio a nadie y donde solo se escuchaba el uniforme ruido de la leche al caer.

Entró en la casa, pero salió inmediatamente al cobertizo con su pipa y un libro, para tomar la taza de té, yendo a sentarse donde todavía no daban los oblicuos rayos del naciente sol.

Pensaba no ir a parte alguna, estarse en casa con intención de escribir algunas cartas que debía haber escrito hacía tiempo. No tenía el menor deseo de abandonar su sitio en el cobertizo y no quería entrar en la cabaña, que le hacía o producía el efecto de una prisión.

La *casera* encendía sus hornillos, la muchacha sacó el ganado a pastar, volviendo luego para amontonar el estiércol junto a la cerca.

Olenín leía, sin darse cuenta de lo que estaba escrito en el libro abierto ante sus ojos. Sin cesar contemplaba a la muchacha. Esta, ora penetraba en la sombra producida por el sol al bañar con sus matutinos rayos la casa, ora salía al centro del corral bañado por los alegres resplandores de la luz matutina, con su talle esbelto y vestida de colores brillantes, destacándose en el suelo la sombra de su gentil cuerpo, del que Olenín no quería perder uno solo de sus movimientos, sintiendo verdadero goce al verla inclinar su talle con gracia y soltura. La camisa color rosa, que era todo su vestido, ceñía bien los hombros y al incorporarse se dibujaban los contornos del seno y la torneada pierna. Sus pies pequeños, calzados con viejas zapatillas rojas, posábanse en el suelo sin deformarse; sus brazos musculosos y fuertes movían la pala con soltura y sus bellísimos ojos negros lanzaban destellos de luz de

tiempo en tiempo, expresando el placer de verse admirada y la convicción firme de su belleza.

—¿Estáis levantado desde hace mucho?—dijo Bielesky vestido con uniforme de oficial del Cáucaso entrando en el corral y dirigiéndose a Olenín.

—¡Ah! Bielesky,—contestó Olenín dándole la mano.—¿Cómo habéis madrugado tanto?

—¿Qué hacer? Me han echado. En mi casa hay baile hoy. Marianka, ¿vendrás a casa de Ustenka?—preguntó a la joven.

Olenín mostrábase sorprendido de que Bielesky hablara tan familiarmente con la muchacha. Marianka aparentó no oír, bajó la cabeza, se echó la pala a la espalda y con actitud varonil y arrogante entró en la cabaña.

—Se ha avergonzado la pobre chica,—dijo Bielesky cuando hubo desaparecido, y corriendo penetró en el cobertizo.

—¿Cómo? ¡Un baile en casa! ¿Y os han echado?

—Hay baile en casa de mi patrona Ustenka y a él quedáis invitado. Mejor dicho es una reunión de muchachas. Habrá tortas...

—Pero, ¿nosotros qué haremos allí?

Bielesky sonrió con malicia, guiñó el ojo e hizo una seña hacia la cocina por donde había desaparecido Marianka.

Olenín se encogió de hombros ruborizándose.

—Verdaderamente sois un hombre extraño,—dijo el oficial.

Olenín se puso serio.

Bielesky lo notó y sonrió de una manera insinuante.

—Pero, ¿cómo? ¿Os excusáis?—dijo.—Vivís en su misma casa, y es una muchacha tan bonita, una verdadera belleza...

—¡Oh! sí, maravillosa, encantadora. Nunca he visto otra que se le parezca,—contestó Olenín.

—Entonces, ¿qué tendría de particular?—preguntó Bielesky sin comprender la turbación de su amigo.

—Podrá ser extraño,—replicó Olenín—pero, ¿por qué no decirlo? Desde que vivo aquí, las mujeres no existen para mí y ¡me encuentro tan bien! Os lo aseguro. Además, ¿qué puede haber de común entre esas mujeres y nosotros? Con Erochka, ya es otra cosa, tenemos de común una pasión favorita: la caza.

—¡Ah! ¿Qué hay de común entre esas mujeres y nosotros? ¿Y qué existe de común entre una Amalia Ivanovna y yo?¹ Pues es lo mismo. Si me dijerais que esas mujeres son sucias, convendríamos en ello; pero, en la guerra como en la guerra.

—Ni conozco a ninguna Amalia Ivanovna, ni jamás he querido tener relaciones con ellas,—dijo Olenín;—no se puede sentir estimación por aquellas mujeres, mientras que a estas yo las respeto y admiro.

—Respetadlas. ¿Quién os lo prohíbe?

Olenín no respondió. Deseaba terminar la conversación, que le contrariaba demasiado.

—Ya sé que soy una excepción,—dijo visiblemente confuso;—pero está establecida mi existencia de tal suerte que no puedo cambiarla. Y otra vez repito que no podría vivir aquí tan dichoso como soy, si siguiera la vida que vos hacéis. Busco otra cosa. Exijo de las mujeres algo más que vos.

Bielesky, con expresión de desconfianza, frunció las cejas.

—Sin embargo, venid a mi casa esta noche. Marianka también estará allí. Os haré ser amigos, conocerse. Yo os lo ruego. Si os aburrís, os marcháis. ¿Vendréis?

—Vendré, pero en verdad, temo conducirme con demasiada seriedad.

—¡Bah! ¡Bah! El caso es que vengáis,—exclamó Bielesky,—y estad tranquilo. ¿Vendréis? Palabra de honor.

—Vendré, pero, ciertamente no comprendo el papel que haremos allí.

—Os suplico que vengáis.

—Bueno, bien. Podría ser,—dijo Olenín.

—¿Con mujeres tan hermosas vivís hecho un monje? Hay que aprovechar lo bueno que se nos presenta y no enterrarnos en vida. ¿Sabéis ya que

nuestra compañía va a Vandvijensky?

—No lo creo. Se me ha dicho que es la octava la que va.

—No; he recibido una carta del ayudante del príncipe y me dice que este hará la campaña. Me agrada que nos volvamos a ver. Yo ya principiaba a aburrirme aquí.

—Se dice que pronto haremos también una expedición.

—No he oído hablar de ello. Pero se cuenta que Kritnovitzin ha recibido la cruz de Santa Ana por la última expedición y que esperaba ser ascendido a teniente; pero se engañó,—dijo riendo Bielesky.—Ha ido al Estado Mayor.

Era casi de noche cuando Olenín se acordó de la fiesta. Le inquietaba la invitación, quería aceptarla, pero se sentía temeroso y sobresaltado de lo que pudiese ocurrir allá.

No había de encontrar cosacos, ni mujeres de edad, sino solamente jóvenes. ¿Qué ocurriría? ¿Cómo conducirse? ¿Qué decir? ¿Qué relaciones podía haber entre aquellas muchachas cosacas incultas y él? Bielesky hablaba de relaciones extrañas... y, sin embargo, castas. Pensaba que no sería difícil encontrarse allí en la misma habitación con Marianka y quizá obligado a hablarla, aunque esto le parecía imposible cuando recordaba su aire majestuoso. Bielesky aseguraba que nada había más sencillo... ¿Cómo se conduciría con Marianka?

«Sería interesante,—pensaba—pero más vale no ir allí». Y la cuestión le inquietaba, preguntándose qué pasaría. Sin haber resuelto nada marchó hacia el alojamiento de Bielesky y entró en él.

La cabaña que este habitaba parecíase a la de Olenín. Se elevaba sobre pies derechos a dos *archivas* del suelo y tenía dos cuartos.

El primero, a donde Olenín penetró después de subir una empinada escalera, estaba guarnecido con tapices, divanes de pluma, cortinas puestas al estilo cosaco con cierto gusto artístico, una cerca de otra sobre la pared.

En los muros se veían colgados platos de cobre y armas. Sobre un banco había también una bata de seda.

En la segunda habitación había una chimenea grande, bancos e imágenes venerandas. Este era el cuarto de Bielesky: una cama de campaña, armas, objetos de tocador, y algunos retratos colocados sobre la mesa y con cierta confusión se veían esparcidos por todo el cuarto. El mismo Bielesky tan presumido, hallábase en camisa sobre el lecho leyendo los *Tres Mosqueteros*.

Se levantó al ver a Olenín y exclamó:

— Ved cómo estoy instalado. ¿No es verdad que está delicioso?... Están sumamente ocupadas las chicas. ¿Sabéis cómo se hace la torta? Con uvas y tocino. Pero ¡qué importa eso!... Ved cómo bullen allá abajo.

En efecto, asomándose a la ventana percibieron un gran movimiento en la cabaña del patrón. Las muchachas, tan pronto con una cosa como con otra, corrían del vestíbulo a los cuartos y viceversa.

— ¿Está eso pronto? — gritó Bielesky.

— Enseguida. ¿Qué? ¿Tanta hambre tienes, *abuelo*? — Y en la cabaña se escuchó el eco de una sonora carcajada.

Ustenka, fresca, regordeta, muy bonita, con las mangas remangadas, entró en el cuarto de Bielesky para poner los platos.

— ¡Estate quieto! — dijo con voz chillona a Bielesky — a ver si rompo los platos. Tú harías mejor en venir a ayudarnos, — continuó dirigiéndose a Olenín. — Prepara para las muchachas las tortas y bombones.

— ¿Ha venido Marianka? — preguntó Bielesky.

— Sí. Ha traído la masa.

— ¿Sabéis, — dijo Bielesky — que si se la vistiese bien a Ustenka y se la arreglase un poco sería más bonita que nuestras bellas paisanas? ¿Conocéis a la cosaca Borstcheva? Se casó con el coronel Charman. ¡Qué majestuosa se ha puesto!...

— Yo no he visto a Borstcheva, — exclamó la joven; — pero me parece que ningún vestido es mejor que este, el nacional.

— Yo a todo me avengo, — dijo Bielesky suspirando alegremente. — Voy a ver lo que hacen por allá.

Se puso la bata y salió apresuradamente, diciendo a Olenín:

—Arreglad vos las golosinas.

Este envió al ordenanza a comprar pan de higos y miel; pero, de pronto, le pareció cosa villana darle dinero, como si comprase a alguien, y no supo apenas qué responder cuando el sirviente le preguntó cuántos panes de higo y cuánta miel era necesario comprar.

—Lo que te parezca.

—Hasta donde alcance el dinero,—dijo con gravedad el soldado.—La miel es lo más caro, se vende a dieciséis *kopeks* la libra.

—Hasta donde alcance todo el dinero,—repitió Olenín sentado cerca de la ventana, asombrándose de que su corazón latiese con inusitada violencia como si se preparase a realizar algo muy importante o alguna acción malvada.

Oyó como en el cuarto donde estaban las muchachas se reía y chillaba en grande, cuando allí entró Bielesky, y algunos momentos después le vio salir y corriendo bajar la escalerilla entre la algarabía y los gritos de las jóvenes.

—Me han echado,—gritaba.

Poco después Ustenka entró en la casa e invitó solemnemente a los dos, diciendo que todo estaba presto.

En efecto, cuando ellos entraron todo se hallaba dispuesto. Ustenka arreglaba los cojines de pluma colocándolos junto a los muros. La mesa, cubierta con pequeñas servilletas, sostenía una jarra de vino y trozos de pescado seco. Por toda la cabaña se extendía el olor de las tortas y de los racimos. Seis muchachas con elegantes trajes y sin cubrir la cabeza con el tradicional pañuelo, apretábanse junto a la chimenea, retozando y riendo con gran regocijo.

—Ruego a todos que hagan los honores debidos a mi mesa,—dijo Bielesky invitando a los convidados a sentarse.

Entre el grupo de jóvenes, que todas, sin excepción, eran bonitas, Olenín distinguió a Marianka. Sentíase inquieto y decidió hacer lo que Bielesky.

Este con cierta solemnidad se aproximó a la mesa, bebió una copa de vino a la salud de Ustenka e invitó a los demás convidados a brindar si-

guiendo su ejemplo.

Ustenka dijo que ellas no bebían.

—Podremos hacerlo con miel,—dijo una voz en el grupo de las jóvenes.

Se llamó al ordenanza que llegaba de fuera con la miel y los postres. Este contempló la reunión con un si es no es de envidia y desprecio, entregó las chucherías compradas, envueltas en un papel gris y principió a dar la cuenta del dinero invertido.

Pero Bielesky le hizo salir. Después mezcló la miel en una copa de vino y arrojó con cierta ostentación tres libras de pan de higo sobre la mesa. Bielesky sacó a la fuerza a las muchachas de su rincón, las hizo sentarse y comenzó a distribuirles grandes trozos de pan de higo.

Olenín, involuntariamente, reparó que Marianka había cogido dos pedazos de pan de higo y los retenía en su mano pequeña, sin saber qué hacer de ellos.

La conversación, a pesar del libre tono que le daban Ustenka y Bielesky en su deseo de distraer a la reunión, era desagradable y forzada. Olenín estaba cohibido, buscaba algo que decir, comprendía que excitaba la curiosidad y que tal vez su retraimiento se comunicase a otros. Se ruborizó y le pareció que todos estaban cortados y sobre todo Marianka.

—Esperan probablemente que les demos dinero,—pensaba.—¡Si se lo pudiéramos dar pronto y marcharnos!...

1. Nombre con que se designan en Rusia las mujeres galantes de origen alemán.

XXV. LA ENCERRONA

¿Cómo, no conoces a tu huésped?—exclamó Bielesky dirigiéndose a Marianka.

—¿Cómo le voy a conocer si nunca viene a casa?—contestó Marianka echando una mirada a Olenín.

Olenín azorado se enrojeció y no sabiendo cómo excusarse balbuceó:

—Tengo miedo a tu madre. La primera vez que fui a vuestra casa me recibió con un torrente de injurias.

Marianka se echó a reír.

—¿Y has tenido miedo?—dijo mirándole atentamente y volviendo después la cabeza a otra parte.

Era la primera vez que Olenín veía bien el rostro de la joven, porque hasta entonces siempre la había visto cubierta hasta los ojos con su pañuelo.

No en vano se la tenía por la joven más bella de la *stanitza*.

Ustenka era bonita, rubia, fresca, de ojos pardos y alegres, sus labios rojos siempre dibujando una sonrisa, hablando sin cesar.

Marianka, al contrario, no era bonita, era bella. Los rasgos de su fisonomía hubieran podido parecer algo pronunciados y un tanto salientes a no ser por la esbeltez de su talle, su robusto seno, y principalmente por la expresión seria y dulce de sus ojos negros, sombreados de oscuras y espesas cejas y la encantadora sonrisa de sus labios.

Era la síntesis de la fuerza y de la salud.

Todas las otras jóvenes eran encantadoras, pero ellas y Bielesky y hasta el servidor que había traído los postres, contemplaban a Marianka incesantemente. Al volverse hacia el grupo todas las miradas se dirigían a ella. Diríase que era una reina, rodeada de su corte, altiva y feliz.

Bielesky charlaba sin cesar y a fin de animar la fiesta obligaba a las muchachas a que le sirvieran vino, y con frecuencia dirigía en francés observaciones a Olenín para que le imitase, hablando de la belleza de Marianka, a quien apellidaba *la vôtre*.

Olenín, cada vez más, sentía en el alma un gran peso, deseando encontrar un pretexto para salir huyendo, cuando Bielesky declaró que Ustenka, para honrar la fiesta, debía ofrecerles vino y darles un beso.

La joven consintió en ello a condición de que le pusieran en una bandeja algunas monedas como se acostumbra en las bodas.

«El diablo me ha traído a mí aquí»,—pensó Olenín y se levantó para marcharse.

—¿Dónde vais?

—A comprar tabaco,—contestó con intención de huir. Pero Bielesky le detuvo.

—Tengo dinero,—le contestó en francés.

«Imposible marcharse, aquí es menester pagar,—pensó Olenín arrepentido de su torpeza.—¿No puedo hacer lo que Bielesky? Era mejor no haber venido, pero una vez que estoy aquí no debo aminorar su alegría. Bebamos según la costumbre cosaca». Y tomando la *schaponsa*, especie de ponchera que puede hacer ocho copas, la llenó de vino y lo apuró casi todo. Las jóvenes contemplábanle beber con asombro, pareciéndoles extraño e inconveniente este proceder. Ustenka ofreció después vino a cada uno de los dos jóvenes y les besó.

—Ahora, a divertirnos,—dijo haciendo saltar sobre la bandeja las cuatro monedas que le habían echado.

Olenín, perdido su encogimiento, bromeaba con todas.

— Ahora te toca a ti, Marianka, ofrécenos vino y un beso,—dijo Bielesky cogiendo a la joven de la mano.

— ¡Sí! Puedes aguardarlo,—dijo ella soltando la mano que la tenía cogida.

— Se puede besar al viejo, al *abuelo*, sin recibir por ello una sola moneda,—dijo una de las jóvenes.

— ¡He aquí una chica con ingenio!—exclamó Bielesky abrazándola en tanto que ella se resistía forcejeando.— Sírvele a tu vecino,—insistió dirigiéndose a Marianka y tomándola nuevamente de la mano la hizo sentar en el banco al lado de Olenín.

— ¡Qué hermosa es!... —exclamó volviéndole la cabeza de perfil.

Marianka no se resistió, y sonriéndose orgullosamente dirigía sus miradas a Olenín.

— ¡Hermosa muchacha!—repetía Bielesky.

«¡Soy muy hermosa!» parecía añadir la mirada de Marianka.

Olenín, sin darse cuenta de lo que hacía, rodeó la cintura de la joven con su brazo y quiso besarla. De pronto la muchacha se levantó, se deshizo de los brazos de Olenín, empujó a Bielesky, cayó la mesa y se lanzó hacia la chimenea. Todos reían y alborotaban. Bielesky cuchicheó unos momentos con las muchachas y todos se lanzaron al vestíbulo cerrando la puerta del cuarto.

— ¿Por qué has abrazado a Bielesky y a mí no?—preguntó Olenín.

— Porque no quiero, eso es todo,—dijo Marianka frunciendo las cejas.— Él es el *abuelo*,—añadió sonriendo, y acercándose a la puerta comenzó a golpearla.

— ¿Por qué diablos habéis cerrado la puerta?—gritó.

— Déjalos,—contestó Olenín—que se estén ahí, nosotros estaremos aquí.

De nuevo arrugó el entrecejo Marianka. Aparentó tan majestuosamente ofendida, que Olenín se avergonzó y aproximándose a la puerta se puso a llamar también.

— ¡Bielesky! ¡Abrid! ¡Qué broma tan torpe!

Marianka se echó a reír de nuevo alegremente.

—¿Tienes miedo de mí?—preguntó.

—Es que pareces tan mala como tu madre.

—Y tú prefieres entretenerte con Erochka, creyendo que con esto vas a hacer que te quieran las muchachas.

Y se sonrió mirándole muy de cerca y fijamente.

Él no sabía qué decir.

—¿Y si viniera a tu casa?—dijo al fin.

—Entonces sería otra cosa,—repuso ella moviendo la cabeza.

En aquel momento, Bielesky abrió la puerta y Marianka, que estaba junto a Olenín le dio un fuerte empujón.

«Todo lo que he pensado sobre el amor, sobre el sacrificio y sobre Luka es una tontería; no hay nada como el placer». Todas estas ideas cruzaron por el cerebro de Olenín rápidamente. Y con fuerza hercúlea sujetó a Marianka y la besó en la sien y en la mejilla sin que ella opusiese resistencia, y riendo con su risa alegre se dispuso a reunirse con sus compañeras.

Así terminó la fiesta. La anciana madre de Ustenka volvió de su trabajo, regañó a las muchachas y las echó fuera.

XXVI. LOS AMORES DE OLENÍN

«Sí,—pensaba Olenín regresando a su casa—si doy rienda suelta a mi voluntad, llegaré a enamorarme de esta cosaca». Y se acostó con esta idea, diciéndose si le pasaría este capricho y volvería a su habitual existencia.

Esta no volvió. Sus relaciones con Marianka se modificaron, la distancia que los separaba se acortó. Cada vez que Olenín la encontraba, hablábale con apasionamiento.

El dueño de la casa recibía el dinero del alquiler satisfecho de la riqueza y generosidad de Olenín y le invitó a ir a su morada. La vieja le acogía con benevolencia, y desde ese día el joven solía pasar las tardes en la habitación de su casero, en la que permanecía hasta la noche. Le parecía que nada cambiaba en su vida; y sin embargo, su espíritu estaba transformado.

Pasaba el día en la selva hasta el atardecer, y con el crepúsculo volvía a la casa del propietario; bien solo, bien con Erochka.

Acostumbrados a verle, nadie se extrañaba de su presencia ni de que pagaba con largueza el vino, conduciéndose amablemente.

Vanucha le llevaba el té, que tomaba sentado en un rincón cerca de la chimenea.

La vieja se ocupaba de sus quehaceres domésticos; bebiendo té o vino y conversando de los cosacos y de los rusos, Olenín hablaba y ella preguntaba.

Marianka, acurrucada en el rincón más oscuro, sobre la estufa, como una cabra salvaje, no tomaba parte en la conversación.

Olenín, sin embargo, veía sus ojos, su rostro, siguiéndola en sus más insignificantes movimientos, sabiendo con certeza que ella le escuchaba atentamente mientras hablaba; y cuando al levantar los párpados tropezaba con su mirada de fuego, la contemplaba silenciosamente. Entonces ella se cubría la cara, y él, haciéndose el absorto por la charla de la vieja, atento a la respiración y a los ligerísimos movimientos de la joven esperaba anhelante que le mirara.

En presencia de otros, Marianka se mostraba con él complaciente y dulce, pero en cuanto estaban solos se volvía arisca y severa.

Algunas veces iba a la casa cuando la joven no había vuelto aún. Así oía sus pasos fuertes y por la puerta abierta la veía pasar con su camisa rosa o azul. Entraba hasta el medio de la estancia con una sonrisa imperceptible y él quedaba contemplándola enloquecido y tembloroso.

Él no pedía ni deseaba nada, pero la presencia de la bella cosaca íbasele haciendo indispensable.

Se había acostumbrado de tal modo a la vida de la *stanitza* que estaba completamente despreocupado del pasado y del porvenir, sobre todo del porvenir más allá del círculo en que actualmente vivía.

Cuando recibía cartas de sus padres o amigos le parecía que le compadeían, considerándole como perdido, mientras que él consideraba a su vez perdidos a los que vivían de distinto modo.

Abrigaba la convicción de que no se arrepentiría jamás de haber entrado en aquella vida solitaria y tranquila. En sus campañas, en los servicios propios de su vida militar había sido dichoso; pero aquí, bajo la protección de Erochka, en la umbría de la selva, pensando en Marianka y Lukachka, veía claramente sus engañosas y pasadas ilusiones, encontrando su anterior vida aborrecible y ridícula.

Cada día se sentía más libre; el Cáucaso no se parecía ni remotamente a lo que él se imaginó ni a lo que pudo leer en las novelas.

Aquí no existían ni *bucka*, ni precipicios, ni Amalak-Bet, ni héroes, ni malhechores. «Los hombres, —pensaba— viven aquí como si sobre ellos gravitaran las leyes de la naturaleza: nacen y mueren, engendran, se matan, comen y beben sin otras condiciones que las impuestas por esta al sol, a los animales y a las plantas. No tienen ni conocen otra ley». He aquí por qué a

él le parecían estos hombres más enérgicos, fuertes y libres que los demás; comparándose con ellos sentía por sí mismo lástima y vergüenza.

A menudo acudía a su mente la idea de borrar el pasado, de hacerse cosaco, de comprarse una cabaña, mucho ganado y casarse con una cosaca, pero no con Marianka, que cedía a Lukachka, viviendo con Erochka, yendo con él de pesca y caza y a las excursiones con los cosacos.

«¿Por qué, pues, no haría esto? ¿Qué es lo que espero?» — se preguntaba; se alentaba a sí mismo y se reprochaba su debilidad de carácter. — «¿Tengo miedo de hacer lo que encuentro razonable y justo? ¿Qué mal hay en ser simple cosaco; en vivir conforme a la naturaleza sin hacer mal a nadie, antes al contrario, bien a todos? ¿No vale esto más que mis vanas ilusiones de ser ministro o jefe de un regimiento?»

Pero una voz interior le decía que esperase, que todavía no debía decidirse.

Tenía el convencimiento vago de no poder vivir en absoluto como Erochka y Lukachka, que existía otra felicidad que él basaba en el sacrificio de sí mismo.

Se congratulaba cada vez más de lo que había hecho con Luka, y buscaba la ocasión de sacrificarse por los demás, pero esta no se le presentaba.

Algunas veces olvidaba el medio de ser feliz y se juzgaba capaz de vivir como Erochka, pero luego se apasionaba firmemente en su idea de sacrificio voluntario y generoso y contemplaba tranquila y orgullosamente a los hombres y a la felicidad de los demás.

XXVII. LA DESPEDIDA DE LUKACHKA

Antes de la vendimia, Lukachka, montado gallardamente a caballo, vino un día a buscar a Olenín. Este saliendo a su encuentro le preguntó alegremente: —¿Cuándo te casas?

Lukachka no respondió a la pregunta.

—Al otro lado del río he cambiado el caballo. He aquí un verdadero caballo de Kabardin, marca *Lov*¹. Soy inteligente en la materia.

Examinaron el corcel y lo probaron en el corral. Era, en efecto, un hermoso ejemplar, de pura sangre, bayo y vigoroso, con pelo brillante, cola larga y rizada y la crin espesa y fina. Tan bien cuidado y tan gordo se hallaba, que según la frase de Lukachka, sobre su espalda podía uno dormir. Sus cascos, ojos y dentadura eran perfectos, como de pura raza. En todo el Cáucaso no se habría encontrado caballo tan hermoso y perfecto.

—¡Y cómo anda! —dijo Luka— ¡qué trote! Es muy inteligente. A todas partes sigue fielmente a su dueño.

—¿Te han llevado mucha prima en el cambio? —preguntó Olenín.

—No lo sé, —respondió Luka. —Es un amigo el que me lo ha proporcionado.

—¡Hermoso animal! ¿Cuánto quieres por él? —exclamó Olenín.

—Me han ofrecido ciento cincuenta monedas; pero si vos lo queréis os lo daré de balde. Decid una sola palabra y es vuestro. Le quito la silla y... listos. A mí cualquiera me vale.

—¡Oh! No. No quiero.

—¡Bien! Entonces, tomad este puñal que os he traído,—dijo Lukachka desenganchando uno de los dos que llevaba pendientes del cinturón. Lo tomé en la otra parte del río.

—Gracias.

—Mi madre traerá las uvas que os prometí.

—Es inútil. Ajustaremos cuentas. No te daré dinero por el puñal.

—¡No faltaba más! Somos amigos. Guirei-Khan, el del otro lado del río, me llevó a su casa y me hizo escoger. Cogí este. Tal es la costumbre entre nosotros.

Y entraron en la cabaña donde bebieron vino.

—¿Te quedas aquí?—preguntó Olenín.

—No, he venido a deciros adiós, a despedirme. Me mandan al otro lado del Terek. Parto hoy mismo con mi compañero Nazarka.

—¿Y cuándo será la boda?

—Volveré para los esponsales; después marcharé otra vez a mi servicio,—respondió Lukachka de mala gana.

—¿Y ni siquiera verás a tu prometida?

—No. ¿Para qué? Cuando vayáis a la expedición, preguntad por Luka Aroki. ¡Hay muchos jabalíes allá! He matado dos. Os llevaré buena caza.

—Bien. Adiós... Que Cristo vele por ti.

Lukachka montó a caballo y sin ver a Marianka salió caracoleando a la calle, donde ya le esperaba Nazarka.

—¿Vamos?—preguntó este, dirigiendo la vista hacia el lado donde vivía Iamka.

—Toma mi caballo,—respondió Luka,—llévalo allá. Si yo no voy pronto le darás pienso. De todas maneras, por la mañana estaré en la *sotnia*.

—¿Te ha regalado algo más el alférez?

—No, y me alegro que hayamos saldado cuentas dándole el puñal; tenía capricho por el caballo,—añadió Lukachka apeándose y dando las riendas a su compañero.

Y deslizándose por debajo de la ventana misma de Olenín sin que nadie le viera, se aproximó a la ventana de sus huéspedes.

Estaba oscuro. Marianka, ya en camisa, recogíase el pelo y se disponía a acostarse.

—Soy yo,—murmuró el cosaco.

El rostro de Marianka, indiferente y severo, se animó al oír la voz del cosaco. Abrió la ventana, y aunque un poco asustada se inclinó hacia fuera, mostrándose feliz.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Abre la ventana y déjame entrar un momento,—dijo Luka y asiendo la cabeza de la joven principió a besarla.

—¿Qué tonterías dices!... Te repito hoy que no te dejaré entrar. ¿Te ausentas por mucho tiempo?

Pero él no contestaba y continuaba besándola. Ella se calló.

—Por la ventana no puedo abrazarte bien,—prosiguió Luka.

—Marianka,—gritó la vieja.—¿Con quién hablas?

Luka se encasquetó bien el gorro de piel para no ser conocido, agazapándose debajo de la ventana.

—Vete,—decíale en voz baja Marianka.—Es Lukachka,—respondió a su madre—que pregunta por mi padre.

—Que entre.

—Se ha marchado. Dice que no tenía tiempo.

En efecto. Lukachka se marchaba ya con paso rápido. Pasó por debajo de las ventanas y se encaminó a casa de Iamka. Olenín solamente le vio. Después de haber bebido, Lukachka y Nazarka dejaron la *stanitza*. La noche era oscura, serena y templada.

Marchaban en silencio. Solo se oía el ruido que producían los cascos de los caballos.

Lukachka entonó la canción del cosaco Mingot; pero antes de concluir la primera copla se interrumpió y dijo a Nazarka.

—No me ha dejado entrar.

—¡Oh!—respondió este.—De eso no dudaba. Iamka me ha dicho que el alférez va frecuentemente a su casa y que Erochka se alaba de haberle arreglado con Marianka, por una carabina.

—¡Miente!—dijo Lukachka coléricamente.—Esa muchacha es incapaz... ¡Le voy a romper las costillas a ese demonio de viejo!

Y volvió a entonar su canción favorita.

1. Marca muy estimada en el Cáucaso y donde se encuentran las mejores yeguas del país.

XXVIII. EL VIEJO EROCHKA CANTA Y BAILA

Se celebraban los desposorios: Lukachka había llegado a la *stanitza*, pero no visitó a Olenín y este rehusó la invitación de asistir a los esponsales. Estaba triste como no lo había estado desde su llegada al Cáucaso. Por la tarde vio pasar a Lukachka vestido con traje de fiesta, como su madre. Entraron en casa del huésped. La frialdad de Luka le atormentaba.

Se encerró en su habitación y se puso a escribir en su diario.

«He reflexionado mucho y pensado estos últimos tiempos — escribía, — y he llegado otra vez al *a b c*. Para ser feliz es necesario amar, y amar sacrificándose; amar a todos y a todo; tender por todas partes la red del amor y coger todo lo que caiga. Así es como he prendido a Vanucha, al tío Erochka, a Lukachka y a Marianka».

Cuando terminaba de estampar estas líneas entró Erochka. Estaba de buen humor. Unos días antes Olenín le había hallado en el corral, cuchillo en mano haciendo trozos un jabalí. Parecía contento y orgulloso. Sus perros y entre ellos su favorito Liam, estaban echados cerca de él meneando la cola y contemplando lo que hacía. Algunos rapaces le miraban con respeto por encima de la cerca, sin burlarse como de ordinario. Sus vecinas le saludaban, trayéndole una, un jarro de vino; otra, leche cuajada o harina. Al día siguiente, Erochka, cubierto todavía de sangre, se instalaba en la despensa de su cabaña y allí cambiaba los trozos de jabalí por dinero o por vino. Sobre su frente parecía estar escrito: ¡Dios me ha dado buena suerte! ¡He ma-

tado una pieza! Y tras esto se puso a beber y bebió durante cuatro días sin dejar la *stanitza*. En los desposorios de Marianka aún se embriagó más.

Así estaba cuando entró en casa de Olenín. Su cara aparecía roja; su barba en desorden, pero vestía un caftán nuevo, bordado y con galones y llevaba una *balalaika*¹, que había traído del otro lado del río. Esta diversión hacía tiempo que la tenía prometida a Olenín y ahora estaba de excelente humor, de broma. Al ver que escribía se apesadumbró.

—Escribe, escribe, *padre*,—dijo en voz baja, como si presintiese la presencia de un espíritu superior entre el joven y el papel y tuviese miedo de espantarlo. Se sentó en el suelo, sin hacer ruido. Cuando estaba así Erochka era su asiento favorito. Olenín se volvió hacia él, mandó traer vino y continuó escribiendo. Erochka se aburría de beber solo; quería hablar.

—He estado en los desposorios. Son todos unos brutos. Por eso no quiero estarme allí y vengo a tu casa.

—¿De dónde has sacado esa *balalaika*?—preguntó Olenín sin dejar la escritura.

—Estuve al otro lado del río, *padre*, y me la encontré allá abajo,—dijo en voz baja siempre.—He pasado por tocar bien la *balalaika*; si quieres cantaré una canción tártara o cosaca, de señor o de soldado...

Olenín se volvió sonriendo y luego continuó su trabajo.

Esta sonrisa alentó al viejo.

—Deja eso, *padre*,—dijo resueltamente.—¿Te han ofendido? ¿A qué conduce garrapatear?

Y se puso a consolar a Olenín, arrastrando por tierra sus dedos toscos y gesticulando con su fisonomía ruda.

—¿Para qué sirven esos papeles? ¡Diviértete, ten ánimo!...

Su imaginación no podía concebir que pudiese escribirse con otro objeto que el de calumniar.

Olenín se echó a reír y lo mismo Erochka. Este se incorporó e hizo alarde de su talento en la *balalaika* principiando a cantar aires tártaros.

—¿Para qué escribir? Escucha lo que voy a cantarte. Cuando te entierren no oirás más canciones. Diviértete ahora...

Y principió cantando una romanza de su composición.

¡Ah! di, di, di, di, di, di.
¿Dónde la habéis visto?
En el bazar, en la tienda,
Donde se venden alfileres.

Después siguió una canción que le enseñara un antiguo sargento.

El lunes me enamoré.
Todo el martes yo sufrí,
miércoles me declaré,
jueves respuesta esperé
y el viernes la recibí.

Sin consuelo ni esperanza
ya el sábado, el santo día,
quise quitarme la vida,
mas para salvar mi alma
lo dejé para el domingo.

Y continuaba con el «¡Ah! di, di, di, di, di, di, ¿Dónde la habéis visto?» etc. Guiñando los ojos y encogiendo los hombros el viejo cantaba y bailaba desafortadamente.

Yo te abrazaré, yo te besaré
y una cinta encarnada
te compraré.

Te llamaré mi esperanza,
bien de mi vida,
y seguro de tu amor
me serás querida.

Y de tal modo bailaba que brincaba por toda la habitación. Cantaba por complacer a Olenín, según él decía. Solamente después de beber la tercera copa de vino entonó la verdadera canción cosaca. Pero, en medio de una de sus coplas favoritas, su voz tembló, mientras los dedos continuaban haciendo vibrar las cuerdas de la *balalaika*.

—¡Ah! ¡Amigo mío!...—exclamó.

Olenín se volvió impresionado por la inflexión de su voz. Dos lágrimas se deslizaban por las mejillas del viejo.

—Los tiempos felices pasaron y no volverán,—dijo sollozando.

—¡Bebe, por qué no bebes!—gritó de pronto con voz ronca y sin secarse las lágrimas.

Lo que más le emocionó fue una canción tcherkessa. Era corta y lo más bonito era el estribillo: «¡Ay! dai, dalalai». Erochka tradujo así la letra:

Un joven *thetchenze* conducía el ganado a la montaña.

Los rusos llegaron, estrangularon a los hombres y se llevaron cautivas a las mujeres.

El *thetchenze* regresó al pueblo y lo halló desierto...

No quedaba ni una casa, ni un árbol, ni su hermano, ni su madre.

Se sentó en el suelo y lloró. ¡Solo he quedado! ¡Ay! ¡dai! ¡dalalai!

Y el viejo repetía este estribillo melancólico; de repente, cogió el fusil que estaba colgado en la pared y corriendo fuera de la cabaña descargó dos tiros al aire. Después, con acento todavía más triste repitió: ¡Ay! ¡dai! ¡dalalai!... Por último se calló.

Olenín, que le había seguido fuera, miró hacia donde hizo los disparos, pero vio solamente el oscuro cielo cubierto de estrellas. La cabaña del cosaco estaba iluminada y se oían voces dentro. Las jóvenes estaban reunidas en el patio, junto a las ventanas y corrían de la cocina al vestíbulo. Algunos cosacos salieron de esta cuando oyeron los tiros, respondiendo con gritos al último estribillo de Erochka.

—¿Por qué no estás en los desposorios?—preguntó Olenín.

—Que Dios les guarde y bendiga,—contestó el viejo con voz que daba a entender que había sido en algo ofendido.—No me gusta. He aquí lo que son las personas. Vamos a la cabaña... Que se diviertan, nosotros haremos lo mismo.

Olenín entró en la cabaña.

—¿Lukachka está contento? ¿No vendrá a visitarme?

—¡Cah! Lukachka ha sido engañado. Le han dicho que yo te enredaba con la muchacha,—respondió en voz baja el viejo.—Pero, cuando queramos, la muchacha será nuestra. No escatimes el dinero, que yo te lo arreglaré.

—No, el dinero nada vale, si no me quiere. Mejor será no hablar de ella.

—¡Ah! No se nos quiere aquí; tú y yo somos dos pobres huérfanos,—dijo Erochka y de nuevo se puso a llorar.

Olenín bebió más que de costumbre y escuchando los cantares del viejo pensaba: «He aquí a mi Luka dichoso y feliz». Pero, aun esforzándose en pensar así, sentíase abatido.

El viejo cosaco concluyó por emborracharse de tal modo que cayó como muerto al suelo. Vanucha tuvo que llamar a los soldados para sacarlo fuera. Estaba tan furioso por el proceder del viejo y de su mala conducta, que no pudo pronunciar en esta ocasión ni una palabra en francés.

1. Instrumento musical de cuerdas.

XXIX. EL TIEMPO DE LA VENDIMIA

Era el mes de agosto. El cielo aparecía azul y sin manchas desde hacía días. El sol extendía su hermosa luz y por la mañana corría un aire caliente que cubría el camino de nubes de polvo abrasador, dispersándose entre los cañaverales, los árboles y la *stanitza*. La hierba, como las hojas de los árboles, cubríase de polvo con el que jugaba el viento. Los caminos y veredas estaban intransitables. El caudal del Terek había disminuido, deslizándose el agua en él con gran suavidad para perderse en los barrancos. Los prados próximos a la *stanitza* perdían su frescura, quedando marcada en ellos la huella del ganado.

Los muchachos lanzábanse al agua inundando los aires con el chasquido de sus cuerpos al caer en las acequias y el eco de su voz en las náuticas correrías. La hierba y cañas que adornaban la estepa se habían agostado y el ganado, huyendo de allí, se introducía en las campiñas. Los animales salvajes, ahuyentados por el hambre, refugiábanse en las montañas del otro lado del Terek. Los llanos y hasta la misma *stanitza* hallábanse cubiertos por una nube de mosquitos. Los montes de nevada cabeza envolvían esta en celajes grises, y el aire hacíase pesado y brumoso. Se susurraba que los *abreks*, aprovechando el descenso de las aguas del río, lo habían atravesado, situándose en los alrededores de la población.

A la caída del sol el cielo se vestía de púrpura y la atmósfera caldeada impedía la respiración. Era la época de las más rudas labores. Los habitantes de la *stanitza* ocupábanse en la recolección de la sandía y en la vendimia. Solo se podía estar en los jardines donde las plantas trepadoras que los cubrían proyectaban fresca y agradable sombra. Por todas partes salían de

entre las elevadas hojas racimos ennegrecidos de maduro fruto. Los carros cargados de negra uva, chirriaban por el camino que conduce a los jardines, y los racimos que se caían de ellos yacían entre el polvo. Niñas y chicuelos embadurnados de zumo de uvas y con racimos en las manos, seguían corriendo tras sus madres. Sin cesar encontrábase en el camino obreros andrajosos cargadas sus espaldas con canastas de tan exquisito fruto. Las jóvenes, tapadas hasta los ojos con sus pañuelos, guiaban los bueyes uncidos a las carretas cargadas también de racimos. Los soldados pedían uvas a las muchachas y estas sin parar la lenta marcha del vehículo subían a lo alto arrojando al camino sendos puñados de uvas que los soldados recogían y colocaban en el faldón del caftán. Hasta en algunos lagares se comenzaba a extraer el jugo, llenándose el ambiente del olor acre de las heces. Rejas finas de madera veíanse bajo los aleros, y los trabajadores nogais con las piernas al aire trabajaban en los corrales. Sobre los techos planos de las despensas ostentábanse hermosos racimos encarnados que se secaban al sol. Las urracas y cornejas picoteaban los granos, revoloteando de aquí para allá.

El producto de la labor agrícola se recogía siempre con gran alegría de los habitantes de la *stanitza*; pero mucho más este año que tan buenos y abundantes tributos rendían los campos. Gritos y carcajadas se oían por todas partes bajo las umbrías de los verjeles; entre aquel mar de pámpanos, aparecían sin cesar los colores brillantes de los vestidos de las cosacas.

Era mediodía, cuando Marianka sentada a la sombra de un melocotonero preparaba la comida a su familia, sacándola de una carreta que descansaba a un lado. Frente a ella el corneta, que acababa de llegar de la escuela, sentado sobre una manta extendida en el suelo, lavábase las manos con el agua de un cántaro. Su hermanito, que llegaba corriendo del estanque, enjugábase con las mangas el sudor que caía por su rostro mientras miraba impaciente a su madre o a su hermana esperando la comida. La anciana Ulitka, con las mangas remangadas sobre sus vigorosos y curtidos brazos, ponía sobre una mesa baja, estilo tártaro, las uvas y el pescado seco, la leche cuajada y el pan. El corneta-maestro secose las manos, dejó a un lado el sombrero, hizo la señal de la cruz y se sentó a la mesa. El niño tomó el cántaro y bebió con sed de hidrópico. La madre y la muchacha cruzaron las piernas y sentáronse cerca de la mesa.

El calor era sofocante aun en la sombra, y el aire muy tibio hasta en el jardín. El viento caliente que penetraba a través de las ramas, no traía el me-

nor fresco y solamente inclinaba con monotonía las copas de los perales, melocotoneros y moreras. El corneta rezó por segunda vez y tomando un frasco de vino que tenía detrás, cubierto con hojas de vid, bebió unos tragos y lo depositó después en manos de su esposa. No obstante su categoría, vestía una camisa simple que, por el cuello desabrochado, dejaba ver su robusto pecho cubierto de abundante pelo. Su rostro astuto y malicioso aparecía risueño. Ni en su semblante ni en su manera de hablar se notaba aquella afectación que le caracterizaba; mostrábase natural y contento.

—¿Esta tarde habréis terminado ya el trabajo?—dijo limpiándose la barba mojada por el vino.

—Espero conseguirlo, si el tiempo nos favorece,—contestó la anciana.— Los Damkin no han vendimiado la mitad todavía, solamente Ustenka trabaja con empeño.

—¡Ah! no podrán terminarlo,—repuso el corneta.

—Toma, Marianka,—dijo la madre entregando el frasco a la muchacha.— Con todo esto ya tenemos para los gastos de boda, a Dios gracias.

—Para eso aun hay tiempo,—repuso el marido frunciendo el ceño.

Marianka bajó la cabeza.

—¿Por qué no hemos de hablar de ello?—añadió la madre.— El asunto está decidido y la fecha del matrimonio se aproxima.

—No te apresures,—repuso el viejo.— Ahora hay que trabajar.

—¿Has visto el nuevo caballo de Lukachka? Aquel que le regaló Dmitri Andreitch ya no lo tiene, lo ha cambiado.

—No; no lo he visto, pero en cambio he hablado con el criado de nuestro huésped,—dijo el marido.— Dice que hoy han recibido otra vez mil rublos.

—Ese hombre es un ricachón,—añadió la mujer.

Toda la familia estaba contenta y rebosaba de felicidad.

El trabajo avanzaba y con tanta suerte, que había más uva y de mejor calidad de lo que se habían figurado.

Después de comer, Marianka dio hierba a los bueyes; arrolló su corpiño a manera de almohada y colocándolo en el suelo, se acostó bajo los árboles

sobre el césped húmedo y tierno. Llevaba en la cabeza pañuelo encarnado de seda, y camisa azul muy desteñida. Sofocábala el calor, bajo cuya acción encendíasele el rostro y se velaban sus ojos de sueño y de fatiga, y, entreabiertos sus labios, respiraba fatigosamente.

El periodo de la vendimia, comenzado quince días antes, con su trabajo penoso e incesante, ocupaba todo el tiempo de la muchacha.

Por la mañana, al amanecer, levantábase, lavaba su rostro con agua fresca, envolvíase en un chal y con las piernas desnudas corría al establo. Luego, calzándose a la ligera, cogía el corpiño, envolvía en el pañuelo un trozo de pan y, unciendo los bueyes, marchaba con ellos al campo, donde pasaba el día. Allí no descansaba más de una hora después de cortar las vides y por la tarde volvía a la *stanitza*, conduciendo los bueyes, aguijoneándolos fuertemente con la vara, jadeante, de buen humor y sin que en su persona se observase la menor muestra de cansancio. Daba hierba al ganado y tomando algunos granos de girasol que ponía entre las mangas de su camisa, salía a la calle a charlar y reírse con sus amigas. Después, cuando el sol se había ocultado por completo y ni un destello de su luz iluminaba la tierra, volvía a su casa a cenar con sus padres y su hermanito en la lóbrega cocina, y allí escuchaba indiferente y casi adormecida la conversación con Olenín, sentada sobre la apagada chimenea. Tan pronto como el huésped se marchaba a su casa, entraba ella en su cuarto, se acostaba y dormía en profundo sueño hasta la mañana siguiente. Al otro día la misma existencia. No había vuelto a ver a Lukachka desde el día de sus desposorios y, sin impacientarse, esperaba feliz el día de su boda. Acostumbrada a la presencia de Olenín, no dejaba de sentir satisfacción cuando encontraba sus ojos fijos en ella, adorándola silenciosamente desde lo más íntimo de su ser.

XXX. CHARLOTEO DE MUCHACHAS

A pesar de no haber sitio bien sombreado donde poderse refugiar del calor que abrasaba la tierra, ni manera de evitar la picazón de los mosquitos que en bandadas corrían por el espacio, animando los campos con su suave quejido, Marianka con la cabeza inclinada, comenzaba a dormirse sin que ni aun los porrazos que le daba su hermano al revolverse fueran capaces de impedir que se entregara en brazos del sueño. Ustenka precipitose bajo la carreta y se acostó al lado de la joven.

—¡Durmamos, durmamos!—dijo Ustenka acomodándose junto a ella.

—Espérate,—dijo la otra—no estamos bien así.

E incorporándose cortó dos largas ramas que ató a las ruedas del vehículo y después de tender sobre ellas su corpiño volvióse al muchacho.

—¡Vete!—le dijo.—¿Es este el sitio de un cosaco, tan junto a las mozas? ¡Largo de aquí!

Una vez sola con su amiga, Ustenka la estrechó entre sus brazos y comenzó a besarle el cuello y las mejillas.

—¡Queridito mío! ¡mi adorado bien!—dijo soltando una risotada sonora y penetrante.

—¡Miren lo que le ha enseñado el *diaduchka*!...—dijo Marianka sin rechazarla.—Pero, ¡déjame ya!

Y las dos se reían tan alto, que la vieja comenzó a gruñir.

—¿Nos tiene envidia?—insinuó Ustenka en voz baja.

—Pero, ¿qué te ocurre?... Durmamos. ¿A qué has venido?

Ustenka continuaba sus mimos.

—¡He de contarte muchas cosas!... ¡Ah! ¡si tú supieras!...

Marianka se incorporó y recostándose sobre el codo arregló el pañuelo que se le caía.

—Bueno. ¿Qué tienes que decirme?

—Lo que sé de tu vecino.

—No hay nada que puedas saber...

—¡Ah, picarona! —exclamó Ustenka empujándola con el codo y riéndose.— ¡No me querías decir nada!... ¿Y continúa frecuentando tu casa?

—Sí, ¿y qué? —preguntó Marianka mientras el rubor coloreaba su rostro.

—Yo soy francota; confío mis secretos a todos; ¿por qué ocultarlos? —siguió Ustenka, y su rostro encendido tomó una profunda expresión soñadora.

—¿Hago daño a alguien? Le quiero; he aquí todo.

—¿A quién? ¿Al *diaduchka*?

—Pues... Sí...

—¡Eso es pecado! —dijo Marianka.

—¿Cuándo se va a divertir una, si no lo hace ahora que es joven? Después me casaré con un cosaco, tendré hijos... y me haré amiga íntima de la miseria. Cuando te hayas casado con Lukachka no pensarás en distracciones, sino en tus hijos y en el trabajo.

—Sin embargo, hay muchas que viven felices después de casadas. Es lo mismo,—dijo tranquilamente Marianka.

—Pero, cuéntame, a lo menos una vez, ¿qué ha ocurrido entre Lukachka y tú?

—Pues, nada; que ha pedido mi mano. Mi padre le contestó que esperase un año; pero ahora ha renovado su pretensión, y nos casaremos el próximo otoño.

—Pero él, ¿qué te ha dicho?

Marianka sonrió.

—Lo que se dice siempre; que me ama... Siempre me pide que le acompañe al campo.

—¡Qué pillo! Supongo que tú no habrás ido. ¡Qué buen mozo se ha hecho! Hoy es el primero de los cosacos. Siempre está en la *sotnia*. Estos días ha llegado Kirka y, según nos dijo, Lukachka ha cambiado ya su caballo por otro que es hermosísimo. Pero creo que se aburre soberanamente a causa de tu ausencia. ¿Qué otras cosas te ha dicho?

—¡Quieres saberlo todo!—dijo Marianka sonriendo.—Una noche se llegó hasta mi ventana montado a caballo; estaba borracho y quería que le dejase entrar.

—¿Tú no se lo permitiste?

—A buen seguro que no; yo soy firme como una roca y cuando digo una cosa la sostengo,—añadió Marianka con cierta seriedad.

—¡Qué guapo mozo! No tiene a quien envidiar. ¡Así están por él todas las muchachas!

—¡Pues, que se vaya con ellas!...—repuso Marianka con enfado.

—¿Ya no le quieres?

—Sí que le quiero; pero no me gusta que corteje a las demás. Está muy mal lo que hace.

Ustenka dejó caer rápidamente la cabeza sobre el pecho de su amiga y estrechándola entre sus brazos prorrumpió en carcajadas.

—¡Jesús, qué tonta!—exclamó.—Tú no amas la felicidad.—Y continuó haciendo cosquillas a Marianka.

—¡Ay! ¡Déjame!—repuso Marianka sonriendo.—Vas a matarme...

—Esos demonios de muchachas no hacen más que reír, sin poder estar tranquilas un momento—murmuraba la vieja dormitando tras la carreta.

—Rechazas tu suerte,—repetía Ustenka en voz baja e incorporándose.—¡Y eres feliz! ¡Dios mío! Eres mala, y así y todo hay quien te quiere. ¡Ay! Si estuviera yo en tu lugar, ¡qué gran partido hubiese sacado del huésped! Ya os observé cuando vinisteis a casa; te devoraba con los ojos. ¡Mi *diaduchka*

sí que no me ha dado nada! ¡Y el tuyo es de los más ricos! Su criado asegura que tiene siervos.

Marianka se incorporó, quedando en posición pensativa aunque sonriente.

—¿Sabes lo que me dijo un día nuestro huésped?—repuso mordiendo hierba.—«Quisiera ser el cosaco Lukachka, o bien tu hermanito». ¿Qué quería decir con esto?

—Nada; dicen lo que de momento se les ocurre,—respondió Ustenka.—Y, ¡qué de cosas no me dice el mío! ¡Cualquiera le creería loco!

Marianka volvió a echarse al suelo y puso una mano sobre los hombros de Ustenka.

—Va a venir hoy a trabajar con nosotras. Mi madre le ha invitado,—dijo tras unos instantes de silencio.

Inmediatamente después quedó dormida.

XXXI. VENDIMIANDO

El peral ya no proyectaba su sombra sobre la carreta y los rayos oblicuos del sol herían el rostro de las dos muchachas aun por entre las ramas que había colocado Ustenka para preservarse del fuego abrasador que lanzaba el astro del día. Marianka, al despertar, arregló su cabellera y mirando a su alrededor percibió tras el peral la figura de Olenín que, en pie y con el fusil a la espalda, charlaba con su padre. Dio un codazo a Ustenka y sonriendo, sin decirle una palabra, le hizo reparar en el joven.

—Ayer anduve mucho y no cacé nada,—decía el alférez, dirigiendo impaciente la vista en torno suyo sin poder ver a Marianka por ocultarla el ramaje.

—Si vais al otro lado del río,—trazando con el brazo extendido un semicírculo,—encontraréis un jardín abandonado que llaman *El desierto*. Allí hay liebres en abundancia,—dijo el corneta en su elegante estilo.

—¿Cómo es eso? ¡Cazar liebres en la época del trabajo! Venid a ayudarnos; mejor será que trabajéis con las chicas,—dijo alegremente la vieja.— ¡Vamos, muchachas, arriba!

Marianka y Ustenka cuchicheaban ocultas en la carreta, costándoles gran trabajo retener la risa.

Cuando los viejos se hubieron enterado de que Olenín había regalado a Lukachka un caballo de cincuenta rublos, mostráronse con él aun más amables, sobre todo el corneta. Este, hasta parecía ver con agrado el interés que demostraba por su hija.

— ¡Pero si no sé trabajar! —decía Olenín esforzándose en no mirar a través de las ramas verdes que cubrían el carro donde estaba Marianka, cuya camisa azul y pañuelo rojo había ya distinguido.

— Venid con nosotros y os daré albaricoques, —dijo la vieja.

— Una tontería de esa mujer; seguir la costumbre hospitalaria de los antiguos cosacos, —objetó el corneta, pretendiendo explicar y corregir las palabras de su mujer. — Me parece que en Rusia os habréis hartado ya no solamente de albaricoques, sino también de confituras y conservas de piña.

— ¿De manera que en aquel verjel abandonado hay liebres en abundancia? Pues, allá me voy, —y dirigiendo una rápida y escudriñadora mirada por entre las ramas, saludó quitándose la gorra y desapareció siguiendo el sendero que formaban las dos hileras regulares del viñado.

Cuando Olenín volvió a reunirse con la familia de sus patronos, el sol se ocultaba tras las cercas de los huertos y sus rayos brillaban tras las hojas transparentes de las vides; calmábase el viento y un fresco agradable esparcíase por el ambiente. Ya percibió desde lejos, por una especie de intuición, la camisa azul de Marianka que se movía entre las cepas cortando uvas, y se aproximó a ella. El perro marchaba jadeante mordiendo los racimos inclinados a tierra. Marianka cortaba los más grandes, que luego colocaba en la cesta. Sin dejar la rama que tenía en la mano, se detuvo, sonrió afablemente y continuó su trabajo. Olenín se aproximó, se echó el fusil a la espalda a fin de tener libres las manos y quiso decirle: «¡Dios te guarde! ¿Dónde están los tuyos? ¿Estás sola?» pero, sin decirle una sola palabra, se limitó a quitarse la gorra. Sentíase desconcertado al encontrarse frente a Marianka; mas, por eso mismo, se aproximó a ella todo lo que pudo.

— ¿Vas a matar a alguien con esa carabina? —le dijo la joven.

— No, no temas...

Ambos permanecieron en silencio.

— ¿Por qué no me ayudas?

Olenín sacó su cuchillo y, sin contestar, se puso a cortar uvas. De entre las hojas recogió un hermoso racimo lo menos de tres libras de peso, en el que los granos aparecían estrechamente apretados entre sí, y enseñándoselo a Marianka, dijo:

—¿Hay que cortarlo? Está ya maduro.

—Dámelo.

Sus manos se tocaron, Olenín cogió la de la joven. Ella le contempló sonriendo.

—¿Te vas a casar pronto? —le preguntó Olenín.

Marianka sin responder le dirigió una seria mirada y volvió el rostro a otra parte.

—¿Quieres a Lukachka?

—¿A ti qué te importa?

—Le envidio...

—¿Sí, eh?

—De verdad, porque ¡eres tan hermosa!...

Y al punto se avergonzó de sus palabras, tan necias le parecían. Ruborizado y fuera de sí le cogió las manos.

—Hermosa o fea, no soy para ti. ¿Por qué te burlas? —dijo Marianka, pero sus ojos expresaban lo contrario, demostraban la profunda convicción de que él no se burlaba.

—¡Cómo burlarme! Si supieras cuánto te...

Sus palabras parecieronle vulgares, en desacuerdo con lo que quería decir, pero no obstante continuó:

—No sé qué no haría yo por ti.

—¡Déjame, pesado!

Mas sus ojos brillantes, su voluptuoso seno, sus graciosos modales, todo en ella demostraba lo contrario de lo que decía.

Creyó Olenín que a ella le parecía vulgar y desagradable cuanto le hablaba y que por eso la joven pretendía ponerse muy por encima de tales insinuaciones. Y entonces se acordó de que ya debía saber la muchacha, de largo tiempo atrás, cuanto quería y no podía decirle, pero pensando también que ella se obstinaba en ver cómo se lo diría. «¡Cómo puede ignorarlo! pen-

saba, puesto que quiero decirle lo que es en sí misma». — «Pero se empeña en no comprender ni contestar», se dijo finalmente.

— ¡A... ú...! — gritó la voz vibrante y aguda de Ustenka con su risa chillona. — ¡Dmitri Andreitch, ven a ayudarme, que estoy sola! — dijo a Olenín mostrando por entre los pámpanos su carita redonda y expresiva.

Olenín no respondió y permaneció inmóvil. Marianka continuó cortando racimos, pero apenas apartaba un punto sus miradas del oficial. Este quiso hablar, pero se quedó mudo, se encogió de hombros y echándose a la espalda su escopeta abandonó el viñedo casi corriendo.

XXXII. LAS NOCHES DE OLENÍN

Por dos veces se detuvo escuchando la risa sonora de Marianka y de Us-tenka, que ya juntas charloteaban en voz alta. Olenín se internó en el bosque, donde pasó el resto de la tarde entregado a la caza. Al llegar la noche se volvió sin haber cobrado una sola pieza; cuando atravesaba el corral vio abierta la puerta de la cocina de los patronos y al pasar por delante de ella percibió dentro una camisa azul. En voz alta, a fin de que se enteraran que había llegado, llamó a Vanucha y tomó asiento en la escalera del portal, su sitio acostumbrado.

Los dueños estaban ya de vuelta del campo. Salieron de la cocina y entraron en la cabaña, sin que le invitasen a reunirse con ellos.

Marianka salió dos veces a la calle, y en una de ellas le pareció ver en medio de la oscuridad que miraba hacia él. Seguía con atención todos los movimientos de la joven, pero sin decidirse a aproximarse a ella. Cuando hubo entrado ella en la casa, abandonó la escalera y miró alrededor del corral, paseándose largo rato; pero Marianka no volvió a salir. Olenín se pasó toda la noche vagando y husmeando por el corral, sin dormir, escuchando con atención el menor ruido que se producía en las habitaciones de los dueños. Les vio cenar, preparar las camas y acostarse. Luego oyó la risa de Marianka, que expresaba la calma más extraordinaria.

El corneta decía algo a su esposa y alguien suspiraba. Entró en su cuarto y Vanucha dormía vestido. Le miró con envidia y nuevamente salió al corral, esperando sin duda que se produjera algún sorprendente acontecimiento. Pero nada aconteció, nada se movía; tan solo llegaba a su oído la respira-

ción regular de varias personas. Escuchaba con agrado la de Marianka, que él distinguía entre las demás y hasta le parecía oír los fuertes latidos de su corazón.

Todo era calma en la *stanitza*; todo permanecía en silencio. La luna, que perezosamente se iba elevando, iluminaba el horizonte y permitía distinguir más fácilmente al ganado que, acostado en los corrales, daba largos resopli-dos y comenzaba alguno a levantarse.

Enfurecido se preguntaba Olenín: «¿Qué he de hacer?» y ya se decidía a ir en busca de su lecho, cuando oyó otra vez un ligero rumor de pasos; en su imaginación dibujose la figura de Marianka, apareciendo a la luz de la luna; lanzose hacia la ventana... y se oyó andar de nuevo, pero nada más.

Más tarde se aproximó nuevamente a la ventana, abrió el postigo y se dirigió a la puerta de Marianka, lanzando un gran suspiro... y golpeó ligeramente. Unos pies descalzos aproximáronse con precaución a la puerta; el piso crujía suavemente, los goznes rechinaron, un perfume de plantas aro-máticas y olores de hortalizas escapose por la puerta entornada y Marianka apareció en el umbral. No la vio Olenín más que un segundo, a la claridad de la luna, pues cerró ella vivamente la puerta, murmurando algunas pala-bras y la sintió alejarse.

Llamó de nuevo sin que nadie respondiera. Acercose a la ventana y puso-se a escuchar... Una voz de hombre estridente y aflautada resonó de súbito junto a él.

—Está bien,—le dijo a boca de jarro un cosaco bajito, con gorro blanco.
—¡Todo lo he visto! ¡Está bien!

Olenín reconoció a Nazarka y quedó silencioso; azorado, sin saber qué decir ni qué hacer.

—¡Muy bien! Ahora mismo lo voy a contar todo al jefe de la *stanitza* y al *padre*. ¡Esa es la hija del corneta! ¡Ya tiene bastante con un novio!...

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué necesitas?—exclamó Olenín.

—¡Nada, nada! Yo lo pondré en conocimiento del jefe de la *stanitza*.

Nazarka hablaba en voz alta con toda intención.

—¡Mire usted el alférez! ¡Qué astuto!

Olenín temblaba y palidecía.

—¡Ven aquí! ¡Escucha!

Y cogiéndole bruscamente por el brazo le condujo al interior de la cabaña.

—No hay nada entre los dos; no me ha dejado entrar... Es una joven honrada...

—No son estos momentos para razonar... —dijo Nazarka.

—No importa; te daré... ¡Espera!...

Nazarka calló. Olenín corrió a su cuarto y volvió con diez rublos que entregó al cosaco.

—No hay nada entre ella y yo. Pero, no importa, soy culpable y ahí tienes, te los regalo. Solamente te impongo una condición; que, por Dios, nadie sepa... No ha pasado nada...

—Que seáis muy felices,—dijo Nazarka sonriendo, y se alejó.

Nazarka había ido a la *stanitza* por orden de Lukachka, para preparar un sitio donde poder ocultar un caballo robado, y al pasar por la calle delante de la casa del corneta oyó ruido de pasos y se paró a observar, descubriendo así a Olenín.

Al siguiente día, Olenín reparó que el corneta no se daba por entendido de nada. No dirigió la palabra a Marianka, que se reía a escondidas al verle, y pasó la noche otra vez vagando por el corral. A la siguiente mañana fuese a cazar y por la tarde a casa de Bielesky para defenderse contra sí mismo. Prometiose no volver más a casa de los patronos y aquella misma noche un sargento fue a despertarle; la compañía tenía orden de marchar a una expedición. Olenín se consideró feliz ante ese pretexto para alejarse y no volver más.

La expedición duró cuatro días. El jefe quiso ver a Olenín, que era algo pariente suyo, y le propuso que permaneciese en la Plana Mayor; pero el joven rehusó. No podía vivir lejos de la *stanitza*, y pidió permiso para volver. Recibió la cruz de soldado, que tanto deseara un tiempo, y la cual no le pudo sacar ahora de su indiferencia, como tampoco el empleo de teniente para el que iba a ser propuesto. Volvió a partir con Vanucha, precediendo de

algunas horas a su compañía. Y se pasó la tarde en el portal contemplando en silencio a Marianka, y la noche toda entera errando por los corrales sin objeto ni idea bien determinados.

XXXIII. LA CARTA DE OLENÍN

Olenín se levantó tarde al día siguiente. Sus patronos habían salido ya. No se fue de caza; tan pronto cogía un libro para leer como salía al portal o entraba en la cabaña y se recostaba sobre el lecho. Vanucha creyó que su amo estaba enfermo. Antes de la noche se levantó y se puso a escribir hasta hora muy avanzada. Escribió una carta, pero no la quiso enviar, porque comprendió que nadie hubiera adivinado lo que quería decir, aun siendo por demás que alguno la comprendiese, excepto él mismo. He aquí lo que decía:

«Desde Rusia me envían cartas de compasión, temiendo, sin duda, que perezca para siempre al encerrarme en este rincón solitario. Dicen que me tornaré grosero, olvidadizo; que me entregaré a la bebida y terminaré por casarme con alguna cosaca. No en vano citan el dicho del general Ermolov: «Quien pase diez años en el Cáucaso, o se vuelve borracho o se casa con una perdida». ¡Eso es horrible! En efecto; es de temer mi perdición cuando podría ser el marido de la condesa B..., chambelán o jefe de la nobleza. ¡Qué ruines, qué miserables sois todos! ¡No conocéis la felicidad, ni la vida! Hay que haber sentido, al menos una vez para siempre, la vida con todo su encanto; es preciso ver y comprender lo que todos los días presenciaban mis ojos. Las nieves eternas y las inaccesibles montañas... y, rodeada de esa belleza primitiva, una mujer majestuosa, como debió aparecer la primera mujer al salir de las manos del Creador. Entonces podríais apreciar quién se pierde, quién vive en la verdad o en la mentira, si vosotros o yo. ¡Si supierais cuán despreciables y míseros me parecéis con vuestras ilusiones! Cuando olvidando mi cabaña, mis bosques y mi amor, recuerdo los sa-

lones, con sus mujeres de postiza cabellera y engañosos rizos, de labios mentirosos, de miembros raquíticos, siempre tapados y deformes, con su tartamudeo que quiere ser cambio de ideas, y que todo es menos eso, mi corazón se subleva de asco. Veo a lo lejos los rostros atontados de aquellas ricas hembras que parecen decir: «No importa, puedes acercarte; te lo permito aunque soy rica»; los contubernios repugnantes, los chismes continuos y aquella hipocresía sempiterna, aquellas convenciones ridículas que consisten en saber a quién se ha de dar la mano, a quién se debe saludar con la cabeza o dar conversación, y el eterno fastidio que se filtra en la sangre y pasa de generación en generación, con la idea de que todo eso es indispensable.

»Comprendedlo, o al menos creedme a mí: Os es preciso ver y sentir lo que es la verdad y la belleza, y entonces todo cuanto digáis y penséis, cuánta felicidad deseéis para mí o para vosotros, quedará reducido a la nada. La felicidad está cifrada en conocer la naturaleza, en verla, en hablarla. «Que Dios le guarde, pues de lo contrario se casará con una *simple* cosaca y el mundo le abandonará para siempre». Esto es, según supongo, lo que decís de mí con tierna conmiseración. Yo no deseo más que una cosa: perderme para siempre en el abismo que, según vosotros, me amenaza. Quisiera unirme para siempre con una *simple* cosaca, pero no me atrevo a hacerlo porque sería el colmo de una felicidad que no merezco.

»Tres meses han pasado desde que vi por vez primera a la cosaca Marianka. La concepción y los prejuicios de ese mundo de donde venía estaban todavía frescos en mí y no podía creer que llegase a amarla. Admirábala como a la belleza de las montañas y del cielo, y no podía dejar de admirarla porque es tan bella como ellos. Luego he observado que la contemplación de esta belleza era necesaria a mi vida y comencé a preguntarme si la amaba.

»Pero no hallaba, en mí, sentimiento semejante al del amor tal y como yo lo había supuesto. Este sentimiento no era parecido ni al hastío de la soledad, ni al deseo del matrimonio, ni al amor platónico, ni mucho menos al amor sexual que yo conocía. Necesitaba verla, oírla, saber si estaba cerca de mí, para sentirme, no diré precisamente dichoso, pero sí satisfecho. Desde la noche en que me encontré con ella, en que le hablé, sentí que entre esta mujer y yo existía algo extraordinario que no podía adivinar y contra lo que toda lucha era imposible. Sin embargo luché, y me preguntaba: ¿Puedo amar a una mujer que no comprenderá jamás los intereses morales de mi

vida? ¿Puedo amar a una mujer solamente por su belleza? ¿Puedo amar a una estatua? Cuando esto me preguntaba ya la amaba, aunque sin saberlo.

»Desde la tarde en que me acerqué por primera vez a ella, nuestras relaciones cambiaron. Antes era para mí un objeto extraño, pero majestuoso, de naturaleza exterior. Desde aquella tarde se convirtió en una mujer. Comencé a buscarla, a hablarle, a ir algunas veces a trabajar con su padre, a pasar noches enteras en su casa. Y en estas relaciones íntimas ella permanecía a mis ojos siempre pura, inaccesible, majestuosa. A todo contestaba, y siempre con calma y energía, con alegría e indiferencia. Algunas veces mostrábase cariñosa; pero en general, cada mirada, cada palabra, cada movimiento, encerraba esa indiferencia que, sin ser humillante, domina y encanta. Siempre la sonrisa forzada en sus labios y yo procurando disimular, en lucha siempre con el dolor de la pasión y el deseo de mi alma, hablando con ella de cosas fútiles. Ella, viendo mis tímidas tentativas, respondíame con candor y sencillez. Ese estado me era insoportable. Quería no mentir ya más y decirle todo cuanto pensaba y sentía. Estábamos en el huerto. Comencé a hablarle de mi amor en términos que solo recordarlos me avergüenzan. No debí permitirme hablarle así, porque ella es superior a todas aquellas palabras y sentimientos que quería expresar; callé y desde aquel momento mi situación es insoportable. Yo no quería envilecerme teniendo con ella una relación falsa, pero sentí que todavía no estaba en condiciones de entrar con ella en relaciones simples y francas. Preguntábame con desesperación: ¿Qué iba a hacer? En mis quiméricos ensueños, ya era mi amante, ya mi esposa; con despecho rechazaba ambas ideas. Sería para mí una profanación pretenderla hacer mi amante. Casarme sería mucho más grave. Si fuese cosaco como Lukachka, robar caballos, emborracharme, cantar, asesinar y, estando ebrio, penetrar por la ventana de su casa, sin reparar ni pensar en lo que soy y por qué estoy aquí, ¡ah! entonces fuera otra cosa, entonces nos comprenderíamos y podría yo ser dichoso. He probado hacerme a esa vida, pero me he sentido demasiado débil. No puedo desechar de mí el pasado turbulento, calamitoso, y el porvenir me parece aún más desesperante. Todos los días veo ante mí las montañas lejanas cubiertas de nieve y esa mujer ideal, majestuosa, feliz; el único placer posible en el mundo no es para mí. Lo más grave y lo más dulce de mi situación, es que yo llegué a comprenderla a ella y que ella no me comprenderá jamás. Pero, si no me comprende, no es por ser inferior a mí, sino porque *no debe* comprenderme. Ella es feliz, es como la naturaleza, hermosa, impasible, concentrada en sí misma; ¡y yo, criatura débil y en-

ferma, quiero que comprenda mi deformidad, mis tormentos! No duermo; paso las noches al pie de su ventana discurriendo por el corral, sin que ni siquiera me dé cuenta de que ha pasado la noche.

»El día 18 salió nuestra compañía a hacer una expedición; pasé tres días alejado de la *stanitza*, triste e indiferente a todo. En el destacamento, los cánticos, los juegos, las orgías, las discusiones sobre las próximas recompensas me repugnaban más que de ordinario. Hoy he vuelto a casa y he podido observarme; he visto otra vez la cabaña, el viejo Erochka, las montañas, la nieve, y tal sentimiento de alegría se ha apoderado nuevamente de mí que todo lo he comprendido. Siento hacia esa mujer un amor verdadero; por primera y única vez en mi vida, sé cuánto por mí pasa. No tengo miedo de humillarme con ese sentimiento. No me avergüenzo de mi amor, antes por el contrario, me enorgullezco... y no soy culpable; si la adoro, es contra mi voluntad.

»Hui del amor sacrificándome a mí mismo. Fingí alegría con los amores de Lukachka y Marianka, y no hice más que avivar mi amor atormentado por los celos. No es un amor ideal, que llaman superior, y que ya conocí anteriormente; tampoco es un arrebató, fruto de mi imaginación y acariciado después a gusto mío; es menos aún: es el amor sensual. Puede decirse que en ella adoro a la naturaleza toda, a la personificación de la belleza. No la amo por mi propia voluntad, sino por la fuerza de los elementos, tal vez por querer de Dios mismo; el mundo entero es quien me impone este amor, gritándome: ¡Ama! ¡Ama! La adoro con todo mi ser, y al amarla paréceme que soy parte indivisible de la naturaleza. En otro tiempo escribí respecto de nuevas concepciones brotadas en mi soledad; nadie podrá comprender el trabajo que me costó su formación, y cuán dichoso me consideraba ante la nueva senda que me abrían y cuán queridas me eran. Pero, como el humo, se desvanecieron aquellas concepciones y no las echo de menos. Hasta me es difícil comprender cómo he podido entregarme a meditaciones tan monótonas, tan frías, tan abstractas. La belleza ha venido a hacer polvo de todo ese trabajo intelectual de mi vida; y a fe que no lo siento. El sacrificio de sí mismo es una necedad. Eso es orgullo, pretender huir de un castigo merecido por la envidia que nos inspira la dicha de los demás. ¡Vivir para otros! ¡Practicar el bien! ¿Para qué, si mi alma no posee más que amor propio y un solo deseo: amarla y vivir con ella toda la vida? Ahora deseo la felicidad, pero no para otros, no para Lukachka; ya no quiero a los demás. Antes hu-

biérame dicho que todas esas ideas eran malas y me hubiera preguntado:
«¿Qué será de ella, de mí y de Lukachka?»— Ahora todo me es igual. Vivo,
mas no solo para mí; no existo por mí, sino por algo superior que me guía.
Estoy atormentado, pero antes estaba muerto y es ahora cuando existo. Hoy
iré a casa de ella y se lo contaré todo».

XXXIV. EL ATREVIMIENTO DE OLENÍN

Después de haber terminado esta carta a hora muy avanzada de la noche, Olenín se marchó a casa de su patrono. La vieja hilaba seda sentada en un banco cerca del fogón. Marianka, con la cabeza descubierta, cosía junto a la luz de una bujía. Al ver a Olenín, se levantó, cogió un pañuelo y fue a acurrucarse al lado de la hornilla.

—Quédate con nosotros,—le dijo su madre.

—No; estoy con la cabeza descubierta.—Y saltó por encima del brasero.

Olenín no vio más que los pies y una de sus piernas suavemente torneadas. Ofreció té a la vieja y esta a su vez le obsequió con requesón que hizo traer por Marianka. Tan pronto como hubo colocado el plato sobre la mesa, la joven saltó nuevamente por sobre la hornilla, hiriendo con su mirada la de Olenín, que seguía como siempre todos sus movimientos.

Hablaban del manejo de la casa; la vieja Ulitka estaba encantada de su huésped. En prueba de ello, ofreció a Olenín uvas en conserva, galleta con anís y el mejor vino de que disponía, y con esa generosidad grosera y singularmente vanidosa, propia del pueblo bajo, que no se halla más que entre aquellas personas que ganan su sustento mediante el pesado yugo de un trabajo físico, obsequió al alférez. Esa mujer, que en un principio había llamado tanto la atención del joven ruso por sus rudos modales, lograba ahora enternecerle con la simple afección que demostraba por su hija.

—Sí, hijo mío, no nos podemos quejar de Dios. En nuestra casa hay de todo, a Dios gracias. Hemos prensado mucha uva; venderemos tres barricas

de vino y todavía nos quedará bastante para el consumo de la casa. No te marches tan pronto, espera. Aún nos divertiremos todos juntos el día de la boda.

—¿Y cuándo es?—preguntó Olenín, notando que la sangre le subía a la cabeza y su corazón se estremecía dolorosamente.

Tras la hornilla alguien se agitaba y rompía nerviosamente granos de girasol.

—Podría ser la semana próxima. Nosotros estamos ya preparados,—repuso la vieja, natural y tranquilamente como si Olenín no estuviera delante. —Todo está dispuesto por parte de Marianka. Le daremos un buen dote. Pero es lástima que Lukachka se divierta tanto. Siempre está de jolgorio. ¡Es un tarambana!... Hace poco estuvo aquí un cosaco de su centuria y nos contó que Lukachka iba mucho a tierra de nogais.

—Pues, que ponga cuidado,—repuso Olenín.

—Eso es lo que le digo: Tú, Lukachka, no te expongas. ¡Sí, ya se sabe que un joven debe divertirse! Mas para todo le queda tiempo. Mire usted; ha robado, ha matado un *abrek*... todo eso está bien, pero luego conviene reposarse; sin embargo, él continúa lo mismo.

—Sí, le he visto dos veces en el destacamento y se porta mal. Ahora ha vuelto a vender su caballo,—dijo Olenín, dirigiendo la vista hacia el hogar.

Unos ojazos negros y brillantes mirábanle despiadadamente, y se arrepintió de lo que acababa de decir.

—¡Y qué! A nadie hace daño,—dijo Marianka;—Se divierte con su dinero.—Luego abandonó su sitio y salió cerrando la puerta con violencia.

Olenín siguióla con la vista fuera de la cabaña, se quedó mirando a la puerta y escuchó sin comprender nada de cuanto le decía la vieja Ulitka. Poco tiempo después llegaron visitas: un anciano, hermano de Ulitka, acompañado del viejo Erochka y detrás de ellos entraron Marianka y Ustenka.

—Buenas noches a todos,—dijo Ustenka.—¿Te diviertes mucho?—preguntó a Olenín.

—Sí, me divierto,—respondió; sintiéndose turbado y a disgusto.

Quería marcharse, pero no podía, callar le parecía imposible. El viejo le sacó del compromiso. Pidió de beber y ambos bebieron.

Primeramente Olenín bebió con Erochka y luego con el otro cosaco, para repetir nuevamente con Erochka; cuanto más bebía más abatido se hallaba su espíritu. Los viejos estaban ya chispados. Las muchachas sentadas en el hogar cuchicheaban mirándolos mientras apuraban el vino: Olenín no hablaba, pero bebía más que los otros. Los cosacos reían sus necedades y la vieja los despachó quitándoles el vino. Las jóvenes burlábanse de Erochka, siendo ya las diez cuando salieron al portal. Los dos viejos invitáronse a sí mismos a pasar la noche en casa de Olenín. Ustenka marchó a su casa, y la vieja fue a poner en orden la cocina. Solo Marianka quedaba en la cabaña. Olenín sentíase fresco y desahogado como si acabase de despertar. Estuvo en acecho y dejando entrar a los viejos en su casa, volvió a la cabaña. Marianka disponíase ya a acostarse. El joven se aproximó a ella, quiso decirle algo, pero enmudeció. La muchacha sentose sobre la cama con las piernas cruzadas y luego fue a ocultarse en un rincón, silenciosa, mientras dirigía a Olenín miradas de espanto y de terror. En verdad que la joven tenía gran miedo de él y Olenín lo veía. Sintiose disgustado y avergonzado de sí mismo y, sin embargo, notaba en sí cierta satisfacción de poder siquiera inspirarle tal sentimiento.

—Marianka,—dijo—¿no tendrás nunca piedad de mí? ¡Ni yo mismo sé cómo te amo!

Ella retrocedió más, pegándose a la pared.

—Es el vino quien habla por ti. No conseguirás nada.

—No, no es el vino. No te cases con Lukachka y nos uniremos para siempre.

«¿Qué he dicho?» pensó tan pronto como hubo pronunciado esas palabras. «¿Pensaré mañana lo mismo? Sí, lo pensaré. Seguramente lo pensaré y ahora voy a repetirlo», decíale su propia conciencia.

—¿Te casarás conmigo?—Mirábale la joven seriamente y su temor parecía desvanecerse.

—¡Marianka! Estoy loco. Ya no soy el mismo. Haré cuanto me ordenes.
—Y mil frases apasionadas deslizáronse de su boca.

—¿Qué disparates dices?— le interrumpió la joven cogiéndole la mano que le tendía, sin rechazársela, antes bien se la estrechaba con sus dedos fuertes y duros.—¿Es que un señor puede casarse con una cosaca? ¡Quita allá!

—¿Tú consentirías? Yo...

—¿Y qué haremos de Lukachka?—preguntó ella riendo.

Olenín soltó con violencia la mano que le tenía cogida la joven y estrechó a esta entre sus brazos. Pero ella se desprendió y saltando descalza a tierra huyó como una corza asustada en dirección del corral. Olenín, vuelto en sí, tuvo miedo de sí mismo, viéndose excesivamente feo al compararse con ella. Sin arrepentirse de cuanto había dicho, marchose a su casa y se acostó y durmió profundamente, como no lo hacía desde bastante tiempo, olvidando a los viejos que, sentados todavía a la mesa, apuraban con placer el sabroso vino.

XXXV. LAS FIESTAS DE OGAÑO Y LAS DE ANTAÑO

El día siguiente era de fiesta. Por la tarde todo el vecindario adornado con sus mejores ropas, que brillaban bajo los rayos del sol poniente, discurría por las calles de la *stanitza*. El vino extraído sobrepasaba en mucho a la recolección de años anteriores. Los habitantes habían terminado sus faenas. Los cosacos disponíanse a partir en expedición por un mes y muchas familias preparaban la boda de sus hijas.

En la plaza, frente a la administración de la *stanitza* y en dos tiendas, una de bombones y granos de girasol, otra de algodones y pañuelos, la aglomeración era extraordinaria. Ante la Administración los viejos con sus caftanes grises y negros, sin galones y adornos, permanecían sentados o en pie. Tranquilamente y con voz monótona hablaban de la cosecha, de los jóvenes, de asuntos del lugar, del pasado, etc., mirando con severidad e indiferencia a la nueva generación que les rodeaba. Al pasar ante ellos, las mujeres se paraban e inclinaban la cabeza. Los jóvenes detenían su paso y con mucho respeto quitábanse sus gorras teniéndolas en la mano algunos momentos. Los viejos callaban. Unos severamente, otros con cariño, miraban a los transeúntes y devolvían con parsimonia los saludos.

Las muchachas no habían comenzado todavía su ronda, pero se agrupaban, vestidas con corpiños de colores brillantes y tocadas con pañuelos blancos que les cubrían la frente y los ojos; sentadas algunas sobre los terraplenes, al abrigo del sol, charlaban y reían ruidosamente.

Los niños jugaban en la plaza a la pelota, lanzando y cogiendo esta, con gritos infantiles. Algunos jóvenes de ambos sexos en otro lado de la plaza organizaban la ronda y con voces agudas, chillonas, entonaban una canción. Los empleados y licenciados del servicio militar unidos a los forasteros, todos ellos vestidos con vistosos trajes nuevos, blancos y rojos, bordados con galones, la mirada alegre, cogíanse de la mano por parejas e iban de un grupo a otro de mujeres parándose y bromeando con las cosacas. Un mercader armenio vestido con una casaca azul muy fina, adornada de muchos galones dorados, permanecía en pie a la puerta de su tienda que estaba entreabierta y a través de la cual se percibían pilas de chales de colores, plegados, y con la flema de un vendedor oriental que tiene conciencia de su importancia, esperaba tranquilamente a los compradores. Dos *thetchenzes*, de barba roja, pies desnudos, recién llegados del otro lado del Terek para presenciar las fiestas, habíanse sentado sobre sus talones cerca de la casa de sus amigos; distraíanse fumando la pipa, y echando salivazos admiraban la población, cambiando entre ellos algunos sonidos rápidos, guturales. De vez en cuando un soldado en traje de diario, con la capa raída, pasaba rápidamente por entre los grupos de gente vestida de nuevo. De todos lados se oían las canciones disparatadas de los cosacos repletos de vino. Todas las cabañas estaban cerradas, las escaleras de entrada completamente limpias desde el mediodía. Hasta las viejas hallábanse en la plaza. Por las calles reseca, entre el polvo, y por todas partes veíanse cáscaras de melón, sandía, calabaza y girasol. El ambiente era suave y apacible. La blanca cadena de montañas que se veía por encima de las techumbres, parecía estar más próxima pintada por el hermoso colorido del sol al ocultarse. Del otro lado del río, tan solo se oía de vez en cuando el lejano rumor de un cañonazo, que se confundía con los sonidos variados, alegres, de la fiesta en la *stanitza*.

Olenín habíase paseado durante todo el día por el corral, esperando ver a Marianka. Pero ella, una vez vestida, se fue a oír misa; después, sentada sobre un terraplén, comía pepitas de girasol acompañando a sus amigas o retozando con estas entraba en su casa dirigiendo al pasar una tierna mirada al joven. Olenín no se atrevía a bromear con ella delante de sus compañeras. Quería continuar con ella la conversación del día anterior y obtener una respuesta definitiva. Deseaba hallar la misma ocasión que la víspera; pero esta no llegaba y desfallecía ante la idea de continuar más tiempo en aquella situación indecisa. Marianka salió nuevamente a la calle, y poco después, aburrido, sin saber adónde iba, siguió a la joven. Pasó por delante del corro

donde ella se hallaba vestida con su corpiño de seda azul brillante, y con gran dolor del corazón oyó las risas de las muchachas que se regocijaban a su vista.

La cabaña de Bielesky estaba situada en la plaza misma. Olenín, al pasar oyó que le llamaba la voz del oficial y entró. Hablaron un rato y ambos se sentaron junto a la ventana. Erochka, con su caftán nuevo, uniose a ellos y se sentó en el suelo.

— ¡He ahí un grupo distinguido!... —dijo Bielesky designando con su pitillo al grupo abigarrado que había en un rincón de la plaza; — allí está la mía, ¿la veis? Vestida de rojo. Es nuevo su traje. ¿Qué, no reanudáis los rondos? ¹ —gritó desde la ventana. — Cuando oscurezca iremos a buscarlas, nos las llevaremos a casa de Ustenka y les daremos un gran baile.

— También yo iré a casa de Ustenka, —dijo Olenín con resolución. — ¿Estará allí Marianka?

— Sí; venid, —dijo Bielesky sin el menor asombro. — ¡En verdad que es espectáculo hermoso!... —añadió indicando el efecto de la gente amontonada.

— Sí, muy hermoso, —repuso Olenín, procurando aparentar indiferencia. — Siempre me agradaron estas fiestas, —añadió. — Pero, veamos, ¿por qué han de vestirse de gala esas gentes y estar contentas y satisfechas por ser hoy día 15?... Todo respira fiesta. Los ojos, las caras, las voces, los gestos, el aire mismo, el sol, todo ha cambiado hoy aquí, mientras que en nuestro país hace años que terminaron las fiestas.

— Sí, en verdad, —dijo Bielesky, que no gustaba de semejantes razonamientos. — Y tú, viejo, ¿por qué no bebes? —añadió dirigiéndose a Erochka.

Este guiñando el ojo a Olenín, designó a Bielesky.

— Es campechano tu amigo, —exclamó.

Bielesky levantó su vaso y dijo:

— *Allah birky*, Dios lo ha dado, —y lo vació de un trago.

— *Saul bul*, pásalo bien, —respondió Erochka sonriendo y apuró el contenido del suyo.

—¿Dices que esto es una gran fiesta?—dijo el cosaco dirigiéndose a Ole-nín y aproximándose a la ventana.—¿A esto llamas fiesta? ¡Si hubieras visto las de otros tiempos!... Las mujeres vestían *sarafán*² con bordados y galones, el pecho cubierto con dos hileras de monedas de oro y agujas de oro en la cabeza. Cuando pasaban, ¡qué estrépito movía su traje! Parecían verdaderas princesas. ¡Y venía un gentío!... Cuando cantaban, era un arrullo prolongado, y así nos divertíamos toda la noche. Los cosacos llevaban toneles de vino a los corrales y allí bebían hasta el amanecer. O bien enlazados sus brazos, atravesaban la *stanitza* como un turbión, cogiendo a los transeúntes y llevándoselos con ellos de casa en casa. Duraba la broma tres días. Me acuerdo de que mi padre volvía colorado, sin gorro, sin caftán... todo lo había perdido. Pero mi madre sabía su obligación; traíale aguardiente para hacerle volver en sí y luego corría ella misma en busca de lo perdido. Después, mi padre dormía seguidas cuarenta y ocho horas. He aquí lo que eran entonces los hombres. Y ahora, ¿qué pasa?

—¡Muy bien! Pero ¿las mozas con sus *sarafanes* se divertían solas?—preguntó Bielecky.

—¡Solas no! Los cosacos venían a caballo gritando: «¡A romper los corros!» Y lanzaban sus corceles sobre ellas; los chicos armados de buenos garrotes apaleaban a los cosacos y a sus cabalgaduras. En general ocurría que algún cosaco se metía en el corro y casi siempre eran apaleados él y su caballo. Rompía por fin la cadena, cogía a la que quería y la arrastraba consigo, y entonces... «¡Hermosa! ¡Querida! ¡Haz lo que quieras, pero es preciso amarme!...» ¡Y qué hembras! Aquellas eran reinas.

¹. Bailes en rueda.

². *Sarafán*. Largo vestido sin mangas que llevaban antiguamente las rusas.

XXXVI. LUKACHKA QUIERE DIVERTIRSE

En aquel momento entraron en la plaza por una de las calles laterales dos hombres a caballo. Uno de ellos era Nazarka y el otro Lukachka. Este venía ladeado en su hermoso caballo tártaro que trotaba ligero por sobre la tierra endurecida del camino, y sacudía su airosa cabeza y rizadas crines. El equipo del joven era el propio del uniforme de campaña; la carabina en la funda, pistola al cinto inclinada hacia la espalda y la *burka* enrollada y sujeta a la silla. La posición aplomada del cosaco, el aire negligente con que fustigaba con el látigo a su montura, sus ojos grandes, negros y brillantes, expresaban la satisfacción de sí mismo, la conciencia de su juventud y de su fuerza. «¿Habéis visto nunca otro jinete más galán?» parecía decir. Su excelente corcel, encapazonado de plata, sus hermosas armas y él mismo, atrajeron la atención general. Nazarka, pequeño y raquítico, iba bastante peor equipado. Al pasar por delante de los viejos, Lukachka se detuvo y se quitó el gorro de piel blanca.

— ¡Qué! ¿Has robado muchos caballos a los nogais? — preguntole un viejo arrugado, de sombría mirada.

— ¿Los habrías contado, abuelo, puesto que tanto te interesa? — repuso Lukachka volviéndose a su interlocutor.

— Sí, mas por algo llevas contigo al mozo que te acompaña, — añadió el viejo con mirada más sombría aún.

—¡El demonio del viejo! ¡Todo lo sabe!—dijo Lukachka riendo. Pero su cara tomó una expresión de disgusto. Luego, dirigiendo la vista hacia el lado de la calle donde había muchas jóvenes, encaminó allí su caballo.

—Buenos días, muchachas,—dijo con voz fuerte, sonora, parando en seco su caballo.—¡Ah! ¡Brujas! Habéis envejecido desde que no os veo.—Y se echó a reír.

—Buenos días, Lukachka; buenos días, hermano,—exclamaron a un mismo tiempo un sinfín de voces chillonas.—¿Traes mucho dinero? Ve a comprar caramelos para nosotras. ¿Vienes por mucho tiempo? Hace mucho que no te vemos.

—Hemos venido Nazarka y yo a pasar una sola noche; a distraernos,—repuso Lukachka pegando al caballo con el látigo y aproximándose más al grupo.

—¿Y has olvidado acaso a Marianka?—preguntó Ustenka, empujando con el codo a su amiga y riendo estrepitosamente.

Marianka se alejó del caballo y, echando atrás la cabeza, miró al cosaco con ojos tranquilos y brillantes.

—¡Hace tiempo que no vienes!... ¿Qué, vas a matarnos con tu caballo?—exclamó Marianka de pronto muy secamente y volviendo las espaldas.

Lukachka parecía alegre en extremo. Su rostro resplandecía de orgullo y satisfacción; la frialdad de Marianka hiriole en lo más vivo y frunció el ceño.

—¡Sube al estribo, querida mía; te llevaré a las montañas!—exclamó súbitamente como para arrojar de sí sus sombríos pensamientos; y caracoleando entre las jóvenes, se inclinó hacia Marianka.—¡Te voy a abrazar! ¡Oh, cómo te besaré!

Marianka levantó los ojos hacia él: encontráronse sus miradas y se ruborizó.

—Aparta... me aplastas,—dijo bajando la cabeza y contemplándose las torneadas piernas, ceñidas de medias azules con flechas bordadas y sus zapatos de color rojo con galones de plata.

—Voy a arreglar el caballo,—dijo Lukachka—y vuelvo con Nazarka, para andar de fiesta con vosotras toda la noche.

Y dando un fuerte espolazo al corcel, giró rápidamente y tomando por la calle lateral, llegó pronto, seguido de Nazarka, a la cabaña de sus padres.

—¡Ya estamos! ¡Vuelve pronto!—dijo a su compañero, que se dirigía hacia la vivienda inmediata, pasando con precaución por la puerta cochera.

—Buenos días, Slepka,—dijo a la muda, que con el traje de los domingos salía a recibir el caballo, y por señas le indicó que le diera un pienso sin desensillarlo.

La muda mugió estrepitosamente y besó el hocico del bruto, para expresar que le parecía hermoso.

—Buenos días, madre, ¿no has salido aún?—gritó Lukachka descendiéndose el fusil y subiendo la escalera.

La anciana abrió la puerta.

—No te esperaba, ni mucho menos. Kirka me aseguró que no vendrías por ahora.

—Trae vino, madre. Nazarka va a venir; hay que holgar un poco.

—¡Enseguida, Lukachka, enseguida!—contestó su madre.—Todas las mujeres están en la fiesta; probablemente irá también la muda.

Y cogiendo las llaves, corrió precipitadamente hacia la despensa.

Nazarka llegó a los pocos momentos, después de haber acomodado en la cuadra su montura.

XXXVII. LA GRAN CACERÍA DE CABALLOS

—Bebe a nuestra salud,—dijo Lukachka tomando un vaso de vino que le tendía su madre, llevándolo cuidadosamente a los labios.

—¡Es extraño!—dijo Nazarka.—¿Por qué ha dicho el viejo: Cuántos caballos has robado? Sin duda debe saber algo.

—¡Es un brujo!—interrumpió Lukachka.—Pero, ¿qué nos importa? Los caballos ya han vadeado el río, de modo que aunque los busque...

—No obstante, hay que ir con cuidado.

—¿Por qué? Lo que hay es saber hacer bien las cosas: Mañana le llevas un jarro de vino y lo convences. Ahora juguemos. ¡Toma! Bebe,—gritó Lukachka, imitando la voz del viejo Erochka.—Vamos a ver a las muchachas... Tú vete a hacer la miel, o si no ya irá la muda. ¡Vamos a divertirnos hasta mañana, pero mucho!

Nazarka sonreía.

—Pero, ¿nos quedaremos aquí mucho tiempo?

—Deja que nos divirtamos y ve a buscar aguardiente; toma dinero.

Nazarka aceptó y se fue a casa de Iamka.

Erochka y Erguchov, con las caras encendidas y tambaleando, entraron en la cabaña.

—¡Medio jarro más!—dijo Lukachka a su madre, correspondiendo al saludo de los visitantes.

—Bueno. Ahora cuéntame, ¿conque has robado muchos?—exclamó Erochka.—Bravo, así me gusta.

—¡Ah! pues a mí también me gusta,—replicó Lukachka riendo—y luego haces regalos a las mozas de parte del alférez, ¡viejo pícaro!

—¡Es falso, no es verdad!—el viejo se reía a carcajadas.—Me suplicó que le arreglase la cosa... Me ofreció una carabina. Pero no lo haré... Que Dios se apiade de él. Yo lo compondré; te tengo lástima. Di, ¿dónde has estado?

El viejo comenzó a hablar en tártaro. Lukachka le respondió lo mismo.

Erguchov hablaba mal el tártaro, mezclando muchas palabras rusas.

—Sé de cierto que has robado caballos. Estoy seguro. A ver, cuéntame cómo ha sido.

—Pues bien: fuimos con Guireika,—Lukachka decía Guireika en vez de Guirei-Khan—quien dijo que conocía la estepa hasta la otra parte del río y ofreció llevarnos por el camino más corto. Pero cuando salimos, la noche era muy oscura y mi buen Guireika se perdió, se embrolló y no supo salir del paso. Sin duda fuimos demasiado a la derecha. Estuvimos divagando hasta media noche en que, afortunadamente, los perros encontraron el rastro.

—¡Necio!—dijo Erochka.—También a mí me sucedió perderme en la estepa. Entonces, subido a una colina, me quedé allí ahullando como los lobos. Mira, así,—y poniéndose las manos en la boca soltó un sonido parecido al de una manada de lobos, de una sola nota.—Enseguida me respondieron los perros. Bueno, prosigue: ¿Qué encontrasteis?

—¡Oh! fue cosa de un instante; hubo para todos... pero a poco más parece Nazarka a manos de una mujer de los nogais.

—Sí, me cogió...—afirmó Nazarka que estaba ya de vuelta.

—Nos pusimos de nuevo en marcha; Guireika se perdió otra vez y nos condujo a un desierto. Nos señalaba el Terek, pero, según sus indicaciones, nos fuimos por mal sitio.

—Teníais que seguir las estrellas,—dijo Erochka.

—Lo que yo decía,—agregó Erguchov.

—Sí, pero cuando el cielo está encapotado... Miré, busqué... Me encontré un jumento, lo cogí y solté mi caballo. Yo creí que aquel animal nos guiaría, pero no dirás lo que hizo: Se puso a rebuznar con el hocico tan gacho que casi tocaba a tierra, brincó y derecho como una paja nos trajo a la *stanitza*. Y menos mal porque el día ya apuntaba. Apenas tuvimos tiempo de esconder los caballos en el bosque...

Erguchov inclinó la cabeza.

—Repito mi enhorabuena. ¿Cuánto has ganado?

—Todo lo llevo aquí,—respondió Lukachka golpeándose el bolsillo.

En aquel momento entró la vieja. Lukachka se calló.

—Bebe,—dijo en voz alta.

—Del mismo modo llegamos tarde cierta vez con Guirei-Khan... —prosiguió Erochka.

—¡Bueno! ¿quieres acabar?—interrumpió Lukachka.—Yo me marchó.— Y vaciando la copa se ajustó el cinturón y salió a la calle.

XXXVIII. EL ROMPIMIENTO

Cuando Lukachka abandonó su casa era ya muy oscuro. Aquella noche de otoño era fría aunque apacible. La luna deslizábase por entre grandes nubes, por encima de los plátanos sombríos que bordeaban uno de los lados de la plaza. Salía de las chimeneas el humo que mezclándose con la neblina se esparcía por la *stanitza*; de las ventanas salía el reflejo de las luces. Un fuerte olor de *kisiak*, de mosto, impregnaba el ambiente. Las conversaciones, las risas, los cantos, el crujir de las pepitas al quebrarse oprimidas por los dientes de muchachas y muchachos resonaban en confusión, pero con más estruendo que durante el día. Los pañuelos blancos de las mujeres y los gorros peludos de los cosacos distinguíanse formando grupos, en medio de la sombra que proyectaban las cabañas.

En la plaza, frente a la puerta abierta de una tienda muy iluminada, veíase como un enjambre de cosacos y muchachas que llenaban el espacio con sus sonoros cánticos, sus risas burlonas e irónicas conversaciones. Las chicas pequeñas agarradas de la mano jugaban al corro en el centro de la sucia plaza. Una joven delgaducha y fea entonaba esta canción:

Por entre el bosque sombrío
¡Ay! chiquitín
Por entre los verdes campos
hemos visto dos gentiles
jóvenes, aún no casados;
paráronse en el camino
y los dos se disputaron.
Dirigíase hacia ellos

una muchacha, olvidando
los pesares que atormentan
a los corazones blandos,
y parándolos les dijo
en tono firme de mando:
«Yo no seré sino de este»,
y aproximose al más guapo,
joven de cabellos de oro
y piel de fino alabastro.
Y cogiéndola el mancebo
se la llevó por los campos,
presentándola a la gente
que envidiaba a los amados:
«¡Mirad, amigos, qué esposa
ahora el cielo me ha dado!»
y admirando su belleza
pretendían separarlos.

Las viejas, sentadas haciendo corro, escuchaban las canciones. Los chiquillos y las muchachas corrían entre la oscuridad cogiéndose unos a otros. Los cosacos rodeaban a las jóvenes festejando a las muchachas guapas que pasaban por su lado, cortando la ronda de vez en cuando para introducirse y bullir en ella. En un escondido rincón, cerca de la puerta, hallábanse Bielesky y Olenín en traje de faena, con gorro. Hablaban con voz reposada, pero como se les oía, llamaron pronto la atención. Por un lado del grupo pasaban Ustenka con su corpiño rojo exuberante y su compañera Marianka con su camisa y corpiño nuevos. Olenín y Bielesky trataban del medio de que podrían valerse para hacer salir del corro a Ustenka y Marianka. Bielesky creía que era todo ello una ligereza de Olenín, mientras este esperaba hallar así la solución de su porvenir. Quería a todo trance obtener una respuesta decisiva de Marianka. «¿Sería su mujer o no?» Aunque para él, esta pregunta quedó resuelta desde mucho tiempo antes en sentido negativo, confiaba aún en tener fuerza suficiente para decirle cuánto pensaba y ser comprendido de ella.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes?—preguntó Bielesky.—Hubiera podido arreglar el asunto por mediación de Ustenka. Sois un hombre verdaderamente extraño.

—¡Qué hacer! Luego, más tarde os lo contaré todo. Por ahora no os pido más sino que, ¡por Dios! que vaya ella esta noche a casa de Ustenka.

—Sí, creo que será fácil conseguirlo... ¿Qué, serás fiel a un rubio, Marianka, y abandonarás para siempre a Lukachka?—le dijo Bielesky mientras pasaba junto a sí a Marianka, guardando las conveniencias del momento. Y sin esperar respuesta acercóse a Ustenka y le pidió que llevara a su casa a su fiel amiga.

Todavía no había terminado su encargo, cuando el jefe de coro entonó una canción y las muchachas del grupo siguieron diciendo:

«Un gallardo mancebo mira por detrás de la huerta; pasa la primera vez por la calle y hace una señal con la mano; pasa la segunda, y hace la señal con el sombrero; pasa la tercera y se detiene. Quiero verte, amada mía, reñirte porque no bajas al jardín. ¿Me desprecias, querida mía? Pues ten cuidado... me casaré contigo y te haré verter muchas lágrimas».

Lukachka y Nazarka habían roto el ruedo y se paseaban por entre las jóvenes. Lukachka, agitando las manos, movíase en el centro del círculo cantando con voz clara y potente.

—¡Que avance una de vosotras!—dijo luego.

Las muchachas empujaban a Marianka, que no quería adelantarse. Entre los cánticos se oían las risas, bofetones, besos y murmullos. Al pasar ante Olenín, Lukachka le saludó amistosamente con un movimiento de cabeza.

—Dmitri Andreitch, ¿también tú vienes a la fiesta?—le dijo.

—Sí,—repuso seca y bruscamente Olenín.

Bielesky se inclinó al oído de Ustenka y le dijo algo en voz muy baja. Ella quiso contestar, pero no pudo, porque el carro marchaba ya y solamente a la otra vuelta dijo:

—Está bien; iremos.

—¿También Marianka?

Olenín se dirigió entonces a ella.

—Ven, te lo suplico, siquiera por un momento; tengo algo que decirte.

—Todas las mozas irán y yo con ellas.

—¿Me darás la contestación que espero?—preguntó nuevamente inclinándose hacia ella.—Estás muy contenta esta noche.

La joven se alejó y él seguía mirándola.

—¿Me contestarás?

—¿A qué?

—A lo que te pregunté anteayer tarde,—dijo Olenín al oído de la muchacha.—¿Te casarás conmigo?

Marianka reflexionó un punto.

—Ya te lo diré,—dijo.—Te lo diré hoy sin falta.

Y en la oscuridad buscaban sus ojos con alegría y enternecimiento la mirada abrasadora del joven.

Seguía la este siempre con la vista, sintiéndose feliz al inclinarse hacia ella.

Pero Lukachka, sin interrumpir su cántico, la estrechó entre sus brazos arrastrándola al centro del círculo.

Olenín no había tenido tiempo más que para decirle: «Ven a casa de Ustenka», e inmediatamente se dirigió hacia su compañero. La canción hubo de terminar muy pronto, Lukachka y Marianka se limpiaron los labios y mutuamente se besaron. «No, han de ser cinco», dijo Lukachka. La charla, las risas, las carreras desordenadas sucedieron al movimiento y sonos regulares. Lukachka, que, al parecer, estaba muy obsequioso, distribuyó bombones a las muchachas.

—Habrá para todas,—decía con una satisfacción orgullosa y cómicamente chocante.—Pero aquella a quien agraden los militares, que deje la rueda,—añadió lanzando una mirada rencorosa a Olenín.

Las mozas quitábanle de la mano las golosinas disputándoselas después entre ellas. Bielesky y Olenín permanecían a un lado. Lukachka, como intimidado por su propia generosidad, fue adonde estaban Marianka y Ustenka quitándose la gorra y enjugándose con la manga el sudor del rostro.

—¿Estás enfadada conmigo, querida?—dijo repitiendo el último verso de la canción que acababa de recitar y aplicándola a Marianka.—¿No estás en-

fadada?—repitió.—Si te casas conmigo habrás de verter muchas lágrimas,
—añadió abrazando a un tiempo mismo a Ustenka y a Marianka.

Ustenka, al desasirse, alargó el brazo y golpeó al cosaco fuertemente en la espalda, pero con tanta violencia que se hizo daño en la mano.

—¡Qué! ¿Queréis continuar el corro?—preguntó.

—Como quieran las otras,—respondió Ustenka,—pero yo me voy a casa y conmigo Marianka.

El cosaco, siempre agarrado a Marianka, la hizo salir de entre la multitud y la condujo a un rincón, a la sombra de una casa.

—No vayas, Marianka. Divirtámonos por la última vez... O bien vete a casa, que allí estaré yo inmediatamente.

—¿Y qué he de hacer en casa? Las fiestas son para distraerse. Me voy con Ustenka,—dijo Marianka.

—De todos modos, ¿me casaré yo contigo?

—Bueno, ya lo veremos,—repuso la joven.

—¿Irás a tu casa?—preguntó seriamente Luka estrechando con más fuerza a la joven y besándola en la mejilla.

—¡Quita, déjame!—y desprendiéndose de él violentamente, se alejó.

—¡Vaya con la moza!... —dijo Luka moviendo la cabeza.— ¡Esto concluirá mal! He de hacerte derramar muchas lágrimas.

Y volviéndole la espalda, gritó a las otras:

—¡Vamos a jugar!

Marianka se detuvo asustada.

—¿Qué es lo que va a concluir mal?—preguntó.

—Lo que tú haces.

—¿Y qué hago?

—Te diviertes con el militar... y ya no me amas.

—Si dejé de quererte fue porque quise. Tú no eres ni mi padre ni mi madre. ¿Qué le vamos a hacer? Quiero a quien quiero.

—¡Está bien!—dijo Luka.—Pero te acordarás.

Y se volvió a la rueda.

—¡Hola, muchachas!—gritó,—a cantar otra ronda. Nazarka, ve y tráenos aguardiente.

—¿Vendrán?—preguntaba Olenín.

—Enseguida,—le respondió Bielesky.—Vamos a hacer los preparativos para el baile.

XXXIX. OLENÍN Y MARIANKA SE PROMETEN

Ya muy entrada la noche Olenín abandonaba la cabaña de Bielesky acompañando a Marianka y Ustenka. El pañuelo blanco de la joven se distinguía en medio de la oscuridad que envolvía la calle. La luna como luyente hostia caía sobre la estepa, y una plateada neblina cubría la *stanitza*. Todo estaba tranquilo; no se veía reflejo de luz en las casas ni se oía más que el paso de las dos jóvenes que solas se alejaban. El corazón de Olenín latía con violencia. Su cara encendida, refrescose con el aire húmedo. Miró al cielo y se volvió hacia la cabaña de donde había salido. Las luces estaban ya apagadas y nuevamente contempló la sombra de las mujeres que se alejaban casi huyendo. El pañuelo blanco desapareció al fin entre la bruma. Érale imposible permanecer solo, ¡sentíase tan feliz! De un salto ganó la calle y echó a correr en busca de las muchachas.

— Vete, que alguien podría vernos, — dijo Ustenka cuando estuvo a su lado.

— Eso no importa.

Olenín corrió a Marianka y la abrazó.

Ella no opuso resistencia.

— ¿No la has besado ya bastante? — dijo Ustenka. — Cuando te cases con ella podrás abrazarla hasta que te canses. Pero, ahora espera.

—Hasta mañana, Marianka. Mañana iré a tu casa y le hablaré a tu padre. Tú no digas nada.

—¿Por qué se lo he de decir?—respondió la joven.

Las muchachas echaron a correr. Olenín se volvió solo pensando en cuanto había hecho.

Toda la noche la había pasado al lado de Marianka, solos en un rincón cerca del hogar, sin que Ustenka abandonase un solo momento la cabaña jugando con Bielesky y sus compañeras. La conversación de Olenín con Marianka fue en voz muy baja.

—¿Te casarás conmigo?—le preguntaba.

—Me engañas; no me quieres,—respondía ella con alegre tranquilidad.

—¿Me quieres mucho? Responde por Dios.

—¿Por qué no he de quererte? No eres tuerto,—decíale Marianka; y estrechaba las manos de Olenín entre las suyas vigorosas.—¡Qué finas son tus manos, qué blancas, puras como la cuajada!

—No pretendo burlarme. Di, ¿te casarás conmigo?

—¿Por qué no? Si mi padre quiere...

—No olvides que si me engañas me vuelvo loco. Mañana mismo hablaré con tus padres. Te pediré en matrimonio.

De pronto ella soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De nada. ¡Es gracioso!

—Digo la verdad. Compraré una casa con jardín y me haré cosaco.

—¡Cuidado con querer a otras mujeres! Eso sí que no lo permito.

Olenín recordaba todo esto con cierta satisfacción. Ante tales reminiscencias tan pronto se sentía triste como inundado de gozo. Su respiración entrecortábase con frecuencia. Lo que más le disgustaba, era la firme tranquilidad que había notado en ella mientras charlaban. Sin embargo no llegaba a disminuir su afecto en lo más mínimo. Como si no le creyese, ella no pensaba en el porvenir. Parecíale a Olenín que Marianka le quería de mo-

mento, pero sin tender la vista a lo futuro. Sentíase dichoso al creer que eran ciertas sus palabras cuando le decía que consentía en unirse con él.

—«Sí,— se argumentaba — solo entonces podremos comprendernos; cuando ella sea completamente mía. Para un amor como el mío no hay palabras suficientes, es necesaria una vida, una vida entera para inmolarla en su honor, como prueba de la pureza de los sentimientos que me animan. Mañana nos explicaremos; continuar así me es imposible. Mañana lo contaré todo a su padre, a Bielesky, a toda la *stanitza*...»

Lukachka había bebido tanto, que, después de dos noches de juerga, no pudo tenerse en pie, por la primera vez en su vida, y se quedó en la *stanitza*.

XL. LA CAZA DE LOS ABREKS

Al día siguiente, Olenín se levantó más tarde que de ordinario; tan pronto como se despertó pensó en lo que le esperaba y con gran alegría recordó los besos de la víspera, las manos recias que estrechaban las suyas y las palabras «¡qué blancas son tus manos!» Saltó del lecho y quiso marchar inmediatamente a casa de sus patronos para pedir la mano de Marianka. El sol no había salido todavía, cuando Olenín creyó observar una agitación extraordinaria que se producía en la calle. Corrían, trotaban los caballos, se discutía acaloradamente. Tomó su abrigo y salió a la puerta. Los patronos estaban acostados aún. Cinco cosacos a caballo discutían, o mejor, se disputaban.

Lukachka sobresalía entre todos por su hermoso caballo de Kabarda. Los cosacos hablaban todos a un tiempo, gritaban y no se podían entender.

—¡Corred al cuartel!— gritaba uno.

—Ensilla y ve corriendo,— decía otro.— Por esta puerta ganaremos terreno.

—¿Quién lo ha dicho?— repuso Lukachka.— Hay que salir por la puerta del centro.

—En verdad que es más corto el camino,— dijo un cosaco que cubierto de polvo cabalgaba sobre un jamelgo nadando en sudor.

La cara de Lukachka estaba roja, extenuada por el jolgorio de la víspera. Llevaba la gorra echada atrás y gritaba furiosamente como si fuera el jefe.

—¿Qué ocurre? ¿A dónde vais?— preguntó Olenín costándole gran trabajo hacerse oír por los cosacos.

—Vamos a cazar una partida de *abreks*, que deben de ocultarse en las rompientes del río. Marchamos enseguida, pero somos pocos.

Y los cosacos, continuando sus gritos y algazara, alejéronse calle abajo. Olenín pensó que tenía el deber de acompañarlos, imaginando volver enseguida.

Vistiose, cargó su fusil, saltó sobre el caballo apenas ensillado, que le ofrecía Vanucha, y alcanzó a los cosacos en las puertas de la *stanitza*.

Los cosacos, a pie, con sus corceles cogidos por las riendas, formaban un estrecho círculo. Llenando los vasos de madera con el vino que les habían regalado, apuraron el líquido haciendo votos por el buen éxito de la expedición. Al frente de ellos se hallaba un corneta joven y elegante que el azar había conducido a la *stanitza* y que se encargó del mando de los nueve cosacos reunidos. Todos ellos eran simples soldados, y aun cuando el corneta se encargó del mando de aquellos individuos, no obedecían otra voz que la de Lukachka. En cuanto a Olenín nadie puso atención en su presencia. Cuando todos hubieron subido a caballo emprendieron la marcha.

Olenín se acercó al corneta y le interrogó sobre lo que iban a hacer. El chico, que generalmente era muy correcto, quiso concederse gran importancia y Olenín no pudo averiguar casi nada. La patrulla enviada en busca de los *abreks* había descubierto algunos de ellos a ocho *verstas* de la *stanitza* ocultos en las rompientes. Los *abreks*, cubiertos en un repliegue del terreno, disparaban sobre los cosacos. El sargento había dejado dos de sus hombres para vigilarlos, yendo él a pedir refuerzos.

Salía el sol: a tres *verstas* de la *stanitza* extendíanse las estepas; por todos lados se veía tan solo la llanura uniforme, triste, árida, surcada por escasos senderos; la hierba estaba ya marchita; aparecían algunos cañaverales en los barrancos y algunas tiendas de nómadas en el más lejano horizonte. La ausencia de árboles y el aspecto melancólico del paisaje sorprendían mucho a Olenín.

En la estepa el sol sale y se pone como un globo enrojecido. Cuando corre el viento, las montañas de arena se elevan; cuando el tiempo es bonancible, como en ese día, el silencio es grande. El cielo estaba cubierto, aunque dejaba ver el sol nascente; la atmósfera tibia, sin un soplo de viento; solo se oía el pisar de los caballos y sus resoplidos. Los cosacos avanzaban mudos,

sin que sus armas hicieran ruido, pues se avergonzaría el cosaco de llevar armas con *sonajero*. Dos de sus compañeros de la *stanitza* los alcanzaron en el camino, cambiando con ellos algunas palabras. El caballo de Lukachka pisó la hierba y resbaló; esto es un presagio funesto entre los cosacos. Todos se contemplaron y volvieron la cabeza enseguida, sin hacer mención del incidente que era en aquel momento de inmensa gravedad. Lukachka frunció las cejas, apretó los dientes, tiró con violencia de la brida y levantó el látigo. El noble animal se encabritó como si quisiera volar. Pero Lukachka le castigó con dos o tres golpes, y el caballo mordiendo el bocado y tendida la cola, salió de estampía adelantando un gran trecho a los cosacos.

—¡Qué hermoso animal!—dijo el corneta.

Decía *animal* y no *caballo* en señal de elogio.

—Es un león,—añadió uno de los viejos.

Los cosacos continuaban su marcha silenciosos, ora caminando al paso o ya al trote, rompiendo así a intervalos la monótona solemnidad del conjunto.

En la estepa, a la distancia de unas ocho *verstas*, no encontraron más que una *kibilka* nogai, carreta cubierta, que avanzaba lentamente. Pertenecía a un nogai que con su familia viajaba de un pueblo a otro. Luego, en una explanada, hallaron dos mujeres nogais también, que con una banasta recogían el estiércol que el ganado había dejado al pasar por la estepa, destinándolo al *kisiak*.

El corneta, que se expresaba muy mal en el lenguaje de aquellas gentes, les dirigió la palabra; pero ellas, sin comprenderle, asustadas, mirábanse una a otra.

Lukachka se aproximó, detuvo su caballo, saludó a las mujeres en los términos corrientes en el país y con aire alegre entraron con él en conversación sin dificultad alguna, como si fuera un compatriota.

—¡Ai! ¡ai, kop abrek!—decían como lamentándose, indicando con la mano la dirección que seguían los cosacos.

Olenín comprendió que querían decir «muchos *abreks*».

Olenín, que jamás había visto cosa semejante y no tenía más idea de aquello que la sucinta e incongruente relación de Erochka, no quiso abando-

nar a los cosacos, con el decidido propósito de presenciar todo cuanto aconteciera. Admiraba a los cosacos, dirigía la vista en torno suyo, escuchaba y hacía sus observaciones. No obstante haberse provisto del sable y de un fusil cargado, resolvió no meterse en el asunto, toda vez que los cosacos le tenían por descartado, tanto más cuanto que creía haber dado suficientes pruebas de valor en el destacamento y sobre todo no eran estos momentos propicios para intervenir en una contienda así, cuando se sentía completamente dichoso.

De pronto se oyó un disparo de fusil que venía de muy lejos. El corneta, enmudecido, comenzó a tomar sus disposiciones. ¿Cómo agrupar los cosacos? ¿A qué lado se habían de colocar? Pero estos no reparaban en los preparativos. No miraban ni escuchaban más que a Lukachka. La cara del cosaco expresaba gran tranquilidad y aplomo. Galopaba delante de ellos sin que los otros pudieran alcanzarle, y guiñando los ojos escudriñaba el horizonte.

—Allí hay alguien a caballo,—dijo reteniendo su cabalgadura y colocándose al lado de sus compañeros.

Olenín tendía su vista sin poder ver a nadie. Los demás cosacos distinguieron bien pronto a dos caballeros y con paso ordinario se dirigieron directamente hacia ellos.

—¿Son estos los *abreks*?—preguntó Olenín.

Nadie contestó a una pregunta que para ellos era necia. Los *abreks* hubieran sido muy tontos de venir por ese lado con sus caballos.

—Parece que el viejo Erochka nos hace señas,—dijo Lukachka designando a los jinetes que ya se veían muy claramente.—Sí, se dirigen hacia nosotros.

En efecto; apenas habían transcurrido unos minutos, cuando vieron claramente que los jinetes no eran otros que los cosacos que habían salido a explorar el terreno, y el corneta se aproximó a Lukachka para acordar con él lo que mejor se pudiese hacer.

XLI. LA MUERTE DE LUKACHKA

—¿Están muy lejos?—preguntó Lukachka.

En este momento oyose una detonación seca a distancia de unos treinta pasos.

El corneta se sonrió.

—Nuestro amigo Gurka dispara sobre ellos,—dijo indicando con un rápido movimiento de cabeza la dirección del disparo.

Después de dar algunos pasos, descubrieron a Gurka, quien aburrido cambiaba de vez en cuando algún que otro disparo con los *abreks* que estaban atrincherados tras otro barranco. De allí venía la bala que habían oído silbar minutos antes.

El corneta, lívido, comenzaba a perder la serenidad. Lukachka bajó del caballo, tendió las riendas a un cosaco y se aproximó a Gurka. Olenín hizo lo mismo y arrastrándose marchó tras él. Tan pronto como hubieron llegado a donde estaba Gurka, dos balas silbaron por encima de ellos. Lukachka sonriendo dirigió su vista a Olenín y se agachó.

—Te van a matar, Andreitch,—dijo.— Mejor harías en marcharte. Aquí corres peligro.

Pero Olenín estaba muy interesado en presenciar la caza de los *abreks*.

Tras el montículo, a una distancia de doscientos pasos, vio gorras y fusiles. De repente viose un fogonazo y silbó otra bala. Los *abreks* estaban echados al pie del montículo, cerca de un pantano. El punto de operaciones

que habían elegido extrañó a Olenín. Aquel sitio presentaba igual aspecto que el resto de la estepa, mas por el solo hecho de hallarse allí instalados los *abreks* parecía diferente. Olenín se dijo que no podían haber adoptado otra posición mejor... Lukachka se volvió al grupo y Olenín le siguió.

—Hace falta un gran carro cargado de heno, de lo contrario nos matarán, —dijo Lukachka.— Ahí, tras esa colina, hay uno, pero pertenece a los nogais.

El corneta escuchaba y aceptó la idea. Conducida allí la carreta, los cosacos comenzaron a trepar ocultándose tras ella. Olenín subiose a la colina desde donde se veía todo. Puesta en marcha la carreta, los cosacos la siguieron escondidos. Los *abreks*, que eran nueve, esperábanlos en fila con la rodilla en tierra, pero sin disparar.

Reinaba silencio profundo; de pronto oyose un canto extraño y lúgubre, parecido al «*Ai, dai, dalalai*» del viejo Erochka. Los *thetchenzes*, sabiendo que era imposible escapar de los cosacos, habíanse atado fuertemente con correas a fin de no poder huir aunque tal tentación tuvieran, y entonaban canciones fúnebres.

Los cosacos, siempre ocultos tras la carreta de heno avanzaban prodigiosamente; Olenín seguía esperando la primera descarga que debía producirse de un momento a otro, pero el silencio sepulcral que dominaba no era alterado más que por las tristes canciones de los *abreks*.

De súbito cesaron los cánticos; sonó un tiro seco; en la carreta chocó un proyectil, se oyeron las interjecciones y los gritos de los *abreks*. Menudearon los disparos, las balas se hundían en el heno, y los cosacos no contestaban aún, estando a cinco pasos nada más de sus adversarios. Pasó un momento y todos los cosacos salieron de pronto por ambos lados de la carreta lanzando gritos salvajes. Lukachka iba el primero. Olenín no oyó más que algunos disparos, gritos y lamentos. Creyó ver humo y sangre... Desmontó, corriendo a unirse con los cosacos. Horrorizado cerró los ojos. No veía nada, comprendiendo, sin embargo, que todo había concluido. Lukachka, pálido, sujetaba a un *thetchenze* herido y gritaba: «No lo matéis. Quiero coggerlo vivo». Era el mismo hermano de aquel a quien mató y que vino a rescatar el cuerpo del difunto. Luka le torcía los brazos. El *abrek* hizo un supremo esfuerzo, logró desasirse y desesperado oprimió el gatillo de su pistola. Lukachka cayó ensangrentado. Quiso incorporarse, pero nuevamente

cayó lanzando imprecaciones e injurias en ruso y en tártaro. La sangre brotaba de la herida con extraordinaria rapidez. Los compañeros le desabrocharon el cinturón. Uno de ellos, Nazarka, quiso acudir en su ayuda, pero no conseguía envainar su puñal, tanta era la sangre que bañaba la hoja.

Los *thetchenzes* habían sido aniquilados; solo uno, el que hirió a Lukachka vivía aún. Cual un buitre herido, brotando la sangre de su ojo derecho, apretados los dientes, giraba la vista con ferocidad y oprimía la daga, pronto a defenderse. El corneta se acercó a él por un lado, evitando darle frente, y le disparó un pistoletazo tras la oreja. El *abrek* dio una violenta sacudida y cayó seco.

Como pudieron recogieron los cosacos las armas y ropas de los muertos. Cada uno de estos tenía una expresión singular. Luka fue conducido a la carreta; no cesaba de echar juramentos.

—¡Mientes, morirás en mis manos! No te me escaparás. *Aunaceni*,—gritaba convulsivamente, pero quedó al fin postrado y cayó en el silencio.

Olenín se volvió a su casa; por la noche le dijeron que Lukachka estaba muriéndose y que un tártaro se había empeñado en salvarle con hierbas.

Los cadáveres fueron arrastrados hasta la *stanitza*; las mujeres y niños corrían presurosos a verlos. Cuando entró Olenín comenzaba a oscurecer y durante mucho tiempo estuvo espantado del espectáculo que acababa de presenciar. Pero al hacerse de noche se le renovó la memoria de cuanto había pasado la víspera, y salió a la ventana. Marianka iba y venía por la habitación ocupada en las faenas de la casa. Su madre había salido a recorrer la viña. El padre estaba en su despacho. Olenín, sin esperar que ella terminase su trabajo, entró buscando a la muchacha. Estaba en la cocina vuelta de espaldas a Olenín.

—¡Marianka!—dijo.—¡Eh, Marianka! ¿Puedo entrar?

Ella volviose. Por sus ojos se deslizaban lágrimas apenas perceptibles. Su faz reflejaba gran dolor. La joven miróle con indiferente majestad.

Olenín añadió:

—Vengo, Marianka...

—¡Déjame!—dijo. No cambió su semblante, pero las lágrimas asomaron más abundantemente a sus ojos.

—¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa?

—¿Que por qué?—repuso con voz dura y áspera.—Han muerto a mi cosaco.

—¡Marianka!...—exclamó Olenín.

—¡Vete! ¿Qué deseas?

—¡Marianka!...—dijo Olenín acercándose a ella.

—No obtendrás nada de mí.

—Marianka, no hables así,—suplicó Olenín.

—¡Vete! ¡Qué pegadizo!—prosiguió la joven pateando con ira y aproximándose al alférez en actitud amenazadora. Su rostro reflejaba tal repugnancia y desprecio, una ira tal, que Olenín comprendió bien que no debía alimentar más esperanzas y que lo que en otro tiempo vio de inaccesible en esta mujer era bien fundado. Sin decir una palabra más, Olenín abandonó la cabaña.

XLII. LA DESPEDIDA DE OLENÍN

Al entrar en su casa, tendiose sobre la cama, donde permaneció inmóvil durante más de dos horas; inmediatamente fue a casa del comandante de su batallón pidiéndole permiso para pasar a la Plana Mayor. Sin despedirse, encargó a Vanucha del pago del alquiler y se dispuso a marchar a la fortaleza donde estaba su regimiento. Únicamente le acompañó el viejo Erochka. Bebieron y bebieron mucho. Como cuando salió de Moscova, a la puerta le esperaba un coche de postas. Pero Olenín ya no analizaba sus sentimientos como en aquella época, ni pretendía convencerse de que cuanto había pensado y hecho no era bueno. Ya no se prometía emprender una nueva vida. Ahora quería a Marianka más que antes, pero sabía que no podría jamás ser de ella correspondido.

—Adiós, *padre*,—le decía Erochka.—Cuando vayas a la guerra, sé prudente. Escucha los consejos de un viejo: cuando haya tiros no te aproximes a los grupos que forman los hombres. Vosotros cuando os sentís intimidados os estrecháis unos contra otros, creyendo que así es menor el peligro, pero yo te aseguro que aumenta. Siempre se tira al montón. Yo me aislaba siempre y jamás fui herido. Sin embargo, ¡qué de cosas no he presenciado yo en mi vida!

—Pero, ¿y la bala que tienes en la espalda?—le preguntó Vanucha, que estaba preparando las maletas dentro de la casa.

—¡Bah! Eso es una broma de cosaco,—respondió Erochka.

—¿Cómo de cosaco?—preguntó Olenín.

—Sí; estábamos borrachos; habíamos bebido mucho. Vaguka Sitkin, un cosaco amigo, me soltó un tiro con su pistola y me dio en medio de la espalda.

—¿Y sufriste mucho?—preguntó Olenín.—¡Vanucha, date prisa!—añadió.

—¡Qué prisa tienes! Espera, te voy a contar... Al tirar aquel maldito me penetró la bala; pero, sin tocar un hueso, se me incrustó en la carne y ahí se está. Yo le dije: «¡Buena la has hecho, me has matado! No, esto no puede quedar así; tráeme un cántaro de vino».

—Pero, sin embargo, ¿te haría sufrir?—preguntó nuevamente Olenín, que apenas si escuchaba el relato.

—Déjame acabar. Me trajo el vino y bebí... La sangre continuaba saliendo y esparcíase por toda la cabaña. El viejo Burlok me dijo: «Este mozo va a reventar aquí; dale una botella de aguardiente, de lo contrario se nos muere enseguida». La trajeron y yo continué bebiendo, bebiendo siempre.

—¿Pero tú sufrirías?—preguntó nuevamente Olenín.

—¿Qué doler? No me interrumpas, que no me agrada; déjame concluir. Bebimos hasta el día y me quedé dormido en la cocina, tan beodo estaba. Cuando desperté no podía levantarme.

—¿Y no te dolía?—preguntó otra vez Olenín creyendo que ahora obtendría respuesta.

—¿Has dicho si me hacía daño? Ninguno y sin embargo no podía moverme ni andar.

—¿Curaste por fin?—preguntó Olenín sin que se reflejara en su rostro la más leve sonrisa; tanta era la tristeza que invadía su alma.

—Sí, la herida cicatrizó, pero la bala está ahí todavía. Toca y verás.

Y levantándose la camisa enseñó su fornida espalda, cerca de la columna vertebral se veía en efecto una balita.

—Mira cómo rueda,—dijo palpando la bala como si fuese un juguete.—¿Ves? ya baja...

—¿Vivirá Lukachka?—preguntó de pronto Olenín.

—¡Dios lo sabe! No tiene médico; han ido ahora a buscar uno.

—¿Dónde lo encontrarán? ¿En Gronvia?

—¡No, *padre*! Si yo fuera el Zar ya hace tiempo que hubiera hecho ahorcar a todos los médicos rusos. No saben más que cortar. Ellos han estropeado por completo a nuestro cosaco Bakladov. Le han cortado la pierna. Son verdaderos burros. ¿Para qué sirve ahora Bakladov? No, *padre*; en las montañas hay buenos médicos. Un día, durante la guerra, mi amigo Vortchik recibió una herida en el pecho; pues bien, nuestros médicos le condenaron. Saich bajó de la montaña y lo curó. Ellos conocen bien las hierbas.

—Basta de majaderías. Enviaré un médico del regimiento y será lo mejor.

—¡Qué tontería! —exclamó el viejo.— ¡Necio! ¡necio! ¡Enviar un médico! Si vuestros doctores fuesen tan buenos, todos los *thetchenzes* y cosacos irían a vuestro país a curarse cuando estuvieran enfermos; y por el contrario son vuestros oficiales y coroneles los que vienen aquí a curarse con los médicos de las montañas. En tu país todo es farsa.

Olenín no respondió. Demasiado sabía que en su antiguo mundo no imperaba más que la falsedad. Y lo peor es que ahora iba a habitar en él nuevamente.

—¿Has visto a Lukachka? ¿Cómo está?

—Está como muerto; no come ni bebe; no toma más que aguardiente. En cuanto se lo lleva a los labios se encuentra mejor. ¡Qué lástima! ¡Tan buen muchacho! Igual que yo. También me tocó una vez estar próximo a la muerte... La cabeza me abrasaba. Acostáronme al aire libre. Estando así, detrás del fogón una banda de tamborcillos tocaba la retreta. Griteles y comenzaron a tocar con más fuerza. Las mujeres me trajeron un cura... Querían prepararme y le decían: «Ha sido muy mujeriego y perdió muchas almas; comía carne en día de vigilia y gustaba de tañer la *balalaika*». Y comencé contristado mi confesión: «Soy un pecador», dije, y a todo cuanto decía el sacerdote, respondía: «Soy un gran pecador». Comenzó a hablarme de la *balalaika*. «¿Dónde está esa maldita? Enséñamela y rómpela». Yo contesté: «No tengo». Y yo mismo la había escondido en una cesta en la cocina; ya sabía que no la habían de encontrar. Por fin me dejaron tranquilo y... todavía vivo. Luego he continuado tañendo mi *balalaika*... Te decía... ¡Ah! sí, escucha. Ve a donde haya mucha gente, porque de lo contrario te matarán.

Yo lo sentiría mucho. Eres borracho; pero, eso no obstante, yo te quiero. Por lo general tus paisanos gustan de la montaña; a mi casa venía un ruso que salía siempre a trepar por los montes y los llamaba *pelonas*; cuando veía un montículo, nos abandonaba. Eso fue su perdición. Un día subía tan contento por la falda de una montaña, cuando un *thetchenze* que le vio lo mató. ¡Ah! los *thetchenzes* tiran bien. Hay algunos que tienen mejor puntería que yo. Me exaspera que maten tan traidoramente... Algunas veces viendo tirar a vuestros soldados, he quedado extrañado. ¡Qué de tonterías! Marchan aliñados y todos con el cuello rojo. ¿Así es cómo se han de ocultar? Bala que sueltan, soldado que matan. Caen los desgraciados y otros en su sitio. ¡Qué estúpidos! —repetía el viejo moviendo la cabeza. —¿Por qué no separarse y marchar cada uno por donde le dé gusto? Si lo hicieran así, no serían tan vistos y nadie los mataría.

—Adiós, Erochka;—dijo Olenín levantándose y dirigiéndose hacia la puerta;—ya nos volveremos a ver algún día, si Dios quiere.

El anciano permanecía sentado en el suelo.

—¿Pero se separa uno así, imbécil?—dijo.—Hemos estado juntos un año entero y... ¡Adiós; ya está dicho todo! ¡y yo que te quiero tanto! Me da lástima; pobrecito... ¡y siempre solo! ¡Qué insociable eres! Me ha sucedido no dormir por la noche y pasarla pensando en ti; tanta compasión me inspirabas. Dice verdad la canción:

Es triste, hermano querido,
vivir en país extraño.

—Adiós, pues,—dijo Olenín.

—No; dame la frente,—repuso el viejo, y cogiendo la cabeza de Olenín entre sus gruesas manos, besola tres veces y rompió a llorar.

—¡Mucho... te quiero!... Adiós.

—Adiós, Erochka.

—Y, ¿te vas sin dejarme nada como recuerdo? Dame una de tus carabinas; tienes dos,—decía el viejo vertiendo lágrimas.

El joven escogió una de sus carabinas y dióselas.

—¿Por qué le dais esa magnífica arma a ese viejo?— gruñó Vanucha.—
¿No tiene bastante ese tío miserable?

—Cállate,—le replicó Erochka riendo.— ¡Anda, avaricioso!

Marianka salía en aquel momento de la despensa; dirigió una mirada indiferente hacia los viajeros, hízoles un ligero saludo con la cabeza, y entró en la cabaña.

—¡La muchacha!...—dijo Vanucha en su especial francés, con un guiño de ojos y una sonrisa de idiota.

—Adiós, *padre*, adiós; me acordaré mucho de ti,—gritaba Erochka.

Al alejarse, Olenín se volvió todavía... Erochka y Marianka hablaban ya entre sí de asuntos al parecer indiferentes: ni el viejo ni la joven le dirigieron una mirada más.

FIN

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición reproduce la traducción castellana anónima publicada en las *Obras completas de León Tolstoi*, tomo II, *Los cosacos. Sebastopol* (Barcelona, Carbonell y Esteva, 1905), «nueva versión castellana» hecha sobre la traducción francesa de J. W. Bienstock revisada por P. Biriukov, a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive. Las ilustraciones no se reproducen. Las notas a pie de página proceden de esa edición.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

Al ejemplar digitalizado le faltan dos páginas del capítulo XII («El vino de Olenín»). El pasaje correspondiente, desde «— Anda, hija, sírvele», hasta «...nuestro papá es senador, tiene más de mil siervos, y nos», se ha traducido para esta edición directamente del original ruso, procurando imitar el estilo del traductor de 1905.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB